

LA COLECCIÓN ETERNO

Nuestra historia

LUCÍA & JAVIER

Notre Livre

LA COLECCIÓN ETERNO

Nuestra historia

La historia de Lucía & Javier

Notre Livre

*Para Javier, que me pagó un café en 2009 y todavía no me ha
pedido que se lo devuelva. Te quiero. Lucía.*

Índice

Capítulo I	Un café en la facultad	5
Capítulo II	Primeras risas bajo la lluvia	17
Capítulo III	El primer beso en el puente	29
Capítulo IV	Entre apuntes y tazas de café	41
Capítulo V	Nuestro primer hogar	53
Capítulo VI	Atardecer en La Caleta	65
Capítulo VII	Una boda en la finca	78
Capítulo VIII	El nacimiento de Pablo	89
Capítulo IX	Domingos sagrados	101
Capítulo X	Martina y los soles	113
Capítulo XI	Noches junto al río	124
Capítulo XII	Churros en el balcón	135

CAPÍTULO I

Un café en la facultad

El primer día de clase siempre me ha resultado un poco irrelevante y un poco solemne, como si la vida quisiera recordarme que las rutinas nuevas empiezan, la mayoría de las veces, sin ceremonias. La Facultad de Derecho de Sevilla olía a libros viejos y a café requemado desde la entrada, y aquella mañana de septiembre de 2009 la ciudad parecía todavía sudar el último aliento del verano. Caminé despacio por el vestíbulo, ajustando la correa de mi bolso y apretando el horario de clases como si fuera una carta de navegación hacia lo desconocido. Recuerdo el rumor de voces, el eco de pasos sobre el mármol y la luz que se colaba a ráfagas desde los ventanales altos, emborronando las caras de los compañeros con una claridad casi líquida.

La realidad, sin embargo, era menos luminosa de lo que la memoria tiende a embellecer. El suelo estaba salpicado de manchas de café antiguo y marcas de zapatos húmedos; el aire, espeso de conversaciones entrecortadas y risas nerviosas de quienes, como yo, intentaban disimular el desconcierto del primer día. Había algo casi ritual en esa atmósfera colectiva: la manera en que todos fingíamos saber adónde íbamos, el modo en que nos agarrábamos a los objetos —una carpeta, una agenda, el teléfono móvil— buscando en ellos la seguridad que el entorno no ofrecía. Me fijé en los carteles colgados a la entrada, con letras grandes anunciando horarios y despachos, y pensé en lo fácil que es perderse en un lugar nuevo si nadie te llama por tu nombre. Quizá por eso la cafetería se llenaba de

estudiantes a esas horas, más por la necesidad de un refugio que por verdadera hambre o sed. En el fondo, todos ansiábamos un gesto de reconocimiento, un guiño accidental, una sonrisa que nos dijera «también tú perteneces aquí».

No conocía a nadie, aunque creía distinguir un par de rostros de las pruebas de acceso, y eso me hizo sentir una mezcla de timidez y desafío. Decidí buscar refugio en la cafetería, como si un café pudiera darme el aplomo que me faltaba para afrontar la mañana. El olor a café tostado y a pan recién abierto me envolvió al cruzar el umbral. Por un momento, dudé si aquella era mi facultad o un lugar donde se empezaba de verdad la vida adulta.

La cola serpenteaba hasta casi la puerta, formada por estudiantes que hablaban, bostezaban o revisaban apuntes con esa mezcla de ansiedad y desgana tan propia del principio de curso. Me puse detrás de una chica de pelo rizado que mascaba un chicle con aire distraído. Miré mi reloj, aunque no tenía prisa, solo por tener algo que hacer con las manos. El murmullo de la máquina de café se mezclaba con el sonido de monedas cayendo en la caja. Sentí el primer pinchazo de nervios —¿por qué tanto por tan poco?— y pasé una mano por mi flequillo, intentando ordenarlo y, de paso, ordenar mis pensamientos.

Cuando llegó mi turno, pedí un café solo con leche templada. Alargué la mano hacia la cartera, rebuscando la tarjeta de la facultad entre los papeles y las monedas sueltas. La saqué, la pasé por el lector y esperé el pitido habitual. Nada. Probé de nuevo, frotando el plástico entre los dedos. Silencio. La pantalla seguía en blanco, indolente y muda ante mi insistencia.

—Creo que no la reconoce —dije, más para mí que para la camarera.

La mujer detrás del mostrador me miró con la paciencia de quien ha vivido muchas tarjetas defectuosas y desayunos acelerados.

—Pruébala otra vez, cariño —me animó, sin gran convicción.

Lo intenté una tercera vez, sintiendo que mi cara se encendía con el calor de todas las miradas posibles. El café humeaba, ya servido, como si se burlara de mi torpeza. Detrás de mí, la fila avanzaba con lentitud y un cierto murmullo expectante.

—¿Te falla la tarjeta? —preguntó una voz masculina, cálida y ligeramente divertida.

Me giré apenas, lo suficiente para distinguir a un chico alto, con una camisa azul claro y las mangas remangadas. Llevaba el pelo un poco revuelto y una mochila colgada de un solo hombro. Su sonrisa era franca, amplia, de esas que desarman porque no esperan nada a cambio.

—Sí, parece que hoy no tengo suerte —respondí, intentando que mi voz sonara más ligera de lo que sentía.

Él dio un paso adelante y, antes de que pudiera decir nada más, deslizó una moneda por la barra y le hizo un gesto a la camarera.

—Ponlo junto con el mío, por favor.

—No hace falta, de verdad —protesté, sacando por fin un billete arrugado del fondo del bolso—. Seguro que ahora funciona.

—Ya está, mujer —dijo él, encogiéndose de hombros, como si pagarle el café a una desconocida fuera lo más natural del mundo—. Un mal día lo tiene cualquiera. Y además, así me apunto un tanto para cuando me toque a mí.

Su naturalidad me desarmó. No supe si agradecerle o disculparme otra vez, y terminé por inclinar la cabeza en un gesto torpe, recogiendo mi café

con un murmullo de agradecimiento. La camarera sonrió, divertida.

—Así da gusto empezar el curso, ¿eh? —comentó, mientras cobraba.

Me aparté hacia un lateral de la barra, con el vaso entre las manos, y observé cómo él pedía un café solo y un bocadillo de jamón. Sus movimientos eran resueltos, pero no apresurados. Pagó y, cuando se giró, nuestras miradas se cruzaron apenas un segundo: lo suficiente para que me diera cuenta de que sus ojos eran de un color indefinido, entre verde y miel, y que tenía una mancha de tinta azul en el dedo índice.

—Gracias —le dije por fin, cuando pasó a mi altura—. Te debo un café.

—Nada, mujer. Ya me invitarás algún día —replicó, sonriendo de nuevo—. Además, seguro que te volverá a fallar la tarjeta, así me lo apunto dos veces.

Me hizo reír, a mi pesar. No era habitual en mí reírme tan pronto con alguien, y menos en una situación tan trivial. Pero sentí que la tensión se evaporaba, arrastrada por la ligereza de su broma. Me pregunté si debía preguntarle su nombre, pero la timidez me detuvo. Él pareció adivinar mi pensamiento.

—Por cierto, soy Javier —dijo, ofreciéndome la mano libre, la de la mancha de tinta—. Encantado.

El apretón fue breve, casi un roce, pero bastó para que una corriente silenciosa cosiera el instante a mi recuerdo. La piel de su mano, algo áspera, me transmitió una calidez inesperada, como si en aquel saludo reposara una promesa de sencillez y cordialidad. Sentí que el mundo, por un instante, se reducía a la mesa de formica, el murmullo de la cafetería y el café humeante entre nosotros. Me pregunté si también él percibía esa electricidad discreta, esa afinidad incipiente que nace a veces entre desconocidos sin previo aviso. A menudo he pensado que las grandes

historias empiezan así: no con una revelación, sino con la naturalidad de los gestos menudos. Y, sin embargo, había en la forma en que Javier me miraba una especie de reconocimiento, como si en esa primera coincidencia cupiera ya la posibilidad de un futuro compartido, aunque ninguno de los dos supiera aún ponerle nombre.

Le di la mía, torpe y caliente por el café. Sentí el pulso rápido y la piel aún tibia.

—Lucía —respondí—. Igualmente.

Nos quedamos un segundo en silencio, como si el tiempo hubiera decidido concedernos una pausa antes de que el bullicio de la facultad nos arrastrara de nuevo a la corriente de lo cotidiano. El murmullo de la cafetería pareció bajar de volumen, o tal vez era solo que la presencia de Javier llenaba el espacio inmediato, haciendo que el resto se desdibujara.

—¿Eres de primero? —preguntó, señalando mi horario doblado sobre la mesa.

Asentí, sintiéndome un poco niña.

—Sí. Primera vez aquí. Bueno, en Derecho. ¿Tú?

—Yo también. Aunque parece que llevo aquí toda la vida: ya he perdido dos veces la tarjeta y una vez la mochila —contestó, con una sonrisa medio resignada—. Pero el café nunca lo pierdo.

—Eso parece —dije, intentando sonar ingeniosa, aunque sentí que mi voz temblaba de más.

El café estaba más caliente de lo que esperaba. Lo probé a sorbos pequeños, intentando disimular la inquietud que me recorría. Javier se sentó en un taburete cerca del mío, apoyando la mochila en el suelo y desenvolviendo el bocadillo con calma.

—¿Te importa si me siento? —preguntó, aunque ya había ocupado el sitio—. Es que si vuelvo a la cola, igual me cobran otro café.

Reí, un poco más relajada. Observé sus manos, grandes, un poco torpes, y el modo en que sujetaba el vaso, como si temiera romperlo.

—¿De dónde eres? —me escuché preguntar, con la voz más firme que antes.

—De aquí, de Sevilla —respondió, tras un mordisco al bocadillo—. Bueno, de un barrio cerca de aquí. ¿Y tú?

—También —dije—. Vivo cerca del centro, con mis padres. Hija única. Demasiado mimada, o eso dicen.

—Eso nunca es demasiado —replicó, lanzando una mirada cómplice—. Yo tengo madre, pero no hermanos. Así que supongo que me identifico.

El murmullo de la cafetería creció a nuestro alrededor. Se oía el tintinear de las cucharillas, el arrastrar de sillas y las risas de algún grupo de estudiantes junto a la ventana. Noté que uno de los fluorescentes parpadeaba, lanzando destellos irregulares sobre la mesa de formica.

—¿Ya sabes en qué grupo te ha tocado? —preguntó Javier, mirando mi horario.

—Todavía no. Estoy intentando descifrarlo —confesé—. ¿Tú?

—Grupo A, creo. Tengo clase a primera hora.

—Entonces nos veremos por aquí —dije, sin pensar demasiado.

Él asintió, y durante un instante el silencio entre nosotros fue casi cómodo. Me sorprendió lo fácil que resultaba estar al lado de alguien que no conocía de nada, y esa sorpresa me removió una inquietud dulce y un poco absurda.

Había una ternura extraña en esa inquietud, una forma de

vulnerabilidad que no me incomodaba, sino que, al contrario, me hacía sentir parte de algo más grande. Por primera vez me permití observarle con cierto detenimiento: la línea de su mandíbula, el brillo incipiente de una barba que luchaba por despuntar, la manera en que bajaba la vista al hablar, como quien teme la contundencia de una mirada directa. Noté que, cada tanto, se mordía el labio inferior, como si dudara de sus propias palabras, y que al reírse no apartaba la vista, sino que la mantenía fija en la mía un segundo más de lo que sería estrictamente necesario. Pensé en que a menudo juzgamos los encuentros por lo que nos dicen, pero lo que realmente nos marca es lo que callamos, lo que sentimos en los silencios compartidos. Aquel café, que empezó como un remedio contra el sueño, se estaba volviendo —casi sin darme cuenta— el centro de un pequeño universo íntimo, tejido de miradas, gestos mínimos y promesas mudas.

—¿Eres de los que estudian con música o en silencio? —preguntó él, como si la pregunta fuera el requisito para una amistad nueva.

—Silencio absoluto. Me distraigo con nada. ¿Tú?

—Yo también. Bueno, con café y silencio. Aunque a veces canto bajito, pero no se lo digas a nadie.

Sonreí, sintiendo que la conversación flotaba en una superficie ligera, sin hundirse en la gravedad de las confesiones, pero tampoco quedándose en la corteza de la cordialidad. Había en Javier una manera de hablar que mezclaba la timidez y el sentido del humor, como si esperara siempre una oportunidad para hacer reír a su interlocutor.

La camarera pasó a nuestro lado, recogiendo tazas y dejando una estela de café derramado sobre la barra. Javier la esquivó con un gesto rápido, casi infantil, y volvió a mirarme con un brillo divertido en los ojos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó, bajando un poco la voz.

—Un poco. Es mucho sitio, mucha gente. Y no conozco a nadie —admití, bajando la vista hacia mi café casi terminado.

—Bueno, ahora ya conoces a uno —dijo él, y ese «uno» sonó más grande de lo que debería. Me di cuenta de que me alegraba que fuera así.

—¿Tienes clase ahora? —pregunté, por no dejar que la conversación muriera.

—En diez minutos. Pero me sobran cinco —respondió, mirando su reloj, una esfera gastada con la correa de cuero deshilachada—. ¿Y tú?

—Yo también. Pero todavía no sé en qué aula. Supongo que tendré que preguntar.

—Si quieres, te acompaño. Así te presento a la costumbre de perderse el primer día.

Acepté, y nos levantamos juntos, recogiendo los restos del desayuno. Noté que se alisaba la camisa con gesto nervioso, y que su mochila parecía pesarle menos cuando la colgó del otro hombro.

Cruzamos el vestíbulo juntos, sorteando a los grupos que se formaban a la entrada de las aulas. La luz de la mañana se colaba en haces oblicuos, iluminando el polvo suspendido en el aire. Noté el olor a papel nuevo, a desinfectante y a perfume barato, esa mezcla inconfundible de los lugares donde empieza algo.

Por un momento, me detuve y observé el conjunto como desde fuera: dos figuras anónimas desplazándose por pasillos anchos, rodeadas de decenas de historias en marcha, y, sin embargo, cada paso a su lado hacía que la escena se volviera singular, como si el mundo hubiera decidido ralentizarse para que yo pudiera recordarlo todo. El eco de los anuncios por megafonía, la vibración lejana de un teléfono móvil, el aroma indefinible del papel mezclado con el sudor nervioso de quienes empiezan.

Me pareció que incluso los objetos —el brillo mate de una barandilla, la textura rugosa de las paredes encaladas— tenían una presencia distinta, como si el gesto de caminar junto a Javier los dotara de un significado nuevo, más íntimo. No es que el miedo desapareciera, pero aprender a compartirlo, aunque fuera durante un trayecto breve, lo convertía en algo soportable, casi dulce. Hay pasillos que se recuerdan toda la vida solo porque alguien te acompaña en el momento justo.

Javier caminaba a mi lado, sin prisas, como si no tuviera miedo de llegar tarde. Yo, en cambio, sentía la urgencia de no perderme, de no parecer despistada el primer día de carrera. Pero el ritmo de sus pasos me fue contagiando una calma extraña, como si el tiempo se hubiera ensanchado un poco solo para nosotros.

—¿Qué esperas de la carrera? —preguntó él, lanzando la pregunta al aire.

—No lo sé. Supongo que aprender algo útil. O al menos, sobrevivir.

Él se rió, y la risa fue breve y suave, como el roce de una pluma.

—Sobrevivir es un buen plan. Yo solo espero no perder más cosas de las necesarias. Y aprobar, claro.

—Eso también —dije, sonriendo.

Llegamos al pasillo donde estaban las aulas de primero. El ruido era mayor aquí: puertas que se abrían y cerraban, profesores que intentaban organizar a los estudiantes. Javier se detuvo, buscando con la mirada el número de su clase.

—Aquí es donde me toca —dijo, señalando una puerta abierta de par en par.

—Yo voy al fondo, creo —respondí, con el papel en la mano.

—Pues suerte, Lucía. Y si te falla la tarjeta otra vez, ya sabes dónde encontrarme —bromeó, ladeando la cabeza.

—Lo tendré en cuenta —dije, y sentí un calor inesperado subiéndome por el cuello.

Nos despedimos con una sonrisa y un ademán tímido de la mano. Lo vi alejarse entre el gentío, su figura perdiéndose entre mochilas y carpetas de colores. Me quedé unos segundos quieta, como si necesitara asimilar lo que acababa de pasar, y después avancé hacia mi aula, buscando el número con los nervios renovados.

El resto de la mañana se deslizó en una sucesión de presentaciones y explicaciones, de nombres que olvidé al instante y de rostros que se confundían unos con otros. Pero el recuerdo de Javier, de su sonrisa fácil y su gesto desinteresado, me acompañó como una melodía discreta en segundo plano.

Después de clase, volví a la cafetería, casi sin pensarlo, como si el lugar guardara todavía el eco de nuestra conversación. La barra estaba más despejada, y la camarera me reconoció.

—¿Hoy funciona la tarjeta? —preguntó, guiñándome un ojo.

—Hoy sí, por suerte —respondí, sonriendo.

Pedí otro café, esta vez más tranquila, y me senté junto a la ventana. Desde allí veía el patio interior, con los estudiantes agrupados en pequeños círculos, algunos riendo, otros enfrascados en libros. Bebí a sorbos lentos, dejando que el sabor amargo se mezclara con la dulzura de la memoria reciente.

Me pregunté si volvería a ver a Javier. Sevilla es grande, la facultad aún más, y sin embargo sentí que las casualidades tienen su propio modo de repetirse cuando algo merece la pena. Repasé mentalmente la

conversación, recordando el calor de su mano, el timbre de su voz y la forma en que había hecho que una mañana cualquiera se volviera, de pronto, luminosa.

Guardé el recibo del café en el bolsillo de la chaqueta, como un recuerdo tonto de un gesto que, sin saberlo, ya había cambiado el color de mi día. La tarde empezaba a caer sobre los tejados de la universidad cuando salí al patio, sintiendo que la rutina —por una vez— tenía algo de promesa.

Caminé despacio por la calle, sintiendo todavía la presencia de Javier como una vibración leve en la piel. No sabía su apellido, ni dónde vivía, ni siquiera si volveríamos a coincidir en una clase o en la cafetería. Pero había una certeza nueva, una semilla de curiosidad que crecía a cada paso.

Al cruzar el puente que llevaba hasta mi parada de autobús, me detuve un instante. El sol caía oblicuo sobre el Guadalquivir, tiñendo el cielo de un azul desvaído. Inspiré hondo, dejando que el aire cálido me llenara los pulmones. Por primera vez desde que había empezado la universidad, sentí que algo, aunque pequeño, había cambiado en mí.

Esa noche, ya en casa, mientras cenaba con mis padres y respondía a sus preguntas sobre el primer día, me sorprendí a mí misma buscando entre los recuerdos el rostro de Javier. No recordaba con precisión sus palabras, pero sí la sensación de ligereza, la seguridad de que, aunque fuera por azar, alguien me había tendido la mano en medio del desconcierto.

Antes de dormirme, repasé mentalmente la escena: la cola, la tarjeta rebelde, la moneda sobre la barra. Me pregunté cuántas veces en la vida ocurre que un detalle tan mínimo desencadene una historia, cuántas veces uno se cruza con alguien sin saber que ese cruce será, con el tiempo, un punto de inflexión.

No sabía si volvería a ver a Javier. No sabía si mañana me encontraría con él en la cafetería, o en un pasillo, o quizás no lo viera en semanas. Pero su gesto —tan sencillo y tan rotundo— se quedó flotando en mi memoria como una pregunta sin respuesta inmediata.

¿Volveré a encontrarme con el chico que me pagó el café?

CAPÍTULO II

Primeras risas bajo la lluvia

No sabría decir por qué accedí tan deprisa a ir a la Feria de Abril aquel año. En mi familia nunca fue una costumbre, y yo misma siempre la había visto desde fuera, como si perteneciera a un mundo de tradiciones ajenas, de fotos que nunca eran mías, de olores y músicas que se filtraban en la ciudad pero no en mi propio calendario. Quizá fue precisamente esa sensación de extranjería lo que me impulsó a aceptar la invitación de Javier, como si algo en su manera de proponerlo —sin solemnidad, con esa mezcla de broma y espontaneidad que tanto le caracteriza— me invitara, más que a una cita, a una pequeña travesura compartida.

La tarde era más gris de lo habitual para una Feria, el cielo encapotado como una advertencia no demasiado seria. Recuerdo el temblor leve en mis manos al abotonarme la chaqueta, el repaso mental a cada gesto, cada palabra posible, como quien ensaya antes de salir a escena. Llegué varios minutos antes de la hora, incapaz de quedarme quieta en casa, y me aposté junto a la entrada, apoyando la espalda en la verja mientras observaba el ir y venir de la gente. Los farolillos se balanceaban suavemente con el viento, y el albero, aún seco, crujía bajo los tacones y las botas de quienes pasaban a mi lado. Había un bullicio contenido, una especie de alegría tensa en el aire, como si la ciudad entera estuviera a la espera de algo.

Vi a Javier desde lejos, reconocí su andar distraído incluso a través de la multitud. Llevaba esa sonrisa suya, franca y un poco torcida, y saludó con la mano aún antes de cruzar la calle, como si no pudiera evitar

anunciarse. Me invadió una mezcla de alivio y nerviosismo: por fin, pensaba, por fin llega este momento que he imaginado tantas veces desde aquel café en la facultad.

—¿Llevas mucho esperando? —me preguntó al llegar, con el flequillo revuelto por el viento y la voz un poco más baja de lo habitual, como si él también estuviera ligeramente intimidado por la cita.

—No, acabo de llegar —mentí, y sonreí, porque me pareció que en ese intercambio trivial había algo de ritual protector, algo que nos mantenía a salvo del vértigo de lo nuevo.

A su lado, la Feria perdió parte de su solemnidad. Atravesamos la entrada esquivando a un grupo de señoras con mantones de colores que discutían animadamente sobre un sombrero, y sentí que la escena se abría ante nosotros como una invitación a la improvisación. Javier me ofreció el brazo, exagerando el gesto con una reverencia teatral:

—¿Me concede este paseo, señorita?

Le seguí el juego, intentando poner cara seria, pero no llegué ni a dos pasos antes de que se me escapara la risa. Había en nosotros una torpeza alegre, una falta de experiencia compartida que, lejos de incomodarme, me hacía sentir a salvo. Cada caseta era escenario de alguna de sus historias inventadas: en una, según él, se escondía el mejor guitarrista de flamenco de Triana, en otra, un primo lejano suyo era campeón de rebujito, en la de más allá, alguien había bailado sevillanas durante veinticuatro horas sin parar. Yo le escuchaba y me reía, aceptando ese juego de ficciones como si fueran verdades provisionales.

El aire olía a fritura, a vino dulce y a perfume, todo mezclado en una nube espesa que me envolvía por primera vez. No recordaba haberme sentido así: ligera, expectante, como si caminar junto a Javier bastara para

que todo, por una noche, tuviera sentido. Nos detuvimos ante una caseta decorada con banderines verdes y blancos, y él empezó a contarme una anécdota —ahora sólo recuerdo el gesto de sus manos, la cadencia de su voz — justo cuando una gota de agua me cayó en la frente. Miré hacia arriba, alarmada, y sentí el primer sopló fresco de la tormenta.

—Creo que va a llover —dije, y Javier, sin perder la compostura, murmuró:

—Bueno, así si la cita va mal, siempre podemos echarle la culpa al cielo.

No hubo tiempo para buscar refugio. En cuestión de segundos, el chaparrón se desató con una intensidad casi cómica: la gente corría cubriéndose la cabeza con lo que tuviera a mano, los farolillos se empapaban y perdían el color, el suelo se llenaba de charcos que reflejaban las luces y los gritos. Javier me cogió de la mano —un gesto automático, urgente, que me sorprendió por su naturalidad— y me arrastró bajo el toldo de una caseta.

—¿Ésta es la de tus amigos? —pregunté, respirando hondo, porque el corazón me latía tan deprisa que casi me dolía.

Era curioso cómo, a pesar del bullicio, sentía que todo en aquel espacio giraba alrededor de nuestra pequeña burbuja. La caseta era un refugio improvisado, pero también un escenario para algo nuevo: yo, siempre tan controlada, tan pendiente del reloj y de las agendas, me sorprendía bajando la guardia. Javier, por su parte, tenía ese modo de hacerse hueco en cualquier ambiente, sin imponerse, solo estando. Le observé desenvolverse, saludar a sus amigos, reírse de sí mismo cuando un vaso estuvo a punto de caérsele de las manos, y noté algo en su mirada cuando se giraba hacia mí: una invitación, casi un reto, a compartir la ligereza de aquel momento.

La música, mezclada con el repiqueteo de la lluvia en la lona, creaba

una atmósfera casi irreal. A ratos el bullicio subía, a ratos los acordes de una guitarra se imponían, y yo me dejé llevar por una energía desconocida. Cuando Javier me presentó a su grupo, sentí una timidez infantil, temiendo no estar a la altura de la broma oportuna o el comentario ingenioso. Pero era imposible no dejarse arrastrar: las historias inventadas se entrecruzaban y las risas se volvían cómplices, y pronto me vi participando, añadiendo yo misma detalles absurdos a las ocurrencias de Javier.

En más de una ocasión, nuestras miradas se cruzaron por encima del ruido, como si pactáramos una tregua secreta: en aquel rincón, bajo la tormenta, sólo existíamos nosotros y la posibilidad de descubrirnos. Había algo embriagador en esa suspensión de lo cotidiano, en la libertad súbita de no tener que ser nadie más que nosotros mismos.

—La misma —respondió, sacudiéndose el agua de la chaqueta—. Aunque creo que hoy va a ser territorio de náufragos.

El interior era un caos alegre: mesas llenas de platos a medio comer, vasos humeantes de caldo, servilletas arrugadas, una música en directo que se entremezclaba con las conversaciones. Javier saludó a varios amigos suyos —sus nombres, sus rostros, se me escurren ahora en la memoria, como si solo importara la impresión de acogida y no los detalles— y me presentó sin ceremonia, con esa naturalidad suya que convierte cualquier situación en algo sencillo.

—Os presento a Lucía, la única capaz de seguirme el ritmo bajo la lluvia —anunció, y yo sentí el rubor subirme a las mejillas, impresionada por la facilidad con que me hacía sentir bienvenida.

—¡Bienvenida, Lucía! —exclamó uno, brindando con un vaso de plástico—. Aquí hoy sólo entra quien no teme mojarse.

Me reí, y miré a Javier buscando su complicidad. Esa sensación de pertenencia, tan inmediata, era algo nuevo para mí. Me dejé llevar, aceptando la copa de rebujito que me ofrecieron y la silla improvisada junto a la barra, mientras la música —algo desafinada, pero contagiosa— seguía sonando al fondo, y el techo de lona crujía con cada nueva oleada de lluvia.

La tormenta no daba tregua. El agua golpeaba la lona como tambores lejanos, y el aire, a pesar de estar cargado de humedad y olor a comida, tenía algo refrescante, una promesa de que la noche sería distinta a cualquier otra. Javier, empapado hasta las pestañas, me miró con una sonrisa que era mitad resignación mitad desafío:

—¿Te atreves a bailar?

Nunca he sido buena bailando sevillanas. De hecho, nunca he sido buena bailando nada, pero esa noche, bajo la lluvia y las risas, me pareció que todo era posible. Asentí, y él me llevó al centro de la caseta, donde las parejas se animaban unas a otras, sin importar el compás ni la técnica. Sus manos me guiaban con suavidad, exagerando los pasos para hacerme reír, improvisando vueltas que me hacían tropezar y que él solucionaba con un abrazo breve, un gesto de apoyo antes de soltarme de nuevo.

En un giro, resbalé sobre el albero húmedo y estuve a punto de caer, pero Javier me sostuvo con firmeza, y yo, entre el miedo y la risa, me apoyé en su hombro. El contacto era cálido, tranquilizador, y sentí que mi cuerpo entero se relajaba.

—Esto no es flamenco —le susurré, y él, divertido, replicó:

—Es nuestra versión de la Feria. Más sincera, menos elegante.

Me reí, dejando que la música y el bullicio me arrastraran. La pista improvisada era un mosaico de charcos y zapatos embarrados, pero nadie

parecía preocuparse. Había una euforia en el ambiente, una especie de pacto tácito para alargar la diversión mientras la tormenta rugía fuera. Compartimos una tortilla cortada en trozos irregulares, bebimos rebujito en vasos de plástico que se pegaban a los dedos, y en algún momento, Javier desapareció unos minutos sólo para regresar con dos churros, envueltos en servilletas empapadas.

—Esto es lo más parecido a una cena de gala que vas a tener hoy — declaró, ofreciéndome uno con aire solemne.

—Nunca he comido un churro tan blando —le respondí, y ambos rompimos a reír.

La caseta fue vaciándose poco a poco, los más prudentes huyendo hacia taxis imposibles, mientras que nosotros resistíamos, aferrándonos a cada minuto robado a la tormenta. Afuera, la lluvia seguía cayendo, y el sonido era ahora más nítido, más envolvente, como si el mundo se hubiera reducido a ese pequeño refugio.

Javier se asomó al exterior, evaluando la distancia hasta el siguiente techado. Me ofreció su chaqueta, pero estaba tan empapada como la mía, así que los dos nos miramos, resignados y divertidos, y él propuso:

—¿Corremos?

No hubo tiempo para pensarlo. Me cogió de la mano con una seguridad nueva, y salimos a la explanada, esquivando charcos, saltando sobre el barro, riendo como niños. Sentí el agua resbalarme por la espalda, el frío calarme hasta los huesos, pero también una alegría luminosa, una certeza de que esa noche importaría en mi vida mucho más de lo que entonces alcanzaba a comprender.

Había ciertos detalles que, incluso en medio de la lluvia y el desorden, se me quedaron prendidos en la memoria: el brillo de las luces filtrándose a

través de las gotas, el calor de la multitud apiñada en la caseta, el roce húmedo de la manga de Javier contra la mía cada vez que nos acercábamos para oírnos mejor. Me fijaba en sus gestos, en la forma en que se apartaba el pelo pegado a la frente, en la naturalidad con que me preguntaba si prefería quedarme bajo techo o volver a saltar charcos. Sentía que cada decisión, por mínima que fuera —probar un poco de tortilla, aceptar un sorbo de la copa de rebujito que compartíamos— era una nueva manera de decirle «sí» a aquella noche.

El chaparrón nos igualaba a todos, pero yo tenía la sensación de que sólo nosotros dos estábamos realmente presentes en el corazón de la tormenta. Cuando Javier me cogió de la mano y echamos a correr, noté cómo desaparecían los filtros, las dudas, el miedo a hacer el ridículo. La ropa mojada pesaba sobre los hombros, el aire frío se colaba por el escote, pero la risa era un abrigo más cálido que cualquier chaqueta. Esa carrera alocada, con los pies chapoteando y las carcajadas escapando entre los dientes, me hizo sentir una ligereza nueva, una juventud diferente a la de los años: la de los instantes en que se elige vivir sin reservas.

Encontramos refugio bajo un pequeño voladizo, apenas suficiente para cubrirnos del aguacero. Allí nos detuvimos, jadeando, y por un instante, el tiempo pareció suspenderse. Nos miramos a los ojos, y yo sentí —con toda la claridad de una revelación— que estaba exactamente donde quería estar.

—No recordaba la última vez que me había reído así —le confesé, con la voz temblorosa de frío y algo más que no sabía nombrar.

—Te lo tomo como un gran cumplido —dijo él, acercándose un poco—. Aunque si acabamos resfriados los dos, será culpa mía.

—Y del clima —le corregí, regalándole la excusa que él mismo me había dado antes.

En ese silencio compartido, el bullicio de la Feria se volvió lejano, y sólo quedábamos nosotros dos, todavía con el pulso acelerado, empapados y sonriendo. Sentí que podía confiar en ese momento, que no había nada que demostrar, nada que temer. La lluvia dibujaba ríos en el suelo de albero, y el viento arrastraba ecos de canciones a medio cantar, de palmas, de risas que se perdían en la distancia.

—¿Sabes qué es lo mejor de los planes que salen mal? —dijo Javier de repente, con esa voz suya que roza la broma y la ternura.

—¿Qué?

—Que suelen convertirse en los mejores recuerdos.

Le miré, sorprendida por la verdad de sus palabras. Era cierto: esa noche, imperfecta, pasada por agua, era ya un recuerdo inolvidable.

Permanecimos allí, en nuestro pequeño refugio, hasta que la lluvia empezó a remitir. Salimos de nuevo a la Feria, convertidos en dos figuras extrañas: la ropa pegada a la piel, el pelo chorreando, pero la risa intacta. Javier me propuso dar otra vuelta, y yo acepté sin dudarlo. Caminamos despacio, como si no quisiéramos que la noche terminara, y a cada paso, la complicidad crecía, silenciosa y firme.

La noria giraba al fondo, iluminada, y Javier me retó con una mirada:

—¿Te atreves a subir?

La espera para subir a la noria fue breve, pero en esos minutos sentí el pulso acelerarse de otra forma. El silencio entre nosotros, después de tanta risa, era cómodo y lleno de posibilidades. Observé cómo Javier tamborileaba con los dedos en el metal del asiento, como si el sonido le ayudara a ordenar sus pensamientos. Yo, por mi parte, jugueteé con los flecos mojados de mi bufanda, consciente de la humedad en la piel y del rubor en las mejillas. Ese ascenso, lento y crujiente, se me antojó un puente

entre la euforia y una intimidad más tranquila, casi solemne, como si la altura y el rumor de la lluvia nos permitieran, por un instante, quedar a solas con nuestras propias expectativas.

Desde arriba, Sevilla se desplegaba como un mapa secreto: los charcos reflejaban las luces y las voces quedaban lejos, y el aire parecía más transparente. Me sorprendí pensando en lo fácil que había sido dejarme llevar por Javier, y en el deseo —inexplicable y profundo— de que ese momento no terminara. Había algo en la forma en que él me miraba, en la sonrisa torpe que le asomaba cuando nuestras rodillas se rozaban dentro de la cabina, que me decía sin palabras que también él sentía esa suspensión, ese paréntesis precioso en el que todo era posible.

No lo dudé. Compramos dos entradas —las manos todavía húmedas, los billetes casi deshaciéndose— y nos acomodamos en una cabina que crujía bajo el peso de la lluvia. El ascenso fue lento; fuera, las luces de la Feria se multiplicaban en los charcos, y dentro, el techo dejaba pasar hilillos de agua que caían sobre nuestros zapatos.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de la lluvia? —preguntó Javier, apoyando la frente en el cristal empañado.

—¿Qué?

—Que borra todas las huellas. Como si el mundo pudiera empezar de cero.

Me conmovió esa frase, dicha con una seriedad inusual. Había en él una profundidad que no siempre mostraba, y yo, contagiada de ese ánimo, busqué una respuesta.

—¿Y tú, Lucía? ¿Qué te gusta de las lluvias de abril?

—Que justifican cualquier locura —dije, y reímos los dos, liberados.

Desde arriba, la ciudad era casi irreal: las luces desenfocadas, la Feria transformada en un archipiélago de islas luminosas, el aire denso de humedad. Era un escenario que no podía haber imaginado, y sin embargo, sentí que lo recordaría siempre, no por la vista, sino por la sensación de estar, por fin, en mi propio lugar.

Cuando la noria nos dejó de nuevo en el suelo, la lluvia ya era apenas un rumor. Caminamos juntos hasta la salida, despacio, como si quisiéramos aplazar la despedida. Javier sacó de su bolsillo un pañuelo arrugado y me lo ofreció para secarme la cara; el gesto era tan torpe y tan dulce que tuve que reírme.

—Vas a pillar un resfriado por mi culpa —me dijo, casi en un susurro.

—Merece la pena —respondí, sorprendida por la facilidad con que la verdad salía de mis labios esa noche.

Nos acercamos a la parada de taxi más cercana. Bajo la marquesina, el frío se colaba por las mangas, pero yo no quería que la noche terminara. Nos miramos, y en ese silencio cabían todas las preguntas y todas las respuestas posibles.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Javier, con un punto de timidez que no le había visto antes.

—Mucho —dije, y supe que no estaba exagerando.

—¿Repetimos el año que viene? —sugirió, y vi en sus ojos un brillo que me hizo sentir especial.

—Si sobrevivo al resfriado, me lo pensaré.

Nos reímos como dos adolescentes, y sentí que el tiempo se dilataba, que la noche quería prolongarse eternamente en ese punto de equilibrio. Javier bajó la voz al despedirse, y nuestras manos se rozaron apenas un

instante —un roce breve, eléctrico, que me recorrió de arriba abajo— antes de que llegara el taxi.

—Gracias por venir conmigo, Lucía.

—Gracias por invitarme.

Me ayudó a subir, cuidando de que no resbalara, y antes de cerrar la puerta se inclinó junto a la ventanilla:

—Mañana te llamo.

El coche arrancó, y mientras la distancia crecía, vi su figura recortada bajo la luz de la farola, la ropa empapada, la sonrisa intacta. Apoyé la frente en el cristal húmedo y dejé que la emoción me atravesara: algo había cambiado esa noche, algo había nacido bajo la lluvia.

Al llegar a casa, casi temblando, me envolví en una manta, sintiendo el frío en los huesos y el calor en el pecho. Cerré los ojos y repasé cada detalle: las primeras risas, el caos alegre de la caseta, el sabor del rebujito, la ternura de Javier al ofrecerme su brazo y luego su mano. No podía dormir. La Feria volvía a mí en ráfagas: la música, los charcos, el roce de su mano, el momento en que resbalé y él me sostuvo, la promesa de una llamada al día siguiente.

Me pregunté si él estaría repasando también la noche, si recordaría las mismas imágenes, si sentiría la misma plenitud. Pensé en la fuerza de esa complicidad que había nacido tan deprisa y tan limpia, y en la certeza de que no me importaba qué sucedería después: esa noche era ya un tesoro, un refugio al que podría regresar siempre.

Había, después de aquella noche, una sensación de posibilidad abierta, como si el mundo, de pronto, hubiera aumentado de tamaño y ofreciera caminos insospechados. Me quedé mucho tiempo despierta, escuchando las gotas golpear los cristales y repasando mentalmente cada gesto, cada

palabra, cada mirada. Era como si la memoria quisiera fijarlo todo, atraparlo antes de que se desvaneciera con la llegada de la rutina.

No podía evitar preguntarme si Javier estaría pensando en mí, si recordaría cada detalle tal como yo lo hacía. El cosquilleo en la piel, la pequeña osadía de bailar en público, la torpeza compartida de los churros mojados, la confesión improvisada bajo el toldo... todo cobraba un brillo especial ahora, como si hubiese descubierto una parte de mí que sólo existía en su compañía. La noche había sido breve, pero su eco se alargaba, prometiendo nuevas aventuras, nuevas lluvias, nuevas ocasiones para reír y mojarse juntos, sin miedo al frío ni al qué dirán.

Cuando el móvil sonó al día siguiente y vi su nombre en la pantalla, supe que la vida no me mentía: la risa, la lluvia, la espera, todo había merecido la pena. Pero en aquel instante final de la noche, empapados y con el corazón latiendo al ritmo de la tormenta, nos miramos a los ojos bajo el alero de la caseta, y sentí, con una claridad que aún me estremece, que algo importante estaba a punto de suceder. ¿Era posible que la lluvia, lejos de separarnos, nos hubiera unido de una forma nueva y definitiva?

CAPÍTULO III

El primer beso en el puente

La Feria de Abril tiene esa costumbre suya de estirar el tiempo hasta hacerlo irreconocible. Una tarde puede durar una semana, una madrugada puede contener todos los domingos del año. Y aquella noche, la noche en que nos besamos por primera vez, el reloj parecía haberse rendido ante la lluvia, como si las horas quisieran mezclarse con el agua y convertirlo todo en un recuerdo sin principio ni fin. Aún siento en la piel el eco de aquella humedad, la tela pegada a los brazos, el olor indefinible de las calles mojadas y el albero hecho barro bajo los zapatos. Pero todo eso es solo el telón de fondo. Lo importante estaba a punto de ocurrir en un escenario improvisado, bajo un paraguas prestado, sobre el puente que lleva a Triana.

Recuerdo que, mientras nos acercábamos al puente, las luces de la ciudad parecían vibrar con una intensidad distinta, como si la lluvia las hubiese afinado solo para nosotros. El aire estaba cargado de esa electricidad previa a las grandes decisiones, y cada paso que dábamos resonaba en los charcos como una promesa. Sentía la humedad calando hasta los huesos, pero también la calidez extraña de saberme observada y acompañada. Javier caminaba a mi lado con un silencio que no era incómodo, sino expectante, y yo alternaba entre mirar la rendija de luz bajo los paraguas ajenos y perderme en el ritmo de nuestros pasos, perfectamente acompasados pese a la torpeza de esquivar charcos y empujones. Nada en ese trayecto era previsible: ni la dirección del viento, ni el porvenir de la noche, ni siquiera la naturaleza exacta de nuestro

vínculo, que flotaba en el aire como una pregunta sin contestar. Y, sin embargo, había en su presencia una paz que contrastaba con mi propia agitación. Cada vez que nuestras manos se rozaban, sentía una corriente mínima, como el inicio de una melodía que aún no sabe si será canción o solo un esbozo en la mente.

Salimos de la caseta de sus amigos cuando la música ya era solo una vibración sorda y los farolillos, empapados, colgaban vencidos por la lluvia. Afuera, el agua seguía cayendo con el mismo entusiasmo, imperturbable, y la ciudad parecía más nuestra, como si cada gota nos concediera un segundo privado fuera del mundo. Javier insistió en sacar el paraguas, aunque al principio solo encontrábamos excusas para demorarnos: que si los zapatos, que si el abrigo, que si las pulseras de papel se estaban deshaciendo. Yo sentía un vértigo peculiar, como si cada pequeño retraso fuera un nudo que alguien desataba con cuidado, como si la noche se resistiera a acabarse antes de que algo importante sucediera.

—¿Te apetece que te acompañe hasta el puente? —preguntó, sacando el paraguas de la mochila—. Me han dicho que, si cruzas de vuelta andando, la Feria cuenta por dos.

—¿Eso quién lo dice? —me atreví a bromear, notando cómo la voz se me quebraba en la última sílaba.

—Nadie serio. Pero me gustaría comprobarlo contigo.

Nos reímos, y el sonido fue distinto a las carcajadas de antes: más bajo, como si compartiéramos un secreto que solo la lluvia pudiera entender. Mientras andábamos, el paraguas se convirtió en una frontera diminuta pero infranqueable: los dos hombro con hombro, los brazos rozándose de vez en cuando, los pasos acompasados porque el espacio no permitía otra cosa. El aire era fresco y denso. Se mezclaban el olor de los churros que

alguna caseta aún freía a esa hora imposible y la promesa lejana del río, esa corriente oscura que siempre parece esperar algo bajo la ciudad.

Caminábamos despacio, como si la prisa fuera un lujo absurdo, como si cada paso tuviera que justificarse en la lentitud de lo que no queremos terminar. Yo sentía cada roce de su brazo como una descarga, un pequeño fogonazo de algo dulce y desconocido. El paraguas, que nos obligaba a acercarnos, se convirtió en una especie de pretexto para no separarnos. La lluvia se colaba a veces por los bordes y caía en goterones fríos sobre mi mano, pero incluso ese pequeño sobresalto me parecía un privilegio, una señal de que estábamos juntos en ese pequeño naufragio.

—No me acostumbro a este silencio —le confesé, cuando dejamos atrás el bullicio—. Es como si al final de la Feria se apagara una parte de Sevilla que no sabía que existía.

—¿Y qué parte se enciende ahora? —me preguntó, mirándome de reojo. Tenía el flequillo chorreando agua y la sonrisa torcida, como si acabara de pillar una broma interna.

No supe responder. O quizá no quise. Llevábamos toda la noche buscando palabras para lo que era evidente: que cada minuto juntos pesaba más que el anterior, que la risa, la lluvia y el cansancio habían ido desnudando algo que no sabíamos cómo nombrar. Los pasos se volvieron más lentos al acercarnos al puente. El sonido del río subía desde abajo, envuelto en esa bruma que solo la madrugada concede a los lugares que guardan historias.

Me detuve un instante para mirar el agua. El Guadalquivir, a esas horas, parecía un animal dormido. Las farolas, reflejadas en la superficie, se deshacían en líneas temblorosas. La ciudad, al fondo, era solo una promesa de luz y de regreso, y yo sentía que, por una vez, la frontera entre lo que

podía ocurrir y lo que ya era recuerdo se había hecho fina como la piel mojada de mis manos.

—¿Te importa si paramos un momento? —dijo Javier, deteniéndose en mitad del puente—. Me gusta la vista desde aquí.

—Claro. Además, así comprobamos si la Feria cuenta por dos.

Él se apoyó en la barandilla y yo a su lado, los dos bajo aquel paraguas que nos había prestado un amigo suyo y que parecía insuficiente para tanta agua. Había algo en ese instante —en la forma en que el agua dibujaba surcos en el metal, en la manera torpe en que sujetábamos el paraguas entre los dos— que me hizo pensar que el tiempo se había detenido para mirarnos. Notaba el frío del hierro bajo la palma, la humedad penetrando la tela del vestido, pero todo eso se mezclaba con una sensación de calidez difícil de describir, una especie de electricidad contenida en el aire, como si el mundo estuviera en suspenso, expectante, esperando nuestro siguiente movimiento.

Javier se quedó quieto, mirando el río con una expresión que era mitad concentración y mitad timidez. Había algo en su perfil, recortado contra la luz difusa de la ciudad, que me resultaba casi familiar, como si lo hubiera visto antes, en un sueño o en la página arrancada de algún libro. La lluvia seguía marcando el ritmo, insistente, y el paraguas comenzaba a ceder bajo el peso del agua acumulada.

—¿Sabes? —dijo de pronto, sin mirarme—. Me alegro de que haya llovido.

—¿Por qué?

—Porque así tengo una excusa para estar aquí contigo. Si no, seguro que estarías rodeada de gente y yo no habría tenido valor para pedirte que me dejaras acompañarte.

La sinceridad de su voz me desarmó. No era una frase brillante ni un cumplido medido: era solo la verdad, dicha con esa naturalidad que él tenía para convertir lo difícil en sencillo. Sentí un temblor en el pecho, una especie de tirón suave que me impulsaba hacia él y, al mismo tiempo, me llenaba de un pudor casi infantil. No supe qué contestar, así que me quedé mirando el reflejo de las farolas y dejé que el silencio hablara por mí. Por dentro, mi cabeza bullía: ¿cómo es posible que un gesto tan pequeño — compartir un paraguas, detenerse a mirar el río— pueda cambiar el sentido de una noche entera?

En ese silencio, los sonidos de la noche adquirieron una nitidez sorprendente: el chapoteo irregular de la lluvia contra la barandilla, algún coche lejano cruzando la calzada, la risa lejana de otras parejas que, como nosotros, buscaban refugio en la incertidumbre de la madrugada. Mis pensamientos brincaban de un lado a otro, imaginando posibles futuros, repasando cada gesto de Javier a la caza de un significado oculto. ¿Estaría él tan nervioso como yo? ¿Notaría mi mano temblar cada vez que el paraguas cambiaba de ángulo? Unas palabras simples, una mirada fugaz, todo parecía más grande, más denso, más verdadero bajo el aguacero. No podía evitar preguntarme si, al volver a la rutina, recordáramos este momento con la misma intensidad, o si la vida lo iría limando hasta dejarlo reducido a una anécdota trivial sobre una Feria lluviosa. Pero algo en la mirada de Javier sugería que, para él, aquel instante también era irrepetible.

Un golpe de viento sacudió el paraguas y casi lo perdimos. Javier lo sujetó con reflejos rápidos —un poco torpes, un poco heroicos— y por un instante estuvimos tan cerca que sentí el aliento de su risa, mezclado con el olor a lluvia y a algo indefinible que ya era suyo. El corazón me latía tan

deprisa que temí que pudiera oírlo incluso a través del estrépito de la lluvia. Me fijé en sus pestañas, empapadas, en la curva de su boca, en la forma en que sus dedos se aferraban al mango del paraguas como si en ello le fuera la vida.

—¿Estás bien? —preguntó, aún sujetando el paraguas en ángulo imposible.

—Sí —respondí—. Aunque si se nos vuela, nos quedamos aquí toda la noche.

—No me importaría.

No sé si el temblor de mi mano fue por el frío o por la extraña calidez que empezaba a crecer entre nosotros. Le miré a los ojos y, por primera vez, no aparté la vista. La ciudad, la Feria, el pasado entero se disolvieron en ese segundo suspendido. Todo lo que había sido importante hasta ese momento —el café de la facultad, los exámenes, las costumbres familiares— se desvaneció en el aire húmedo, y solo quedó la certeza de estar allí, juntos, bajo un paraguas a punto de rendirse.

—Lucía —dijo, bajando la voz—, si mañana no te acuerdas de mí, te vuelvo a pagar el café.

La frase era absurda, tierna, completamente inesperada. Me reí, pero esta vez la risa no era una defensa: era un sí, un salto al vacío, una confesión disfrazada de carcajada. Sentí cómo el paraguas temblaba otra vez en nuestras manos y, por un instante, pensé que todo iba a salir volando: el miedo, las dudas, el tiempo. Sentí el calor de su brazo, la presión suave de su mano buscando la mía, el cosquilleo casi doloroso de la anticipación en el estómago. Todo se volvió borroso salvo su mirada.

—Cuidado —dije, intentando sujetar el paraguas mientras las carcajadas me doblaban—. Que con esta racha, mañana ni café ni nada.

—Entonces lo repito hasta que haga falta.

La lluvia golpeaba con furia sobre la tela, haciendo música de fondo a nuestro pequeño teatro improvisado. Sentí su mano rozar la mía, primero como un accidente y luego, poco a poco, como una invitación. No recuerdo si fui yo quien se acercó o si fue él quien acortó la distancia. Solo sé que, de repente, su boca estaba tan cerca de la mía que podía contarle los latidos, y que el mundo se redujo al espacio exacto de un primer beso.

Fue un beso torpe, empapado, lleno de nerviosismo y de una ternura que aún hoy me sorprende. No hubo declaraciones ni promesas, solo el roce suave de dos personas que se reconocen en la oscuridad y deciden, por un instante, no tener miedo. El paraguas se resbaló un poco y una gota fría me recorrió la mejilla, pero no quise apartarme. Sentí su sonrisa contra mi boca, y el temblor de su mano aferrada a la mía me contó más de lo que cualquier palabra podría decir.

El primer beso: esa frontera invisible que separa el antes y el después. Todo lo que había imaginado, todos los temores y expectativas, se deshicieron en la sencillez de aquel instante. No fue perfecto: la lluvia nos empapaba, el paraguas bailaba en las manos, la ropa nos pesaba y el pelo se nos pegaba a la frente. Pero fue real. Sentí el latido de su corazón, el leve suspiro de su risa en mi cuello, la calidez de estar exactamente donde quería estar. En ese momento, pensé que si la vida iba a ser una sucesión de instantes como aquel, estaba dispuesta a cruzar todos los puentes bajo la lluvia.

La ciudad, aquella Sevilla insomne y húmeda, parecía contener la respiración. Cada farola reflejada en los charcos era un testigo mudo, y yo me sentía protagonista de una historia que siempre había creído, hasta entonces, reservada para otros. No era solo el beso lo que me agitaba, sino

el vértigo de lo que podía nacer a partir de él. ¿Qué haríamos con esa intimidad recién estrenada? ¿Cómo conviviría nuestra torpeza con las exigencias cotidianas de la facultad, las charlas en los pasillos, los cafés apresurados? Estaba convencida de que, en algún rincón de esa noche, habíamos cruzado una línea invisible. La certeza de que algo grande había comenzado se mezclaba con el miedo a que, por la mañana, la lógica y la timidez lo echaran todo a perder. Pero la calidez de su risa y la firmeza de su mano me daban el valor suficiente para apostar, aunque fuera en secreto, por el futuro que se abría ante nosotros.

—Esto es surrealista —susurré, cuando nos separamos apenas un centímetro.

—¿Por la lluvia o por mí?

—Por todo.

—Que no se te olvide, por si acaso mañana hay que repetirlo.

Nos reímos de nuevo, esta vez sin reservas, y el paraguas se inclinó peligrosamente hacia un lado. Javier soltó una carcajada tan sonora que retumbó en el puente y, por un segundo, pensé que todo el mundo podía oírnos. Pero la ciudad estaba dormida, o quizás solo la lluvia nos daba permiso para ser, por una vez, los protagonistas de nuestra propia historia.

El viento arreció y el paraguas se volvió loco, girando sobre sí mismo hasta que logramos domarlo entre risas y manotazos. Había algo irresistible en el desastre: la ropa mojada, el pelo pegado a la frente, los zapatos llenos de barro. Todo era incómodo y, sin embargo, sentí que ninguno de los dos hubiera cambiado ese instante por un salón seco y ordenado. Era la incomodidad perfecta, la que solo se da cuando todo lo demás sobra.

Por un momento, nos quedamos callados, respirando el mismo aire,

compartiendo el mismo temblor. Miré sus manos —las largas, un poco torpes, siempre moviéndose— y me pregunté cómo sería vivir con alguien capaz de hacerme reír incluso en medio de un aguacero. ¿Sería posible construir algo a partir de un café pagado y un paraguas prestado, de una risa compartida bajo la tormenta?

—¿Te imaginas explicando esto mañana? —murmuré, aún riendo.

—¿A quién? ¿A los del café o a mi madre?

—A quien sea. Yo, desde luego, no pienso dar detalles.

—Eso es una lástima. Yo pensaba presumir de que sobreviví a la Feria y al primer beso bajo un paraguas rebelde.

Me apoyé un poco más en la barandilla. El metal estaba frío, pero yo no lo sentía. Había algo en la forma en que Javier me miraba —esa mezcla de incredulidad y alegría— que me hacía sentir que el mundo era, por fin, un sitio donde podía quedarme quieta. El río seguía su curso, indiferente a nuestra pequeña revolución, y la ciudad, al otro lado, parecía prometer que nada sería igual a partir de esa noche.

—¿Quieres andar un poco más? —preguntó Javier—. O, si prefieres, te acompaño hasta casa.

—No quiero que acabe —me sorprendí diciendo.

Él sonrió, como si esa frase también fuera suya.

—Entonces sigamos andando.

Cruzamos el puente a paso lento, resguardados bajo el paraguas que amenazaba con rendirse en cualquier momento. El silencio entre nosotros era cómodo, lleno de palabras que no hacía falta pronunciar. A cada paso, sentía cómo la distancia entre el antes y el después se agrandaba: ya no éramos dos desconocidos con un café pendiente, ni dos estudiantes

compartiendo un paraguas, sino dos personas que habían elegido, aunque solo fuera por esa noche, caminar juntas bajo la lluvia.

Mientras avanzábamos, notaba cómo el cansancio se mezclaba con la excitación, cómo en mi pecho bullía una mezcla de incredulidad y gratitud. El mundo parecía más grande y más íntimo al mismo tiempo. Cada charco reflejaba una parte de la ciudad que, de pronto, parecía distinta: los portales brillaban bajo las farolas, los cristales empañados de los coches guardaban secretos y la lluvia lo envolvía todo en una especie de manto blando y luminoso.

Cada vez que el paraguas crujía bajo la presión de la lluvia, sentía que el universo conspiraba para mantenernos juntos un poco más. La ropa pegada al cuerpo, el pelo húmedo en la frente, la sensación de frescor en las mejillas y la calidez creciente en el pecho componían una sinfonía de contrastes que me mantenía despierta y alerta a cada matiz. Pensé en cuánto cambiaría mi recuerdo de la ciudad después de aquella noche; en cómo, a partir de entonces, cada lluvia traería consigo no solo el olor a tierra mojada, sino también el eco de su voz y la promesa de un café pendiente. El Guadalquivir, ajeno y constante, seguía su curso, pero para mí aquel tramo de orilla, aquel puente y aquella madrugada quedarían ya grabados como el inicio de todo lo importante.

Al llegar al final del puente, Javier se detuvo y me miró con esa seriedad distraída que le acompañaba incluso cuando hacía bromas.

—¿Me dejas acompañarte hasta tu portal? —preguntó, como si la pregunta le costara más de lo que quería admitir.

—Solo si prometes no intentar pagarme el desayuno mañana.

—Depende. ¿Desayuno juntos o por separado?

No supe qué contestar. El vértigo de lo posible era tan real que casi

podía tocarlo. Pero no quería estropear la magia de la noche buscando respuestas para preguntas que aún no existían.

—Mañana veremos —dije, y sentí que la frase era la única promesa posible.

Caminamos despacio por las calles mojadas, sorteando charcos y esquivando la poca gente que volvía a casa tras la Feria. El paraguas seguía siendo nuestro refugio, minúsculo pero suficiente. A cada esquina, el sonido de los pasos se mezclaba con el rumor lejano de la fiesta, ya convertida en eco. Bajamos por calles que parecían distintas en la madrugada, como si la ciudad se hubiera disfrazado para nosotros y solo nosotros tuviéramos el mapa secreto. A veces, Javier decía algo —una ocurrencia, una broma absurda— y yo me reía sin pensar, agradecida por la ligereza con que era capaz de devolverme al presente.

Nos detuvimos frente a mi portal, bajo la luz mortecina de una farola que no lograba iluminar del todo la acera. La lluvia seguía cayendo, más fina ahora, como si también ella estuviera cansada y no quisiera despedirse del todo. Sentí que el momento se estiraba, que algo invisible nos retenía allí, en el umbral de lo cotidiano y lo extraordinario.

—Gracias por la noche —dije, y noté que la voz me temblaba más de lo que habría querido.

—Gracias a ti —respondió, y durante un segundo pareció dudar—. ¿Te vuelvo a pagar el café mañana?

Esta vez la risa fue suave, apenas un suspiro. Me incliné y le di un beso fugaz en la mejilla, sintiendo el calor de su piel bajo la lluvia. El paraguas resbaló una vez más, y entre risas, tuvimos que sujetarlo los dos, como si cada gesto cotidiano fuera una coreografía aprendida a oscuras.

—Mañana lo hablamos —susurré—. Si me acuerdo de ti.

—Te aseguro que sí —contestó, y la seguridad de su voz me hizo sonreír.

Entré en el portal con el corazón acelerado y la ropa todavía empapada. Subí las escaleras a oscuras, intentando no hacer ruido, y al llegar a mi habitación me dejé caer sobre la cama sin siquiera cambiarme. El olor a lluvia se mezclaba con el de sábanas limpias y la certeza de que algo había cambiado para siempre.

Cerré los ojos y repasé cada instante: el temblor del paraguas, la promesa disfrazada de broma, la risa compartida bajo el aguacero. No podía evitar preguntarme si todo había sido real o si, al despertar, descubriría que la Feria, la lluvia y el beso en el puente no eran más que un sueño empapado. ¿De verdad había empezado así mi historia con Javier, entre risas, agua y un café prometido para mañana?

Entre apuntes y tazas de café

La luz de la biblioteca de la facultad nunca era suficiente. Recuerdo aquel fulgor mate, casi polvoriento, que caía desde los ventanales altos para posarse sobre las mesas largas y los libros abiertos, y cómo, en las tardes más grises, el tic-tac de los relojes parecía desvanecerse bajo el murmullo de las páginas pasadas y las respiraciones contenidas. Allí, entre papeles subrayados y carpetas que olían a tinta y a nerviosismo, fue donde nuestra historia, la de Javier y la mía, empezó a trazar su cauce más profundo.

No fue un romance de pasillos ni de gestos grandilocuentes. Fue, más bien, una rutina que se fue tejiendo poco a poco, sin avisos, como esas enredaderas que cubren de pronto una tapia y la transforman para siempre. Después de la Feria de Abril, de aquella noche imposible bajo el paraguas en el puente de Triana, volvimos a vernos casi sin querer, primero en la cafetería —donde reímos recordando mi tarjeta estropeada y su heroica compra del café—, luego en los pasillos, y finalmente, casi por inercia, en la biblioteca.

—¿Tienes ya sitio? —me preguntó un mediodía, con la voz baja y la mirada despidada, como si temiera molestarme o interrumpir mi ordenado caos de apuntes.

—Aquí cabe una persona más —le contesté, apartando mis libros al borde de la mesa, fingiendo que no me importaba ceder espacio, aunque ya estaba esperando que lo pidiera.

Aquella mesa, tan anodina y tan nuestra —madera vieja, patas que

cojeaban, una lámpara con la pantalla torcida—, se convirtió en nuestro refugio durante los meses que siguieron. No necesitábamos mucho para instalarnos: Javier con sus cuadernos llenos de anotaciones caóticas y bolígrafos de colores; yo, con mis esquemas impecables y mis subrayadores por gamas cromáticas. Eran dos formas opuestas de enfrentarse al estudio, pero compartíamos una fe secreta en la eficacia de las tazas de café y en la compañía silenciosa.

El primer día que estudiamos juntos, me sorprendió su paciencia infinita. Mientras yo repasaba una y otra vez los mismos artículos del código civil, él parecía capaz de perderse durante horas en una sola página, apuntando flechas y haciendo dibujos pequeños en los márgenes. A veces levantaba la cabeza y me observaba en silencio, como si intentara descifrar el misterio de mi concentración metódica.

—¿Tienes memoria fotográfica o es solo pose de empollona? —me preguntó un día, sin malicia, con una sonrisa ladeada.

—No lo sé —le respondí—. Pero tú debes de tener memoria visual, porque esos monigotes tuyos aparecen por todas partes.

Él alzó un folio y me mostró un garabato: una taza de café con ojos y una sonrisa torcida. No pude evitar reírme. Era tan absurdo, tan inesperadamente tierno, que de pronto todo el peso de los exámenes pareció flotar lejos.

—Para que no olvides quién te paga los cafés —dijo, dejando el dibujo entre mis apuntes—. Por si alguna vez necesitas un recordatorio.

Me acostumbré a encontrar esas pequeñas notas escondidas entre mis papeles. A veces, cuando el agotamiento me vencía y la idea de aprenderme otra jurisprudencia me resultaba insoportable, una taza sonriente, un mensaje breve —«Ánimo, campeona», «Hoy invito yo», «Quedan dos cafés

menos para el verano»— aparecía como un hechizo para romper la rutina. Ni siquiera noté cuándo empezaron a ser imprescindibles.

Durante los años que siguieron, la biblioteca se convirtió en nuestro calendario. Medíamos el tiempo según los exámenes, los trabajos entregados, las tardes interminables de repaso. La vida fuera de esos muros se reducía a breves excursiones al patio, a conversaciones en voz baja junto a la máquina de café, a repasos de última hora en los bancos del vestíbulo. Había días en los que pensaba que nunca saldríamos de allí; otros, que aquel encierro voluntario era el único lugar posible para nosotros dos.

El otoño de 2011 fue especialmente largo. Las mañanas se llenaban de frío y de bufandas, y la biblioteca olía a lana mojada y a miedo al futuro. Yo estaba en el último curso de Derecho, y la presión era como un rumor persistente en el pecho. Javier, siempre paciente, siempre tranquilo, se reía de mis listas infinitas de tareas.

—No puedes organizar el mundo, Lucía —me decía mientras yo reescribía mi horario de estudio por quinta vez—. A veces las cosas salen bien aunque uno no lo planifique todo.

—Eso lo dices porque nunca has perdido un examen —le respondía, medio en broma, medio en serio.

A veces, al observarnos desde fuera —él con su parsimonia y yo con mi bullicio interno—, tenía la impresión de que estábamos representando un viejo ritual que nos precedía, como si esa calma suya y mi tendencia a querer controlarlo todo fueran, en realidad, dos formas complementarias de buscar cobijo ante el vértigo de la vida universitaria. Había en mí una admiración callada por su manera de navegar el tiempo, por su modo de aceptar incluso los imprevistos con una sonrisa ligera, como si el mundo fuera un tablero donde las piezas siempre podían recolocarse sin drama.

Cuando el cansancio me vencía y sentía que no llegaría a todas partes, bastaba con mirarle y recordar que, incluso si fallábamos, nos tendríamos el uno al otro entre apuntes y tazas de café.

Él me miraba entonces con esa mezcla de ternura y exasperación que aprendí a reconocer con los años. No discutía, solo se limitaba a apoyarme la mano en el brazo o a deslizarme un caramelo debajo del libro, como si fuera su manera de recordarme que el mundo era, a veces, menos grave de lo que yo creía.

El día que entregué mi trabajo de fin de grado, Javier apareció en la biblioteca con una bolsa de papel arrugada y una sonrisa triunfal.

—Celebración de emergencia —anunció, abriendo la bolsa para mostrar dos napolitanas de chocolate aplastadas y dos sobres de café soluble—. No es la cafetería de Viena, pero da el pego.

—¿No podían ser croissants? —bromeé, aunque el gesto me enterneció más de lo que quise admitir.

—Es lo que había en la máquina —respondió, encogiéndose de hombros—. Y además, las napolitanas son más divertidas de comer.

Nos sentamos en un rincón apartado, rodeados de libros apilados y carpetas que parecían a punto de desplomarse, y compartimos las napolitanas a escondidas, riendo como niños. Fue un momento tan simple y tan perfecto, que aún hoy lo recuerdo con más nitidez que cualquier celebración oficial.

Durante aquellos años, aprendí a conocer a Javier en sus mínimos detalles: el modo en que perdía siempre las llaves —a veces las buscaba entre los libros, otras en los bolsillos de la mochila, y una vez las encontró dentro de un zapato—; su costumbre de garabatear mapas y líneas temporales en los márgenes de las libretas; la manera en que se quedaba

absorto mirando por la ventana cuando llovía, como si la ciudad le contara historias solo accesibles para él. Y también aprendí a querer esos despistes, esa calma contagiosa que compensaba mi tendencia a la ansiedad y a la urgencia.

A veces, al salir de la biblioteca después de una tarde de estudio, caminábamos juntos hasta la parada del autobús. El aire de Sevilla, incluso en invierno, tenía un perfume a azahar y a tierra húmeda que me hacía sentir que la vida podía ser dulce incluso en las vísperas de los exámenes. Caminábamos despacio, sin prisa, hablando de cosas sin importancia: el último profesor que había puesto un examen imposible, la película que nunca llegábamos a ver, el café que Javier insistía en pagar «por tradición».

—¿Has pensado qué harás cuando termines? —me preguntó una tarde, mientras esperábamos bajo la marquesina.

—Supongo que el máster de acceso a la abogacía —contesté—. No hay muchas más opciones si quiero ejercer.

—Yo haré el máster de profesorado —dijo, rascándose la cabeza con aire distraído—. Siempre me ha hecho gracia explicar cosas, aunque no sé si los alumnos me aguantarán tanto como tú.

—Eso seguro que no —le respondí, sonriendo—. Yo tengo mucha más paciencia que un aula entera.

—No lo dudo —dijo él, y me miró de ese modo que, con los años, he aprendido a reconocer como su forma de decirme que me admira, aunque no lo diga nunca en voz alta.

Hubo tardes en que la biblioteca se llenaba de luz dorada y las motas de polvo flotaban en el aire como partículas de otro mundo. Recuerdo una tarde en particular —quizá porque fue especial, quizá porque la memoria la ha elevado a la categoría de símbolo— en la que, después de horas de

estudio, Javier y yo nos quedamos solos en nuestra mesa habitual. Afuera, el cielo se teñía de un naranja suave, y las sombras se alargaban sobre las baldosas.

En aquellas tardes tranquilas, el silencio de la biblioteca se volvía casi tangible, como un tejido que nos aislaba del resto del mundo y nos permitía respirar en sintonía. El roce de las hojas, el golpeteo suave de los bolígrafos, el murmullo lejano de otros estudiantes: todo componía una partitura mínima, en la que cada gesto tenía su peso exacto. A veces, cuando el cansancio era tan denso que apenas podía pensar, sentía la presencia de Javier como un ancla, un punto fijo en el que podía apoyarme sin necesidad de palabras. Su forma de estar era una promesa tácita: que por muy incierto que fuera el futuro, siempre habría una mesa compartida y una taza de café esperando al final del día.

—Mira —dijo Javier, señalando el ventanal—. Parece que el día se resiste a irse.

—Como nosotros —le respondí, sin pensar, y de inmediato sentí que mis palabras flotaban en el aire, cargadas de un significado inesperado.

Él no dijo nada, pero sonrió de ese modo suyo, leve y sincero, que me hacía sentir que todo estaba bien, aunque el futuro fuera un enigma.

Aquel último año de carrera fue un tránsito entre la ansiedad y la esperanza. Mientras yo me debatía entre la presión de los exámenes y la incertidumbre de lo que vendría después, Javier mantenía una serenidad casi desconcertante. A veces, cuando yo creía que todo iba a salir mal, él encontraba el modo de hacerme reír con una broma absurda, o con una nota escondida entre los folios.

—No vale copiar en el examen —decía una de sus notas, acompañada de un dibujo de una lupa y unas huellas dactilares—. Pero sí vale traerme

un café.

Otras veces, simplemente escribía: «Hoy también es un día menos para el verano», o «Si apruebas, el café de celebración corre de mi cuenta». Esas frases, tan pequeñas, se convirtieron en el hilo invisible que tejía nuestra complicidad.

Cuando llegó el día de la última convocatoria, la biblioteca estaba tan llena que apenas cabía un alfiler. Todos nos movíamos en silencio, como si un hechizo hubiera caído sobre nosotros. Javier y yo encontramos un rincón junto a una ventana, y nos instalamos allí, rodeados de libros y de nervios.

—¿Preparada? —me preguntó, mientras sacaba sus bolígrafos de colores.

—Lo estaré cuando termine el último repaso —respondí, aunque en realidad sabía que no había repaso suficiente para calmar el temblor de mi estómago.

—Entonces, tranquila —dijo él, apoyando una mano en mi hombro—. Yo me encargo de que no se te olvide nada.

No sé si fue esa frase, o la seguridad de tenerlo a mi lado, lo que me permitió respirar hondo y afrontar el examen con menos miedo.

Después de entregar el último examen, salimos al patio y nos sentamos en un banco bajo un naranjo. El aire olía a flores frescas y a promesa de verano.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunté, sintiendo de pronto un vértigo extraño.

—Tomar un café —dijo él, como si la respuesta estuviera escrita en las piedras de la facultad.

Reí, aliviada, y sentí que algo en mí se relajaba por fin. Había acabado una etapa, y Javier estaba allí, como siempre, dispuesto a celebrar conmigo lo importante y lo insignificante.

Los meses siguientes fueron un vaivén de decisiones y de nuevos comienzos. Yo me matriculé en el máster de acceso a la abogacía, y Javier en el máster de profesorado. Nuestros horarios se volvieron más caóticos, y hubo días en que apenas coincidíamos en la biblioteca. Aun así, siempre encontrábamos la manera de vernos, aunque fuera solo para compartir un café rápido en la cafetería de la facultad, o para cruzar unas palabras en el pasillo.

En las noches de estudio más largas, Javier me mandaba mensajes con chistes malos o audios desafinando canciones, solo para verme sonreír al día siguiente. Yo, por mi parte, intentaba organizar nuestras agendas para encontrar huecos en los que estudiar juntos, aunque fuera solo un rato.

—No sé cómo lo haces —me decía él, admirado—. Si tú no existieras, la biblioteca se caería a pedazos.

—Si tú no estuvieras, seguro que me moriría de aburrimiento —le respondía, y era verdad.

El máster fue, para mí, una época de vértigo y de dudas. Todo era nuevo: los profesores, las asignaturas, el ritmo implacable de los trabajos y los seminarios. Pero Javier siempre estaba al final del día, con su risa fácil y su capacidad de convertir un lunes cualquiera en una promesa de futuro.

A veces, cuando salíamos a dar un paseo después de estudiar, hablábamos de lo que vendría. Él me contaba sus planes para ser profesor, sus dudas sobre si sabría hacerse entender, sus ganas de enseñar historia como quien cuenta cuentos.

Me sorprendía a menudo lo fácil que era hablar con Javier de lo

abstracto, de sueños y miedos, sin que la conversación se volviera pesada o solemne. Había entre nosotros una confianza que crecía al amparo de lo cotidiano, que transformaba cualquier duda en un motivo para reír o para compartir el silencio. Cuando él me contaba sus inseguridades de futuro, su temor a no estar a la altura frente a sus futuros alumnos, sentía que por primera vez no estaba sola en esa incertidumbre. Era como si, al abrirnos el uno al otro, encontráramos en nuestras fragilidades una forma de fortaleza compartida. Aprendí que la complicidad no se forja solo con momentos felices, sino también en esa honestidad tranquila de reconocernos vulnerables.

—A veces sueño con una clase atenta y en silencio —me decía—, pero seguro que la realidad será más ruidosa.

—Si consigues que se callen, escríbeme el truco —le contestaba—. Yo aún no he logrado que los abogados dejen de hablar.

Reíamos juntos, sin saber que aquellas bromas serían, con el tiempo, el preludio de una vida compartida.

La primavera siguiente, Sevilla se llenó de luz y de olor a azahar, y la biblioteca se volvió menos opresiva. Había días en que nos escapábamos a la terraza de la cafetería, solo para sentir el sol en la cara y reírnos de nuestros propios agobios. Javier seguía dibujando tazas de café en mis libretas; yo, de vez en cuando, le dejaba mensajes en los márgenes de sus apuntes: «Hoy pagas tú», «No olvides las llaves», «Apuesta: si apruebas con nota, invito a churros».

Esos pequeños gestos, tan sencillos, eran nuestra manera de decirnos que estábamos juntos en todo, incluso en lo más monótono y rutinario.

Con el tiempo, la facultad dejó de ser solo un lugar de paso y se transformó en el escenario de nuestra historia compartida. Recuerdo una

tarde de junio en la que, después de una jornada interminable de estudio, Javier y yo salimos a la plaza de la facultad para buscar un poco de aire fresco. El sol caía a plomo, y el calor era casi insoportable.

—¿Te apetece un helado? —me preguntó, señalando la máquina expendedora.

—Solo si elijo yo el sabor —le respondí, fingiendo solemnidad.

—Trato hecho —dijo él, y juntos nos reímos, conscientes de que aquel era, a su manera, un pequeño pacto de felicidad.

Nos sentamos en un banco a la sombra y compartimos el helado, hablando de todo y de nada: de los exámenes, de los planes para el verano, de la posibilidad —todavía lejana, para mí— de buscar un piso juntos.

—¿Te imaginas vivir los dos solos? —le pregunté, y de pronto sentí una mezcla de miedo y de emoción.

—Sería divertido —dijo él, y yo supe que, aunque no lo dijera, ya lo pensaba en serio.

Hubo días buenos y días malos. Días en los que los exámenes parecían imposibles y la presión me hacía dudar de todo; días en los que una simple taza de café compartida era suficiente para devolverme la confianza. Javier, con su paciencia inagotable, estuvo siempre ahí, recordándome que, pase lo que pase, lo importante es seguir adelante, juntos.

Una tarde, al volver a casa después de una sesión maratónica de estudio, encontré en mis apuntes una nota suya, escrita con letra apresurada y acompañada de uno de sus dibujos de tazas de café. Decía: «Mañana, café doble para celebrar que estamos aquí. Pase lo que pase, yo te invito.»

Me quedé mirando la nota largo rato, sonriendo. En aquel gesto

sencillo, en esa promesa disfrazada de rutina, comprendí que la felicidad puede esconderse en los detalles más pequeños, en los gestos casi invisibles, en la certeza de que hay alguien que piensa en ti incluso cuando todo parece igual.

El tiempo siguió su curso, como una melodía tranquila que avanza sin sobresaltos. Terminamos los másteres, cada uno a su ritmo, pero siempre encontrando el modo de apoyarnos en los momentos clave. Cuando Javier presentó su trabajo final, me invitó a celebrarlo con un café en la facultad, fiel a su costumbre. Yo, emocionada, le regalé una libreta nueva con una taza dibujada en la portada y la frase: «Por muchos cafés más».

—¿Sabes cuántos cafés me has pagado ya? —le pregunté, riendo.

—No los cuento —me respondió—. Pero si quieres, empezamos a llevar la cuenta desde hoy.

—Mejor no —dije—. Prefiero que sigamos apostando a ver quién invita la próxima vez.

En el fondo, sabía que ninguno de los dos quería poner límites a esos pequeños rituales, porque eran nuestra manera de decirnos que el tiempo juntos, por rutinario que pareciera, era siempre extraordinario.

Cuando pienso en aquellos años, recuerdo la seguridad que sentía al saber que Javier estaba allí, en la mesa de la biblioteca o al otro lado del teléfono. Había encontrado, sin buscarlo, un compañero capaz de convertir los días más anodinos en recuerdos imborrables.

A veces, en mitad de la rutina, me sorprendía preguntándome cómo sería la vida sin aquellos gestos tiernos, sin la costumbre de encontrarnos cada día aunque fuese solo para compartir media hora perdida entre libros. Y entonces comprendía que la verdadera seguridad no se funda en grandes declaraciones ni en planes infalibles, sino en esa suma discreta de gestos

mínimos, de risas robadas a la fatiga, de miradas cómplices mientras el mundo seguía girando a nuestro alrededor. Era como si Javier y yo hubiéramos aprendido, casi sin darnos cuenta, a construir un refugio a base de pequeñas certezas: el calor de una taza en las manos, el eco de una broma, el tacto suave de una nota olvidada entre los apuntes.

La última tarde antes de que ambos termináramos los estudios, volvimos a sentarnos en nuestra mesa habitual. Había algo de nostalgia en el aire, como si supiéramos que una etapa estaba a punto de cerrarse.

—¿Y ahora qué? —le pregunté, consciente de que el futuro era un territorio desconocido.

—Ahora, lo que venga —dijo él, y me miró con esa confianza suya, tranquila y generosa—. Pero juntos, ¿no?

—Juntos —repetí, y sentí que esa palabra, tan simple, tenía el peso de una promesa.

Guardé silencio, escuchando el murmullo de la biblioteca, el roce de las páginas, el rumor de la vida que seguía su curso. Javier garabateó algo en un post-it amarillo y lo deslizó entre mis apuntes.

—Por si lo necesitas —dijo, sin mirarme.

Cuando se fue, abrí el libro y encontré el dibujo de una taza de café, junto a una pequeña nota: «Gracias por estar aquí, incluso cuando todo es rutina. Mañana, otro café.»

Sonreí, con el corazón ligero y la certeza de que, pase lo que pase, la felicidad se construye así: taza a taza, nota a nota, promesa a promesa. Cerré los ojos y me pregunté, con una mezcla de curiosidad y esperanza, qué nos depararía el futuro. ¿Seguiríamos encontrando en los gestos más pequeños la clave de nuestra historia compartida?

Nuestro primer hogar

Todo empezó, como empiezan las cosas importantes, con una decisión tomada en voz baja y una emoción contenida tras una puerta a medio cerrar. 2013 fue el año en que alquilamos nuestro primer piso juntos, en la calle Feria. Lo recuerdo como si estuviera abriendo esa puerta ahora: la llave girando con un pequeño chasquido, la madera cediendo con timidez, la luz dorada de la tarde filtrándose por las persianas medio caídas. No había muebles todavía, ni fotos, ni olor propio, pero al cruzar el umbral sentí que estaba a punto de estrenar una vida, y la vida, como esa casa, olía a pintura fresca y a incertidumbre.

Javier se adelantó, como si tuviera prisa por llenar de pasos el suelo vacío. Su andar siempre ha tenido algo de distraído y entusiasta, y aquella tarde lo vi recorrer las estancias como un niño que explora un refugio secreto. Yo me quedé un instante en el umbral, respirando despacio, intentando grabar la pureza de aquel comienzo. El eco de nuestros movimientos rebotaba en las paredes desnudas; cada palabra parecía multiplicarse, como si el piso aún no supiera cómo contener nuestra historia.

—Mira —llamó Javier desde lo que sería el salón—. Tiene una ventana enorme. Imagínate aquí un sofá, o mejor, una alfombra para sentarnos a leer.

Me acerqué, dejando que mis pasos resonaran sobre el terrazo frío. La ventana daba a un patio interior, y entre las macetas de los vecinos se

colaban retazos de conversaciones ajenas, risas, el canto lejano de un canario invisible. Pensé que nunca había tenido un lugar solo mío, solo nuestro. Siempre había habitado casas de otros: la de mis padres, la de estudiantes compartida, habitaciones provisionales, espacios que se abandonan sin mirar atrás. Pero aquella era la primera vez que una puerta se cerraba detrás de mí y, al hacerlo, me sentía responsable del silencio que quedaba dentro.

—¿Te parece suficiente espacio? —pregunté, sin atreverme a mirar directamente la cocina, la gran incógnita de aquel piso.

Javier hizo un gesto de suficiencia cómica, abriendo los brazos como si estuviera midiendo el aire.

—Es más grande que mi habitación en casa de mi madre —dijo—. Y además, contigo, cualquier sitio es enorme.

Era una frase improvisada, un cumplido torpe y sincero, que me hizo sonreír. Pero al entrar juntos en la cocina, ambos nos detuvimos. La cocina era, en efecto, minúscula: dos pasos de largo, uno de ancho, una encimera estrecha y una ventana que apenas dejaba pasar la luz. Nos miramos y, sin decir nada, intentamos colocarnos a la vez frente a los armarios: nuestros codos chocaron, nuestras caderas tropezaron, y nos echamos a reír.

—Bueno —dijo Javier, frotándose el costado—, aquí solo cabe un cocinero a la vez. Habrá que turnarse.

—O aprender a bailar pegados mientras pelamos patatas —respondí, todavía riendo.

La primera tarde la dedicamos a abrir y cerrar puertas, a medir mentalmente espacios, a soñar en voz alta con muebles que aún no existían. Hablamos de colores para las paredes, de una mesa redonda para el rincón del salón, de estanterías que no sabíamos si cabrían. Javier, con su

optimismo invencible, proponía soluciones imaginativas para cada obstáculo: un perchero tras la puerta, una cama plegable para visitas, ganchos en la pared para las tazas de café.

—¿Y si ponemos una pizarra en la entrada para dejar mensajes? —sugirió.

—¿Para recordarte dónde dejas las llaves? —bromeé.

Me miró fingiendo indignación y, por un instante, la casa pareció llenarse de esa complicidad secreta que siempre hemos compartido, incluso en los días más rutinarios.

La mudanza fue, como todas las mudanzas, una sucesión de cajas mal cerradas, bolsas de ropa que no sabíamos dónde guardar, y libros apilados en montones inestables. Vinieron mis padres a ayudar con el primer viaje: mi madre revisando cada rincón con gesto crítico y disimulado orgullo, mi padre cargando con el microondas como si fuera un tesoro frágil. Javier y yo nos mirábamos de reojo, compartiendo esa sensación de haber traspasado una frontera invisible: ya éramos, de algún modo, responsables de un mundo propio.

Cuando se marcharon y quedamos solos, la casa recuperó su silencio original. Nos sentamos en el suelo del salón, rodeados de cajas, con una pizza fría entre los dos y dos vasos de vino en copas desaparejadas, robadas de la casa de mis padres.

—Brindemos —dije, levantando el vaso.

—¿Por el piso? —preguntó Javier.

—Por nosotros —respondí, y al decirlo sentí un escalofrío de vértigo y alegría.

Chocamos los vasos, y el sonido fue claro y breve, como la campanilla

de un brindis secreto. Nos quedamos en silencio, masticando despacio, mirando la luz menguante que entraba por la ventana. Poco a poco, la casa empezó a parecerse a un hogar.

Aquella primera noche dormimos en un colchón tirado en el suelo, bajo una manta demasiado fina para el frío que se colaba por las rendijas de las ventanas viejas. Javier, que siempre ha sido friolero, se acurrucó a mi lado y me rodeó con el brazo, buscando calor. Nos reímos de lo precario del momento, de lo improvisado y provisional que era todo, y sin embargo, sentí que nada podría ser más definitivo que aquel abrazo en mitad de la nada.

—¿Crees que mañana vamos a despertar y todo esto seguirá aquí? —susurró Javier, medio dormido.

—Claro —le respondí, cerrando los ojos—. Es nuestro. Aunque sea pequeño y haga frío.

—Sobre todo porque es pequeño y hace frío —dijo, y su tono tenía esa mezcla de humor y ternura que tanto me calma—. Así no tendremos excusa para no abrazarnos.

Nos dormimos tarde, entre risas y susurros, escuchando el rumor lejano de la ciudad que no descansa nunca. Afuera, la calle Feria seguía viva, con su mezcla de voces, pasos y música filtrada por las persianas. Dentro, el silencio era nuestro, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba donde debía estar.

Los primeros días fueron un aprendizaje constante. Descubrí que convivir es, en realidad, una sucesión de pequeños pactos y negociaciones: quién se ducha primero por la mañana, quién recoge los platos después de cenar, cómo doblar las toallas para que quepan en la estantería diminuta del baño. A veces, me sorprendía discutiendo con Javier por una tontería —

la dirección en la que se cuelga el rollo de papel higiénico, la forma correcta de apilar los libros—, y después nos echábamos a reír por lo absurdo de la discusión.

—Esto es la vida adulta —decía Javier, con aire de filósofo—. Elegir batallas y rendirse en las inútiles.

—¿Y cuál es la batalla inútil de hoy? —le preguntaba, cruzando los brazos con fingido enfado.

—La de las pinzas de la ropa. Nunca las pondré por colores, lo siento —respondía él, y su sonrisa desarmaba cualquier intento de enfado.

Poco a poco, el piso fue llenándose de objetos y de rutinas. La mesa del salón, que al principio era solo un rectángulo de madera deslucida, se cubrió de apuntes, de tazas de café, de cuadernos con listas interminables. La estantería, que parecía ridículamente grande para tan pocos libros, empezó a llenarse de volúmenes prestados, subrayados y mezclados, hasta que no había espacio para uno más. En la nevera, los imanes traídos de casa de mi madre sujetaban horarios, recetas y notas apresuradas.

Una tarde, al volver del trabajo, encontré a Javier en la cocina, luchando por preparar una tortilla en la encimera diminuta. El olor a cebolla frita llenaba el aire, y el humo se escapaba por la ventana entreabierta. Me detuve en la puerta, observando cómo maniobraba entre la sartén, el fregadero y la tabla de cortar, como si estuviera ejecutando una coreografía cuidadosamente ensayada.

—¿Te ayudo? —pregunté, intentando entrar.

Javier levantó una mano, con gesto dramático.

—¡Alto ahí! Aquí dentro solo cabe un artista —dijo, imitando la voz de un chef famoso—. Si entras, podríamos provocar una catástrofe.

Me apoyé en el marco de la puerta, riendo.

—¿Y si quiero provocar una catástrofe a propósito?

Se giró, la espátula en alto, los ojos brillando.

—Entonces tendrás que retarme a un duelo de tortillas. Pero aviso: poco espacio, mucha destreza.

Me rendí, fingiendo resignación, y me dediqué a observarlo. Había algo hipnótico en su manera de moverse en ese espacio mínimo: la concentración en el rostro, el leve fruncir del ceño cuando una cáscara de huevo caía fuera del bol, la satisfacción infantil cuando lograba darle la vuelta a la tortilla sin que se desmoronara. Pensé que nunca había visto a nadie tan feliz en una cocina tan pequeña.

La cena de esa noche fue una celebración improvisada. Comimos de pie, apoyados en la encimera, porque no había espacio suficiente para sentarnos los dos. El sabor de la tortilla era imperfecto y delicioso, y cada bocado iba acompañado de un comentario absurdo de Javier sobre la alta cocina y la vida de los grandes chefs.

—¿Sabías que en París hay restaurantes más pequeños que esta cocina? —aseguró, con aire de entendido.

—Seguro que tampoco caben dos personas a la vez —contesté, dándole un empujón suave.

—Pero allí no hay tortillas como esta. Ni esta compañía —añadió, mirándome de reojo.

La luz de la lámpara colgante dibujaba sombras alargadas en la pared, y el calor de la comida, del aceite y de nuestras risas parecía llenar el espacio hasta desbordarlo. Por un momento, olvidé lo pequeño que era todo, y me sentí rodeada de una abundancia secreta: la del cariño, la de la intimidad

compartida.

Los días pasaban entre rutinas nuevas y descubrimientos cotidianos. Aprendí a distinguir los sonidos de la casa: el crujido de la madera al pisar descalza, el rumor del agua en las cañerías, el zumbido del frigorífico viejo. Por las mañanas, Javier solía levantarse antes que yo y preparaba café, llenando la casa de ese aroma inconfundible que siempre me recuerda a los comienzos. Yo me desperezaba despacio, escuchando su cantar desafinado desde la cocina, a veces improvisando letras absurdas sobre el tamaño del piso o el misterio de las llaves desaparecidas.

—Hoy las he dejado en el microondas, lo juro —decía, agitando el manojo de llaves como si fueran cascabeles—. Si las vuelvo a perder, tendrás que atármelas al cuello.

—Eso sería muy poco elegante para un profesor de Historia —le respondía, fingiendo gravedad.

—Quizá los romanos llevaban las llaves colgadas para no perderlas. Es cuestión de investigar —replicaba, y en sus ojos había siempre una chispa de humor que me hacía olvidar el cansancio o las prisas.

A veces, la convivencia sacaba a la luz nuestras diferencias. Yo soy meticulosa, maniática con el orden, incapaz de dejar un cajón desordenado o una mesa sin limpiar. Javier, en cambio, tiene ese talento innato para el caos sereno: puede vivir rodeado de papeles, bolígrafos y tazas vacías, sin que le moleste en absoluto.

—Esto es organización creativa —defendía él, señalando una pila de apuntes mezclados con revistas y un cuaderno de dibujos.

—Esto es el preludio del apocalipsis doméstico —contestaba yo, lanzándole una servilleta arrugada.

Nuestras discusiones, sin embargo, nunca duraban mucho. Bastaba una

broma, un gesto cómplice, para que la tensión se disolviera. Aprendimos a ceder, a pedir perdón rápido, a reírnos de nuestras propias manías. En ese pequeño piso, cada desacuerdo era una oportunidad para descubrir que, en el fondo, éramos más compatibles de lo que creíamos.

Las noches de viernes se convirtieron en una especie de ritual. Cuando terminábamos la semana —yo agotada de estudiar o de la oficina, él de sus prácticas y clases—, comprábamos una bolsa de patatas fritas y una botella de vino barato, y nos sentábamos en el suelo del salón a ver una película en el portátil. No teníamos televisor, ni sillas cómodas, ni cortinas que taparan del todo la luz de la farola de la calle, pero nos bastaba con estar juntos, compartir la risa y la fatiga.

Una noche, después de los títulos de crédito, Javier me miró en silencio, con esa expresión suya de estar pensando algo importante y divertido a la vez.

—¿Sabes qué es lo mejor de este piso? —preguntó, tumbado boca arriba sobre la alfombra fina.

—¿Que tiene techo y no llueve dentro? —aventuré.

—Que puedo mirarte cuando quieras —dijo, y su tono era tan serio que me hizo reír.

—Eso puedes hacerlo en cualquier lado.

—No igual. Aquí es distinto. Aquí somos solo nosotros.

Me quedé en silencio, dejando que sus palabras flotaran en el aire. Es verdad: allí, entre paredes que aún no tenían ni cuadros ni recuerdos colgados, éramos solo nosotros, sin testigos ni ataduras. La intimidad de los espacios pequeños es, al principio, un desafío: no hay lugar para esconderse, para el silencio rencoroso ni para los secretos. Todo se comparte, incluso el mal humor o el cansancio. Pero, con el tiempo,

aprendí que esa cercanía forzosa era también una bendición: nos obligaba a mirarnos de verdad, a escucharnos, a reconciliarnos antes de dormir.

Los domingos por la mañana eran especiales. Nos despertábamos tarde, con la luz filtrándose por las rendijas de la persiana, y desayunábamos en la cama: café, tostadas, a veces churros traídos de la calle. Javier solía leerme en voz alta fragmentos de algún libro o improvisaba historias absurdas sobre los vecinos del patio. Yo me acurrucaba bajo la manta, escuchando su voz y pensando que la felicidad, a veces, se parece mucho a una mañana sin prisas.

Una de esas mañanas, mientras recogía los platos del desayuno, tropecé con la esquina de la mesa y dejé caer una taza. El ruido fue estruendoso, la porcelana se hizo añicos en el suelo, y me quedé paralizada, esperando el reproche.

Pero Javier, lejos de enfadarse, se arrodilló a mi lado y recogió los trozos con cuidado.

—No te preocupes —dijo, sonriendo—. Así tenemos una excusa para comprar tazas nuevas. Y, de paso, para dejar una nota más en la nevera: «Comprar tazas. Y no romperlas».

Le di un codazo suave, y juntos terminamos de limpiar el desastre. Pensé en cuántas veces había temido los errores, los tropiezos, como si fueran señales de fracaso. Pero allí, en esa cocina diminuta, aprendí que los errores compartidos son menos graves, casi divertidos. Que la convivencia es, en el fondo, la suma de todas esas imperfecciones.

Poco a poco, el piso fue adquiriendo nuestro olor y nuestra forma. La ropa tendida en el patio, el sonido de la radio por las mañanas, los restos de migas en la mesa después de cenar. Cada objeto tenía ya una historia, cada rincón, un recuerdo. La cortina de la ducha, que colgamos juntos y

que se caía cada dos por tres. El perchero improvisado en la entrada, siempre abarrotado de chaquetas y bufandas. La lámpara del salón, que parpadeaba cuando poníamos en marcha la lavadora.

Un día, mientras ordenaba la estantería, encontré una de las notas que Javier solía dejarme en la universidad: un dibujo torpe de una taza de café y una frase escrita deprisa, casi ilegible. Me quedé un rato mirando el papel, recordando aquellas tardes de biblioteca, los sueños de futuro, las promesas hechas a media voz. Ahora, esas promesas se cumplían cada día, en la rutina y en el desorden, en la risa y en la fatiga.

A veces, al llegar tarde del trabajo, encontraba la casa a oscuras y a Javier esperándome con una taza de tila caliente. Se sentaba a mi lado en el sofá, me envolvía con una manta y me contaba alguna anécdota absurda de su día. Yo me dejaba cuidar, sin protestar, agradecida por ese gesto silencioso de ternura.

—No tienes que hacer esto cada noche —le decía, medio en broma.

—No tengo que hacerlo. Quiero hacerlo —respondía él, y su voz tenía el peso de una verdad sencilla y profunda.

Había días difíciles, por supuesto. Días en los que el cansancio nos volvía irascibles, en los que discutíamos por cosas pequeñas, en los que la casa se nos hacía aún más pequeña. Pero siempre, después de cada tormenta, encontrábamos la manera de reconciliarnos: un paseo improvisado por la calle, una cena sencilla, una conversación larga en la terraza minúscula que daba al patio.

Una tarde de domingo, mientras Javier preparaba churros en la cocina —milagro de equilibrio y destreza—, me senté en el suelo del pasillo a observarlo. El sol entraba oblicuo por la ventana, dibujando manchas de luz en las baldosas. Javier canturreaba una melodía absurda, desafinando a

propósito para hacerme reír. Sus movimientos eran torpes y precisos a la vez: una danza entre la sartén y el fregadero, esquivando los obstáculos invisibles de la cocina.

—¿No vas a ayudarme? —preguntó, sin dejar de remover la masa.

—Estoy aprendiendo —respondí—. Quiero saber cómo se cocina en dos metros cuadrados.

—El secreto es dar vueltas sobre uno mismo —explicó, girando con la espátula en alto—. Y reírte cuando se te cae algo al suelo.

Me reí, y en ese instante sentí una oleada de gratitud. Por la casa pequeña, por la cocina imposible, por las mañanas de churros y las noches de vino barato. Por Javier, paciente y despistado, capaz de convertir cualquier rutina en una fiesta discreta.

Cuando los churros estuvieron listos, nos sentamos en el suelo del salón, las piernas cruzadas, el plato entre los dos. Comimos despacio, mojando los trozos en el chocolate, sin prisa, como si el tiempo hubiera decidido quedarse a vivir con nosotros.

—¿Te imaginas dentro de unos años, recordando este piso? —preguntó Javier, la voz suave.

—Me imagino —respondí—. Y sé que lo echaré de menos.

—Yo también. Aunque a veces tropiece con tus zapatos en la entrada.

—Y yo con tus libros en todas partes.

Nos miramos, sonriendo, y el silencio que siguió fue cómodo, lleno de promesas no dichas. Me di cuenta de que estábamos construyendo algo, ladrillo a ladrillo, costumbre a costumbre. Que el amor, lejos de ser un instante grandioso, es esta suma de detalles: la taza rota, el café por la mañana, la paciencia frente al caos.

Aquella noche, después de cenar, me quedé despierta un rato más, observando a Javier mientras recogía la cocina. Sus movimientos eran lentos, casi ceremoniosos, como si cada gesto tuviera un significado especial. La luz de la lámpara colgaba sobre su cabeza, dibujando un halo dorado en su cabello revuelto. Sentí una ternura inmensa, un agradecimiento casi doloroso por la suerte de compartir ese espacio, ese tiempo, esa vida.

Me acerqué despacio, sin hacer ruido, y apoyé la cabeza en su hombro. Él no dijo nada, solo me rodeó con el brazo y siguió fregando los platos, tarareando una melodía suave.

En ese momento supe, con una certeza tranquila, que estábamos construyendo algo que resistiría el paso de los años. Que, aunque la casa fuera pequeña y las dificultades muchas, el hogar era este: el lugar donde, cada noche, podía mirar a Javier en la cocina y saber que todo lo bueno empezaba ahí.

La luz de la lámpara parpadeó suavemente, como si quisiera añadir un punto y aparte a la escena. Pero yo me quedé allí, en silencio, observando a Javier y preguntándome cuántos momentos como ese nos aguardaban aún, escondidos en los rincones de nuestra vida compartida.

CAPÍTULO VI

Atardecer en La Caleta

Cádiz tiene una luz distinta. Lo supe la primera vez que la vi desde la ventanilla de aquel tren que serpenteaba junto al mar, y lo confirmé cada vez que volvimos, siempre buscando ese azul líquido que se funde con el aire y parece lavarlo todo. Pero nunca, nunca como aquel atardecer de junio de 2014, cuando la ciudad nos ofreció su teatro más íntimo: la playa de La Caleta, el rumor de las olas, la promesa de un día que se acaba y un comienzo que aún no tiene forma.

Siempre he pensado que hay lugares que funcionan como escenarios para los momentos decisivos de la vida, como si la ciudad entera se alineara para ofrecernos su mejor versión justo en el instante preciso. Ese día, Cádiz tenía ese aire de secreto compartido, como si la brisa supiera lo que estaba a punto de pasar y quisiera susurrármelo al oído. El calor era suave, nada sofocante, y el olor a salitre y a algas se mezclaba con esa promesa de algo irrepetible. Sentía, caminando a su lado, que cada paso nos acercaba no solo a la orilla, sino a una especie de frontera invisible entre el antes y el después. Había algo en el ritmo de nuestros pasos, en la ligereza con la que Javier bromeaba y en el modo en que yo me dejaba contagiar por su calma, que me hacía pensar que todo lo vivido hasta ese día era solo el preámbulo. No le dije nada de esto. Preferí guardar el temblor en el pecho, observarle de reojo y preguntarme, a media voz, si acaso uno puede intuir que está a punto de cruzar una línea. El sol, mientras tanto, seguía descendiendo, tiñendo de oro la superficie del mar.

La Caleta parecía mirarnos como una testigo antigua, indiferente pero cómplice.

Javier conducía con una mezcla de atención y distracción que le es tan propia, tarareando una melodía inventada mientras yo vigilaba el horizonte, observando cómo la claridad del día iba cediendo a los tonos dorados y rosados. No sabíamos muy bien qué íbamos a hacer en Cádiz, solo que necesitábamos salir, respirar lejos de los apuntes, de los juicios, de sus exámenes y mis plazos. A veces me pregunto si él ya llevaba el anillo en el bolsillo durante el viaje, si pensaba en lo que iba a suceder o si simplemente se dejaba llevar, como acostumbra. Yo, en cambio, sentía en el pecho una inquietud dulce, como si algo fuera a desbordarse en cualquier momento.

—¿Sabes qué es lo mejor de Cádiz? —me preguntó Javier, sacándome de mis pensamientos mientras buscaba aparcamiento cerca de la playa.

—Que aquí no hay prisas —respondí, sonriendo—. Y que el aire huele a sal.

Se rió, aparcó en un hueco improvisado y, antes de bajar, me besó la mano distraídamente, como si quisiera asegurarse de que yo estaba allí, en ese instante, y no enredada en el futuro o en las listas mentales de tareas que suelo arrastrar conmigo.

El paseo hasta la playa fue como un ritual pequeño, casi solemne. Caminamos por la orilla, dejando que la arena se colara en las sandalias y el viento nos despeinara. No hablamos mucho; había entre nosotros una especie de entendimiento mudo, una comunión silenciosa hecha de gestos y miradas. Javier se agachaba de vez en cuando para recoger conchas y arrojarlas lejos, como si ensayara para algo que no terminaba de confesarme.

El sol se iba hundiendo lentamente, rastreando su reflejo en el agua. Los colores mutaban: primero naranjas intensos, luego rosas pálidos, después ese azul que define a Cádiz cuando cae la noche. Era una belleza serena, despojada de artificios, como si el mundo entero se hubiera reducido a esa franja de arena y a nosotros dos, sentados en silencio, las rodillas rozándose apenas.

—¿Te imaginas vivir aquí? —le pregunté, más por llenar el aire que por verdadera curiosidad.

—Me imagino contigo en cualquier sitio —respondió, y su voz tenía ese matiz entre broma y verdad que siempre me desarma.

No supe qué contestar. Miré el mar y noté que mi corazón latía con una insistencia nueva, como si presintiera el momento.

El silencio, en cambio, pesaba sobre mí mucho más de lo habitual. No era incómodo, sino expectante, como si ambos supiéramos que no había necesidad de llenar de palabras un momento así. Notaba el calor de su pierna rozando la mía y, al mismo tiempo, un frío interior, ese escalofrío que se tiene antes de saltar al agua. El mar, a esa hora, era un espejo inmenso y desordenado, y pensé en todo lo que habíamos compartido hasta llegar allí: los cafés acumulados, las notas en los apuntes, los días en la biblioteca, la vida de alquiler y las pequeñas batallas cotidianas. Lo pensé todo en un segundo, como si pudiera repasar mi historia, la nuestra, en el espacio de un suspiro. No sabía si Javier estaba tan nervioso como yo, aunque le notaba más torpe de lo habitual, como si le costara encontrar su propio lugar en la escena. Aun así, me tranquilizaba su presencia: ese modo de estar conmigo, incluso en los silencios, era la mejor promesa que podía recibir.

Nos sentamos cerca de las rocas, donde una barca varada servía de

refugio para los bañistas rezagados. Javier sacó de su mochila una botella de agua y unas galletas que yo había olvidado por completo. Compartimos el improvisado banquete, riendo por lo absurdo y lo simple, sintiendo que la vida, por un momento, se reducía a morder despacio y mirar el horizonte.

—¿Tienes frío? —me preguntó.

—No, estoy bien —mentí, porque la brisa me erizaba los brazos, pero no quería romper la intimidad de ese instante.

Javier me cubrió con su sudadera sin esperar respuesta, dejándola caer sobre mis hombros. Sentí su olor, mezcla de colonia, sal y algo indefinible que aprendí a asociar con casa.

El tiempo se detenía, o eso me parecía. Las voces de los niños que jugaban a lo lejos, el batir de las olas, la música lejana de una guitarra, todo era un fondo, un murmullo amable. Me apoyé en su hombro y cerré los ojos un instante, intentando grabar la escena en mi memoria.

No sé cuánto tiempo pasó. Cuando abrí los ojos, el sol ya estaba casi rozando el agua, y la luz se volvía líquida, envolviéndonos en una atmósfera irreal.

Javier se levantó de pronto, sacudiéndose la arena de los pantalones.

—Ven —dijo, tendiéndome la mano con una sonrisa más nerviosa de lo habitual.

Me puse en pie, algo desconcertada. Caminamos despacio hacia la orilla, dejando que el agua nos mojara los pies. Noté que él apretaba los labios, como si estuviera ensayando mentalmente una frase. Yo, sin saber por qué, sentí que el aire se me espesaba en el pecho.

Se detuvo de golpe, muy cerca de donde las olas rompían suavemente.

—Lucía —dijo, y mi nombre sonó diferente, como si lo paladeara—, espera un momento.

Me giré hacia él. De repente parecía más serio, o quizá era solo el reflejo del sol en sus ojos.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando sonar tranquila.

Javier metió la mano en el bolsillo de su vaquero, rebuscó unos segundos, y entonces ocurrió: un gesto torpe, un movimiento brusco, y algo pequeño y brillante cayó a la arena con un sonido apenas audible.

Ambos nos quedamos en silencio, mirando el suelo como si acabara de suceder un milagro o un desastre. Durante un instante, el mundo entero se redujo a ese puñado de arena donde el anillo de la abuela Carmen había desaparecido de la vista.

—¡No puede ser! —exclamó Javier, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Se me ha caído!

El pánico en su voz me resultó tan extraño que, lejos de asustarme, me hizo reír. Pero él, inclinado ya sobre la arena, comenzó a buscar con una desesperación infantil, apartando los granos con las manos abiertas, como si temiera que el mar fuera a llevárselo en ese mismo segundo.

Me agaché a su lado, contagiada por la urgencia. El corazón me latía con fuerza, entre el sobresalto y la risa contenida. No podía dejar de pensar en lo irónico y hermoso del momento: la propuesta de matrimonio, la abuela Carmen, el anillo perdido en la playa que más nos gustaba.

Había en ese buscar juntos, en esa torpeza compartida, una especie de símbolo perfecto de lo que éramos y de lo que aspirábamos a ser: dos personas que no saben hacerlo todo bien, pero que se empeñan en no rendirse cuando el azar decide jugarles una mala pasada. Mientras rebuscábamos en la arena, sentí una mezcla de impotencia y ternura,

porque la vida —como el anillo— a veces se nos deslizaba entre los dedos, y sin embargo, ahí estábamos, juntos, negándonos a dejar de intentarlo. Recordé de pronto todas las veces que habíamos perdido cosas pequeñas —unas llaves, un papel importante— y cómo, en el fondo, siempre acabábamos encontrándonos el uno al otro, incluso en medio del desorden. El mar seguía su ritmo y la gente paseaba, indiferente a nuestro drama diminuto, pero para mí aquel instante tenía la densidad de lo irreversible, de lo que no se olvida. Entre la risa y la ansiedad, me di cuenta de que, por encima de todo, Javier era mi compañero de búsqueda, y que quizá ese era el verdadero significado de lo que estábamos viviendo.

—No te preocupes, lo encontraremos —le dije, y mi voz temblaba por la risa.

—¿Y si no? —preguntó, sin dejar de escarbar.

—Pues entonces nos quedamos aquí a vivir —respondí, y por fin él soltó una carcajada, breve pero liberadora.

La búsqueda se volvió un juego absurdo: dos adultos, de rodillas en la arena al atardecer, buscando a ciegas un anillo diminuto entre millones de granos. Noté que la gente nos miraba de reojo, algunos sonriendo, otros con curiosidad. No me importó. Todo el universo era esa parcela de arena, el mar, el sol poniéndose y nuestras manos rozándose mientras rebuscábamos.

—¿Seguro que estaba en ese bolsillo? —le pregunté, para distraerle.

—Seguro. Lo comprobé mil veces —dijo él, con esa vehemencia suya que a veces me hace reír y otras veces me desespera.

Yo, en cambio, confié en la suerte. Cerré los ojos, pasé la mano despacio por la arena, sintiendo la textura fina y húmeda, y de repente noté algo frío, metálico, inconfundible.

—¡Aquí! —grité, casi saltando.

Javier se lanzó a mi lado, los ojos abiertos de par en par.

Saqué el anillo de entre los dedos y lo sostuve en alto. Era pequeño, sencillo, con ese brillo antiguo de las joyas que han pasado de mano en mano. Sentí una emoción extraña: no era solo un objeto, era una historia, una promesa, una vida que ya estaba en marcha antes de que ninguno de los dos lo supiéramos.

Él me miró durante unos segundos, con la boca entreabierta, como si quisiera decir algo y no encontrara las palabras. Me di cuenta de que le temblaban las manos.

—Ya que lo hemos encontrado juntos —dijo entonces, con una voz que era mitad risa y mitad lágrima contenida—, ¿nos lo quedamos juntos?

No supe si reír o llorar. Me cubrí la boca con la mano, sintiendo que la emoción me subía por la garganta como una ola. Las palabras se me atragantaron; solo pude asentir, primero con la cabeza y luego, entre risas, con un sí tembloroso que apenas llegó a salir.

—Sí —dije, y las lágrimas se mezclaron con la risa—. Claro que sí.

Javier se puso de rodillas, la arena pegada a los pantalones, y me tomó la mano. El anillo entró sin esfuerzo, como si me hubiera estado esperando desde siempre.

Nos quedamos así, mirándonos, los dos de rodillas en la arena, con el sol ya casi desapareciendo en el horizonte. El mundo parecía en suspenso, como si respirara con nosotros.

—¿Sabes que acabas de perder la oportunidad de hacer una petición perfecta? —le dije, intentando recuperar la compostura.

—No quería que fuera perfecta —me respondió—. Solo quería que

fueras tú.

La sencillez de su respuesta me desarmó. Le abracé, con fuerza, con urgencia. Sentí su corazón latiendo contra mi pecho, el calor de sus manos en mi espalda, el olor a sal en su cuello.

El cielo se oscurecía poco a poco, los colores fundiéndose en una penumbra dulce. El murmullo de las olas parecía envolvernos, como si Cádiz entero celebrara nuestro pequeño desastre convertido en milagro.

Permanecimos abrazados unos minutos, sin decir nada. Sentí la textura áspera de la arena contra las rodillas, el frescor de la brisa, la tibieza de sus manos aún temblorosas. Me separé un poco para mirarle a los ojos; en ellos vi un destello de miedo y de alegría, de futuro incierto y de fe absoluta.

—¿De verdad quieres quedarte conmigo para siempre, aunque sea tan desastrosa como hoy? —le pregunté, medio en broma, medio en serio.

—Sobre todo si es así —contestó, y su risa se mezcló con la mía.

Nos tumbamos de espaldas en la arena, mirando el cielo que ya se llenaba de estrellas tímidas. Javier se tapó los ojos con el antebrazo, como si necesitara protegerse de tanta emoción.

—¿Te imaginas si no hubiéramos encontrado el anillo? —murmuró.

—Estaríamos aquí aún, buscándolo —dije—, y yo ya habría llamado a la policía marítima, a los geólogos y a todos los jubilados que pasean por la playa.

—Y yo habría escrito una carta a la abuela Carmen para pedirle perdón —añadió él, y su voz se quebró apenas un instante.

El nombre de Carmen flotó entre nosotros, como una bendición silenciosa. Pensé en todas las manos que habían llevado ese anillo, en los años, en las historias que se tejían alrededor de una simple joya. Sentí que

formábamos parte de una cadena invisible, que lo nuestro no empezaba ni terminaba esa tarde, que había algo más grande sosteniéndonos.

Javier giró la cabeza hacia mí. El cabello se le pegaba a la frente y tenía arena en la mejilla.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En que no me imagino decir que no a nada que me preguntes hoy —susurré.

Se incorporó, se sacudió la arena y me ayudó a levantarme con un gesto ceremonioso. Nos abrazamos de nuevo, esta vez de pie, la brisa enredando nuestras voces.

—Tengo miedo —admitió, en voz baja—. Pero es un miedo bueno, de los que te empujan a saltar.

Le besé la mejilla, sintiendo la humedad salada de mis lágrimas.

—Yo también —dije—. Pero mientras estemos juntos, que venga lo que quiera.

Caminamos de la mano por la orilla, en silencio. El anillo brillaba tímido en mi dedo, reflejando la última luz del día. Sentí que algo en mí cambiaba, que una puerta se abría hacia un territorio desconocido y, sin embargo, familiar.

Me sorprendió el modo en que el anillo, sencillo y antiguo, parecía ajustar perfectamente en mi dedo, como si me hubiera estado esperando todo este tiempo. La sensación era tan física como emocional: una especie de vértigo suave, de certeza muda, de saber que lo que acababa de pasar cambiaba para siempre el relato de nuestras vidas. Miré a Javier, aún con el temblor de la emoción reciente, y sentí una oleada de gratitud, como si todo lo difícil —las búsquedas, los nervios, incluso la pérdida momentánea

— hubiera valido la pena solo por este instante. El anillo, heredado de la abuela Carmen, pesaba en mi mano como una promesa hecha de historia y de futuro: era la suma de gestos, de recuerdos y de esperanzas, y en ese momento me sentí parte de una cadena invisible que nos unía a un pasado lleno de significado y a un porvenir que aún estaba por escribir. No supe si Javier percibía la misma mezcla de solemnidad y alegría, pero al mirarle noté que sus ojos brillaban con la misma luz que empezaba a cubrir la playa.

Nos alejamos de la orilla, buscando un rincón menos expuesto. Encontramos un banco de madera medio oculto tras unas rocas y nos sentamos, aún sin soltar las manos. Javier sacó del bolsillo trasero un pañuelo y me limpió la cara, con esa torpeza dulce que le caracteriza.

— Pareces una niña —dijo, sonriendo.

— Y tú pareces un náutico.

Nos reímos, y la risa nos alivió el nudo en el pecho. Quise preguntarle tantas cosas, pero no supe por dónde empezar. ¿Cómo sería la vida juntos? ¿Seríamos capaces de encontrar siempre el anillo perdido, la risa en la desgracia, el milagro en lo cotidiano?

Javier apoyó la cabeza en mi hombro y suspiró.

— ¿Te das cuenta de que ahora tenemos que contárselo a todos? — preguntó, con fingida resignación.

— A todos no. Solo a quienes sepan buscar anillos en la arena.

— Es decir, a muy pocos.

La complicidad de ese instante me hizo sentir afortunada, elegida. No éramos heroicos ni perfectos; éramos dos personas algo torpes, unidas por una promesa nacida de un accidente y un hallazgo compartido.

El cielo se oscurecía del todo. Las luces de la ciudad empezaban a parpadear a lo lejos, y las voces se apagaban en la playa. Sentí frío y me refugié aún más en su abrazo. Me fijé en el anillo, en cómo relucía pese a la arena que aún lo cubría. Lo giré con los dedos, notando su peso, su historia, la promesa que contenía.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije, rompiendo el silencio.

—Siempre.

—¿Por qué elegiste hoy?

Javier se tomó su tiempo antes de responder. Suspiró, como si buscara las palabras en algún rincón de la memoria.

—Porque aquí todo empieza y nada termina —dijo al fin—. Y porque tenía miedo de esperar demasiado y que el anillo se me perdiera antes de tiempo.

Volví a reír, y él conmigo. Nos quedamos así unos minutos, mirando el mar, las luces, el futuro que se abría delante de nosotros.

Al levantarnos, sacudimos la arena de la ropa, recogimos la botella vacía y las galletas, y volvimos despacio hacia el coche. Sentí el cansancio en las piernas, la sal pegada a la piel, el pelo enredado por el viento. Pero sobre todo sentí una ligereza nueva, como si hubiera dejado atrás una versión de mí misma y estrenara otra, más valiente, más dispuesta a confiar.

Subimos al coche sin prisas. Javier puso la radio, y una melodía suave nos acompañó durante el trayecto de vuelta. No hablamos mucho; el silencio era cómodo, lleno de promesas no dichas.

Al llegar al hotel, Javier me abrió la puerta con una reverencia exagerada.

—Señora —dijo, y los dos nos echamos a reír, porque nunca he

soportado ese título.

Entramos en la habitación y me miré en el espejo del baño. Vi mis ojos brillantes, el rastro de arena en las mejillas, el anillo reluciendo en la mano izquierda. Sentí un estremecimiento leve, una mezcla de miedo y felicidad.

Javier se acercó por detrás, me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la barbilla en mi hombro.

—¿Te arrepientes? —susurró.

—¿De qué?

—De haber dicho que sí.

Le miré en el reflejo. Sus ojos tenían esa chispa traviesa que me enamoró desde el principio.

—Pregúntamelo dentro de cincuenta años —respondí—. Hoy solo sé que nunca he sido tan feliz.

Nos tumbamos sobre la colcha del hotel, de espaldas, mirando el techo como si fuera el cielo de Cádiz. Hablamos de cosas pequeñas: de la boda que aún no tenía forma, de los amigos que querrían celebrarlo, de la abuela Carmen y de sus historias. Hablamos de lo fácil que es perderse y encontrarse en la vida, y de cómo, a veces, un anillo perdido puede ser el mejor augurio.

La noche avanzó despacio. Afuera, la ciudad se iba quedando en silencio. Javier se quedó dormido antes que yo, la mano entrelazada con la mía, el anillo brillando en la penumbra.

Me quedé despierta un rato, mirando el techo, escuchando su respiración tranquila. Sentí el peso del día en el cuerpo, pero también una ligereza extraña, como si flotara. Toqué el anillo, girándolo una y otra vez, intentando convencerme de que todo había sido real.

Pensé en lo que nos aguardaba: las dificultades, las alegrías, las rutinas nuevas. Pensé en la familia que tal vez formaríamos, en los domingos de churros, en los días largos y las noches en vela. Pensé en la manera en que Javier siempre consigue hacerme reír, incluso cuando el miedo se instala en el pecho.

Me pregunté, mirando el anillo en mi mano, cómo sería la vida juntos. ¿Seríamos capaces de encontrar siempre el anillo perdido, la calma tras el desastre, la risa en la dificultad? ¿Sabríamos reconocernos en medio de las tormentas y los días de sol? ¿Sería suficiente este amor tejido de gestos pequeños, de complicidad y de errores compartidos?

La respuesta no podía saberla entonces. Solo sabía que, esa noche, en Cádiz, bajo el cielo estrellado y con la arena aún pegada a los tobillos, yo había dicho sí. Y que ese sí era el comienzo de todo lo demás.

Acaricié el anillo una vez más, dejando que el metal frío me anclara a la realidad. Cerré los ojos, escuchando la respiración de Javier, el eco lejano del mar y el latido tranquilo de mi propio corazón.

Me dormí preguntándome cómo sería la vida juntos. ¿Sería capaz de responder algún día a todas las preguntas que, en ese momento, solo el futuro podía contestar?

CAPÍTULO VII

Una boda en la finca

La mañana de nuestra boda empezó mucho antes de que el sol alcanzara su cenit, cuando el aire aún guardaba algo del frescor nocturno y la finca de mis padres, en Carmona, se despezaba entre sombras largas y promesas silenciosas. Me desperté sin sobresaltos, pero con la conciencia de estar viviendo uno de esos días que, desde su primer minuto, sabe que va a quedarse prendido en la memoria para siempre. En la habitación blanca y alta de mi infancia, rodeada de fotos antiguas y cortinas de encaje, sentí por primera vez el rumor de los invitados, el bullicio contenido de quienes preparan un día grande, el perfume mezclado de flores y café recién hecho viniendo desde la cocina.

Era septiembre de 2015, pero el calor parecía empeñado en recordarnos que el verano no se rinde tan fácilmente en el sur. Me senté en la cama, los pies descalzos sobre las baldosas frías, y respiré hondo. Escuché a mi madre dando instrucciones en voz baja —nunca supe a quién, quizá a sí misma—, el rumor de pasos de aquí para allá, la risa breve de una prima lejana. Afuera, los olivos proyectaban sus primeras sombras sobre la tierra caliente y el cielo azul prometía una jornada ferozmente luminosa.

No sentí nervios, al menos no de la clase que paraliza. Era más bien una expectación cálida, una mezcla de alegría, responsabilidad y un atisbo de incredulidad: ¿de verdad, después de tantos cafés, tantas bibliotecas, tantas cocinas pequeñas y atardeceres en la playa, íbamos a casarnos aquí, bajo este mismo sol, con nuestras familias mirando? Me obligué a no

pensar demasiado. Me levanté, abrí la ventana y dejé que el aire cálido me despeinara. En la lejanía, el rumor de los preparativos iba creciendo, y debajo de todo, como un bajo continuo, el nombre de Javier latía en mi pecho.

El tiempo en las bodas tiene una manera peculiar de desdibujarse. Las horas previas pasan entre rutinas familiares y gestos solemnes, pero cada movimiento parece ralentizado por la importancia del momento. Recuerdo cómo mi madre me ayudó a vestirme: sus manos templadas y serenas, el murmullo de su voz mientras me abrochaba los botones del vestido —el mismo que habíamos elegido juntas, sin discursos ni lágrimas, como quien escoge una flor para quedarse con ella toda la vida—. En el espejo me vi distinta y, al mismo tiempo, idéntica a la niña que jugaba a casarse en aquel mismo cuarto, con una sábana como velo y las muñecas como testigos. Sonreí, sin nostalgia, solo con gratitud.

Había flores blancas en la cómoda, un ramo sencillo sobre la colcha y un pequeño joyero donde guardé el anillo de pedida, el de la abuela Carmen. Me lo puse despacio, recordando aquel atardecer en La Caleta y cómo lo habíamos buscado juntos en la arena, como quien rastrea un tesoro pequeño que encierra el futuro. Mi padre entró entonces, asomándose con una timidez que no le recordaba, y me dijo, después de mirarme largo rato —como si quisiera grabar la escena para siempre—:

—Estás preciosa, hija.

No supe qué responder, pero no hizo falta. Me abrazó fuerte, y por un instante la habitación se quedó en silencio, como si el tiempo respetara el momento antes de acelerar.

La finca estaba vestida de fiesta, pero sin aspavientos. Ochenta invitados: la familia más cercana, los amigos de siempre, algún compañero

de la facultad, los amigos de Javier —algunos, los conocía apenas de las ferias y de las tardes de estudio—. Era una boda pequeña, pero sentí que el cariño se multiplicaba en cada rincón. El calor apretaba ya antes del mediodía, y los olivos parecían encogerse bajo el peso de la luz. Unos niños jugaban alrededor de la fuente, y las mesas redondas, cubiertas de manteles claros, se desperdigaban por el césped, bajo la promesa de una sombra que nunca acababa de llegar del todo.

El camino hacia el lugar de la ceremonia fue breve, pero intenso. Mi padre me llevó del brazo, y sentí su mano algo más firme de lo habitual, como si quisiera sostener los dos el peso de ese paso. Avanzamos entre los invitados, que se giraban con sonrisas y murmullos, y aunque busqué a Javier entre las caras, aún no lo vi. Sentí una gratitud inmensa: por la finca, por el calor, por la mirada de mi madre, por el bullicio contenido, por los olivos y las promesas. Cada paso era una suma de todos los anteriores, de todas las veces que había imaginado —sin atreverme a decirlo en voz alta— este momento.

Javier me esperaba junto a una pérgola sencilla, decorada con hiedra y flores blancas, bajo una luz que parecía inventada para la ocasión. Iba nervioso, pero también había en su postura una calma contagiosa, esa paciencia suya que me había conquistado desde el primer café y que, en días así, se volvía casi heroica. Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí que el mundo se reducía a ese instante, a esa mirada, a esa promesa compartida.

La ceremonia fue breve, como habíamos querido. No hubo discursos grandilocuentes ni rituales ajenos: solo palabras sencillas, votos leídos a media voz, unas risas nerviosas cuando el oficiante, amigo de la familia, confundió nuestros segundos nombres. El calor era casi físico, un manto

que nos envolvía a todos, y la brisa apenas agitaba los flecos de mi vestido. Miré a Javier, que sudaba un poco pero sonreía, y supe que nada podría estropear aquel instante.

Nos dimos el sí quiero como quien firma un acuerdo largamente meditado y, al mismo tiempo, como quien salta al vacío confiando en que el otro está ahí, con los brazos abiertos. Hubo aplausos, besos, abrazos y una lluvia improvisada de pétalos blancos. Recuerdo el olor a flores, a hierba pisada, el murmullo de las voces, el brazo de mi madre rodeando mis hombros, el flash de alguna cámara, la música suave que empezó a sonar desde uno de los altavoces escondidos entre los setos.

Después, todo fue una sucesión de escenas nítidas y breves, como polaroids que se graban en la piel. El cóctel bajo la sombra de los toldos, las conversaciones cruzadas, el tintinear de las copas, el sudor deslizándose por la espalda, el abanico prestado por una tía lejana, la risa de los niños corriendo tras una pelota. Saludé a todos, una y otra vez, recibiendo besos, deseos, recomendaciones. Cada abrazo era distinto, y todos sumaban una capa más de realidad a ese día que, por momentos, parecía flotar en una especie de sueño caluroso y denso.

El almuerzo fue sencillo, como nosotros: platos andaluces, vino fresco, risas y anécdotas. Recuerdo haber probado apenas bocado, distraída por las conversaciones, por el calor, por la emoción contenida. De vez en cuando buscaba a Javier entre la multitud, y él, como si me leyera el pensamiento, me devolvía una sonrisa, un guiño, un gesto cómplice. A nuestro alrededor, el mundo vibraba con una alegría suave, sin estridencias. Miraba a mis padres, a la madre de Javier —quieta y elegante, con una ternura silenciosa en la mirada—, a los amigos del instituto y de la facultad, y sentía que, por fin, todo encajaba.

Aún recuerdo nítidamente el instante en que me levanté para ir al baño y, al volver, lo vi de espaldas, conversando con mi padre. El sol caía a plomo sobre el césped, y sus siluetas se recortaban nítidas contra el fondo de los olivos. Me detuve, solo un segundo, a observarlos: Javier gesticulaba, mi padre asentía, ambos reían. Era una escena sencilla, pero en ese momento sentí con toda claridad la hondura del vínculo que crecía entre nuestras familias, un lazo tejido de gestos pequeños y palabras compartidas.

Cuando llegó el momento del primer baile, el aire estaba denso, casi líquido. Se notaba el cansancio de las horas de calor, pero también la expectativa alegre de quienes esperan un momento memorable. Alguien anunció el baile —no recuerdo quién, quizá mi madre o una amiga de la familia—, y la música empezó a sonar: los primeros acordes de «Contigo», esa canción de Sabina que había sido nuestro fondo en tantas noches de domingo, nuestra banda sonora secreta.

Javier me tomó de la mano, y sentí el temblor leve de sus dedos, mezcla de nervios y emoción. Nos situamos en medio del improvisado salón de baile, rodeados por una doble fila de invitados expectantes. La voz de Sabina —áspera, inconfundible— llenó el aire, y Javier, fiel a su tradición, empezó a desafinar a propósito, susurrando la letra cerca de mi oído:

—Yo te quiero... —entonó, arrastrando las sílabas hasta el extremo del humor— sólo por verte bailar despacio...

No pude evitar reírme, primero por lo bajo, después abiertamente, mientras él exageraba cada nota, cada gesto, como si actuara para un teatro lleno. Noté la complicidad de los invitados, los aplausos rítmicos, las miradas divertidas. Bailamos torpemente, casi sin movernos, como aprendices de una coreografía secreta. Yo apoyé la cabeza en su hombro, sintiendo el latido de su corazón acelerado, el sudor en la nuca, el perfume

tenue de su colonia mezclado con el del césped recién cortado.

—¿Sabes que eres la peor bailarina de la historia de Carmona? —me susurró, con esa sonrisa suya tan fácil.

—Para eso me casé contigo, para que me hagas quedar bien en los bailes —le respondí, apretando su mano.

Giramos, sin prisa, dejando que la música y las risas nos llevaran. Por un instante, sentí que el mundo entero se había quedado reducido a ese círculo pequeño, a esa canción desafinada, a nuestros cuerpos bailando torpemente bajo el sol. Había algo profundamente íntimo en ese desparpajo compartido, en la falta de solemnidad, en la certeza de que la felicidad —la verdadera— se parece mucho a esto: a un baile imperfecto, a una canción cantada para hacer reír al otro, a un instante en que todos los testigos importan menos que la mirada que tienes delante.

Cuando la canción terminó, los aplausos estallaron alrededor nuestro, y me abrazó, sin decir una palabra. Sentí, con una claridad absoluta, que no podía haber elegido mejor compañero para este viaje.

Después del baile, vinieron los brindis. Había copas por todas partes, y el calor seguía apretando, pero nadie parecía querer retirarse a la sombra. Fue entonces cuando Antonio, el padre de Javier, se levantó despacio, copa en mano. Se hizo un silencio natural, como si todos supieran que lo que iba a decir merecía un espacio propio. Antonio era un hombre de pocas palabras, prudente y amable, de esos que nunca buscan el centro de la escena pero que, cuando lo ocupan, lo hacen con una dignidad serena.

Le vi erguirse junto a la mesa principal, su figura recortada por la luz dorada del atardecer que empezaba a insinuarse en los márgenes de la finca. Elevó la copa y buscó nuestra mirada —la de Javier primero, luego la mía—:

—Hoy... —empezó, con voz grave y un temblor apenas perceptible—. Hoy veo a mi hijo feliz. Y eso, para un padre, lo es todo. Lucía, a ti te doy las gracias por quererlo, por aguantarlo, por hacerlo reír. Y a ti, Javier, solo puedo decirte que, si aprendes a cuidar de Lucía como has aprendido a perder las llaves, os irá bien.

Las risas estallaron, limpias, pero el nudo en la garganta vino después, cuando Antonio bajó la voz, como si hablara solo para nosotros:

—No os deseo suerte, porque la suerte pasa. Os deseo paciencia, porque la paciencia queda. Y que sepáis encontrar, en los días buenos y en los malos, el motivo para brindar juntos, aunque sea con agua del grifo.

Hubo un aplauso largo, sincero, y más de una lágrima que no se molestó en disimular. Javier abrazó a su padre con fuerza, y yo sentí una oleada de gratitud hacia ese hombre discreto que, con tan pocas palabras, había sabido nombrar el fondo de nuestra historia: la paciencia, la risa, la vida juntos.

El resto de la tarde se deshizo en una fiesta lenta, sin prisas. Los niños seguían jugando, los mayores charlaban bajo los toldos, algunos bailaban canciones improvisadas en el césped, otros se refugiaban en la sombra de los olivos. Yo me dejé llevar, saludando a unos y otros, recogiendo besos, abrazos, felicitaciones. El vestido empezaba a pesarme, y el calor me pegaba el cabello a la nuca, pero no me importaba. Cada gesto, cada palabra, cada mirada se sumaba a la sensación de estar viviendo algo irrepetible.

En uno de esos momentos en que me quedé sola, apoyada en la barandilla de la terraza que daba al campo, sentí la necesidad de guardar en la memoria cada detalle: el olor a jazmín, el zumbido lejano de las abejas, el color saturado de la luz, la música que llegaba de fondo, las voces

mezcladas. Cerré los ojos un instante, intentando congelar la escena. No quería que nada se me escapara, que ningún detalle se perdiera en el vértigo de la celebración.

Alguien me tocó el hombro: era mi madre, con la mirada húmeda y una sonrisa contenida.

—¿Estás bien, hija?

—Muy bien, mamá. Solo... quería recordarlo todo.

Me abrazó en silencio, y juntas contemplamos la fiesta desde la distancia. El calor empezaba a ceder, y una brisa suave traía el perfume de la tierra mojada por el sudor y el paso de los invitados. Me fijé en la mesa donde estaba la madre de Javier, Rosario, rodeada de amigas y familiares, su risa discreta, su manera de observarlo todo con una ternura atenta. Sentí una oleada de cariño hacia ella, hacia su forma de estar presente sin hacerse notar, de cuidar a los suyos desde una distancia justa y cálida.

La tarde avanzaba, y los invitados empezaron a buscar la sombra, a sentarse en los bancos bajo los olivos, a conversar en grupos pequeños. Algunos se descalzaron, otros se abanican con cualquier cosa a mano. Javier apareció a mi lado, con la camisa remangada y el pelo alborotado por el sudor y el baile.

—¿Aguantas el calor, abogada?

—Si he sobrevivido a juicios en agosto —le respondí, riendo—, esto es casi un spa.

Me pasó el brazo por los hombros y me besó la sien, despacio, como si quisiera asegurarse de que el gesto quedaba marcado para siempre.

—¿Sabes? —me dijo, en voz baja—. He estado todo el día intentando memorizarlo todo. La luz, el olor a campo, tu vestido... Quiero que no se

me olvide nada.

—A mí me pasa igual —le confesé—. Siento que, si pestañeo, se me escapa la mitad.

Nos quedamos un rato en silencio, observando la escena: los niños corriendo tras una pelota, mi padre conversando animadamente con un amigo suyo, Rosario repartiendo trozos de tarta entre un grupo de amigas, los amigos de la facultad bromeando junto a la fuente. La música seguía sonando, ahora más baja, y el aire traía ecos de risas y frases sueltas.

—¿Crees que nos acordaremos de todo esto dentro de veinte años? —le pregunté, apoyando la cabeza en su hombro.

—Yo sí, porque tú me lo recordarás cada vez que dude —respondió, con esa certeza suya tan tranquila.

Me reí, y él me apretó la mano. En ese instante, sentí que éramos, de verdad, una familia.

La fiesta continuó, deslizándose hacia la noche con una naturalidad casi milagrosa. Las luces se encendieron poco a poco, colgadas entre los árboles, y la finca se llenó de un resplandor cálido y dorado. Los invitados bailaron, cantaron, se abrazaron. Se improvisaron juegos, se contaron chistes, se abrieron botellas de vino y de agua para combatir la sed inagotable del verano tardío.

Yo bailé con mi padre, con mi madre, con algún amigo. Javier bailó con su madre, con mi madre, con todos los niños que se le acercaron. Había risas por todas partes, y el rumor de la fiesta se mezclaba con el canto de los grillos, el olor a heno, el perfume de la noche que empezaba a caer. De vez en cuando, alguien se acercaba a felicitarnos, a compartir una anécdota, a contar alguna historia antigua. Cada palabra, cada gesto, sumaba una capa más de realidad a ese día que parecía ajeno al paso del

tiempo.

En algún momento, mientras la música seguía sonando y los invitados bailaban bajo las guirnaldas de luces, me aparté un instante, buscando un poco de aire fresco. Caminé descalza por el césped, sintiendo la humedad bajo los pies, el frescor que por fin llegaba tras un día de calor abrasador. Me detuve junto a uno de los olivos, apoyé la espalda en el tronco rugoso y dejé que la noche me envolviera.

Desde allí, la fiesta se veía como un cuadro animado: las mesas blancas, las luces colgadas, los invitados moviéndose en círculos imperfectos, los niños corriendo como luciérnagas. Busqué a Javier con la mirada, y lo vi bailando con mi madre, haciendo una reverencia exagerada que arrancó una carcajada general. Me quedé observándolo, deseando que ese instante durara para siempre, que la luz, la música, el calor y la alegría se quedaran suspendidos en el aire como una fotografía viviente.

Cerré los ojos un momento, respirando hondo, y sentí que todas las piezas de mi vida encajaban en ese lugar, en ese día. No necesitaba nada más. Solo a él, solo esta familia, solo este instante.

La música cambió, y los invitados empezaron a pedir canciones, a improvisar coros, a desafinar con la alegría despreocupada de quienes celebran algo verdadero. Javier se acercó, sudoroso y sonriente, con dos copas en la mano.

—¿Brindamos? —me propuso, alargando una de las copas.

—Claro. ¿Por qué brindamos?

Me miró, con esa mezcla de ternura y humor que define toda su manera de estar en el mundo.

—Por todos los cafés que están por venir. Y por los bailes —dijo, chocando suavemente su copa con la mía.

Bebimos a sorbos cortos, y sentí el vino fresco deslizarse por la garganta, mezclado con la alegría y el cansancio. Me apoyé en su hombro, y juntos contemplamos la fiesta, cada uno perdido en sus propios pensamientos, pero unidos por esa certeza callada de quienes han elegido caminar juntos.

La noche avanzaba, y la fiesta seguía. Las luces colgaban cada vez más bajo, como si quisieran abrazar a los invitados, y la brisa se llevaba el calor del día, dejando en su lugar una frescura agradecida. Yo seguía observando a Javier, memorizando cada gesto, cada risa, cada palabra.

En medio del bullicio, entre la música y las risas, sentí un deseo intenso de congelar ese instante, de guardarlo intacto para siempre. Busqué a Javier con la mirada, deseando, por encima de todo, que el tiempo se detuviera aquí, en este preciso segundo, con la fiesta latiendo a nuestro alrededor y la vida abriéndose delante como un campo recién sembrado. ¿Sería posible retener para siempre la dicha transparente de este momento, antes de que la noche se lo lleve consigo?

CAPÍTULO VIII

El nacimiento de Pablo

El Hospital Virgen del Rocío tiene esa solemnidad de los lugares donde la espera y el miedo caminan juntos, y, sin embargo, la mañana en que Pablo decidió empezar su historia, la ciudad me pareció más cálida que nunca. Sevilla amanecía despacio, ajena al temblor que me recorría por dentro mientras cruzábamos el vestíbulo, Javier y yo, casi en silencio. Él llevaba la bolsa con mi ropa y el neceser colgando de una mano, con la otra sujetaba mi brazo con una delicadeza que era casi torpe, como si temiera romper el equilibrio inestable de la mañana.

—¿Te duele? —me preguntó, con esa voz baja que usa cuando no quiere asustar a nadie.

—No. Bueno, un poco, pero creo que aún falta —respondí, aunque la contracción de hacía unos minutos me había dejado claro que el tiempo ya no era nuestro.

La sala de maternidad olía a lejía, a sábanas limpias y a un leve perfume de loción desinfectante. Todo estaba dispuesto para la rutina de la vida y, a la vez, para el milagro. Una enfermera nos recibió con una sonrisa cansada y me pidió que pasara a ponerme la bata. Javier se quedó en la puerta, apretando la bolsa como si en ella estuviera guardado el secreto de nuestra tranquilidad.

—Vuelve pronto —me susurró, y sentí que se refería tanto a la habitación como a la vida que compartíamos, esa vida que estaba a punto de cambiar para siempre y que, sin embargo, se sostenía en gestos mínimos.

Al volver, ya con la ropa del hospital y el pelo recogido como pude, me encontré a Javier mirando por la ventana, contando los árboles del aparcamiento. Me miró y sonrió, sin decir nada, pero con esa expresión suya de «todo va a ir bien» que tantas veces me había salvado del vértigo.

Nos instalaron en una de las habitaciones, y el tiempo empezó a estirarse, a hacerse viscoso y lento, como si el reloj hubiera decidido detenerse para que el mundo pudiera prepararse para la llegada de Pablo. En la habitación había una cama y una butaca, una ventana que dejaba entrar la luz gris de la mañana y el rumor de la ciudad desperezándose bajo el sol de marzo. Javier se sentó a mi lado, acomodándose en la butaca con una torpeza afectuosa, y me cogió la mano. La suya estaba fría, pero firme.

—¿Quieres que te cuente un chiste malo? —ofreció, como si pudiera conjurar el miedo con una broma.

—Solo si prometes que será realmente horrible —repliqué, y nos reímos, aliviando durante un instante la tensión que se acumulaba en el aire.

Las horas pasaron como pasan siempre en los hospitales: primero a saltos, luego arrastrándose con un cansancio que se pega a la piel. Las contracciones se hicieron más frecuentes, más intensas, y la conversación se fue llenando de pausas, de respiraciones hondas, de miradas que decían más que cualquier palabra. Javier no apartó la vista de mí en ningún momento. Ni siquiera cuando una matrona joven entró para revisar el monitor y me preguntó cómo me sentía.

—¿Dolor de uno a diez? —preguntó.

—Nueve, pero no quiero asustar a Javier —bromeé, y él fingió indignación.

—Yo he venido preparado. Traigo los apuntes de Historia de primero

de Bachillerato en la mochila. Si esto se pone feo, empiezo a leértelos y te duermes en cinco minutos.

—Eso sería tortura, no anestesia —contesté, sonriendo pese al dolor.

—Tortura ilustrada —replicó, guiñándome el ojo.

La matrona nos dejó solos de nuevo, y nos instalamos en una especie de rutina hecha de respiraciones, caricias ligeras y bromas torpes. Javier fue sacando de la bolsa mi botellita de agua, unas galletas que no me dejaron comer y, finalmente, su cuaderno de apuntes, como si de verdad creyera que la Historia podía distraerme del temblor de mi propio cuerpo.

—¿Quieres que te lea algo? —preguntó, ya resignado.

—Sorpréndeme. Pero si empiezas por los Reyes Católicos, me levanto y me voy.

Él hojeó el cuaderno con aire solemne, como si estuviera a punto de pronunciar una conferencia para una sala llena de alumnos distraídos. El sonido de las hojas al pasar era tranquilizador, casi hipnótico. Se aclaró la garganta y leyó en voz alta, impostando la voz como si estuviera ante una audiencia invisible:

—«En el año 1492, acontecen tres hechos fundamentales en la historia de España...»

—No, por favor, piedad —protesté, riendo entre dos contracciones.

—¿No quieres saber cuál es el tercero?

—Solo si me lo resumes en menos de diez segundos.

—Descubrimiento de América, expulsión de los judíos, y tú a punto de descubrir el mundo —anunció, y supe que intentaba, de todas las formas posibles, mantenerme a flote.

Las horas siguientes se mezclan en mi memoria como una sucesión de

luces, voces y pequeñas interrupciones. Las contracciones aumentaban, y cada una me arrancaba un suspiro o una mueca, y Javier no apartaba la mano de la mía. A veces, me acariciaba el pelo, otras veces, simplemente me miraba, y yo sentía en sus ojos una ternura antigua, como si nos hubieran preparado para este momento desde mucho antes de conocernos.

—¿Recuerdas nuestro primer café? —me preguntó en un susurro, cuando la tarde empezaba a asomar tras la ventana.

—Claro —contesté, aunque la verdad es que, en ese instante, todo lo demás me parecía lejano, irreal, como si la vida anterior a este día hubiera sido solo el ensayo de algo más grande.

—Te prometí que siempre te invitaría —dijo—. Y ahora te traigo a un sitio donde ni café dan.

—Ya me invitas bastante —le respondí, apretando su mano—. Si sobrevivo a esto, me pagas un desayuno con churros. Y chocolate doble.

Él asintió, y durante un instante, el dolor se disipó bajo la promesa de una rutina futura, de un desayuno en el balcón, de un domingo cualquiera en el que Pablo sería un hecho y no una espera.

Una enfermera entró para comprobar el ritmo de las contracciones y me animó a cambiar de posición. Javier me ayudó a sentarme en la cama, luego a volver a tumbarme, siempre con esa paciencia suya que no se gasta nunca.

—No te canses, tú —le dije, viendo el cansancio en sus ojos—. Esto es maratón, no sprint.

—¿Ves? —respondió—. Por eso nunca fui deportista. Pero si hay que estar aquí veinte horas, me quedo.

Veinte horas. Nadie podía saber entonces que la cifra no era exagerada.

El día se fue vaciando de luz, y la habitación se llenó de una penumbra suave. El gotero goteaba en un ritmo que a veces se confundía con mis latidos. Javier, sin rendirse, seguía leyendo fragmentos de sus apuntes, esta vez sobre la Revolución francesa, exagerando los nombres y las fechas para arrancarme una sonrisa.

—«Robespierre, apodado el Incorruptible, instauró el Comité de Salud Pública...»

—Eso suena a menú de hospital —interrumpí.

—¿Ves cómo te distraigo? —respondió, satisfecho.

Pero el cansancio era cada vez más denso. Cerré los ojos e intenté dejarme arrastrar por el sonido de su voz, por el murmullo de los pasillos, por la certeza de que, pase lo que pase, Javier estaría ahí. Me dormité a ratos, o eso creí, aunque cada vez que el dolor se hacía más agudo, él estaba a mi lado, ofreciéndome agua o una palabra absurda para arrancarme del miedo.

A medianoche, el hospital era un lugar distinto. Todo era más callado, la luz más tenue, los pasos más cautelosos. Javier se acomodó como pudo en la butaca, cubriéndose con una mantita que había traído en previsión de una noche larga. Yo sentía que mi cuerpo era un campo de batalla, cada músculo en tensión, cada pensamiento reducido a la espera y al dolor.

—¿Quieres que te lea sobre la Guerra Fría? —preguntó, con la voz ronca de sueño.

—Solo si prometes no usar metáforas nucleares —contesté, forzando una sonrisa.

—Prometido. —Abrió el cuaderno y empezó a leer, la voz baja, casi un susurro—. «El equilibrio del terror se mantuvo durante décadas...»

—Eso sí que me representa —susurré, y nos reímos flojito, como si estuviéramos conspirando bajo el edredón de una infancia compartida.

La madrugada avanzó con lentitud. Las contracciones se sucedían, implacables. A ratos, las enfermeras entraban para comprobar el avance y salían con palabras tranquilizadoras que no conseguían engañar a nadie.

—Esto va despacio, pero va bien, Lucía —me decía una de ellas—. Tranquila, que tu hijo es un poco cabezota, pero ya viene.

—Eso lo ha sacado de mí —bromeé, y Javier asintió, medio dormido.

Me pregunté cómo sería Pablo, si se parecería a Javier en la manera de mirar o a mí en la forma de arquear las cejas cuando algo no le convenciera. Me pregunté si sabría reconocer sus gestos y entender el idioma secreto que, desde esa noche, empezaríamos a aprender juntos.

Las horas se hicieron densas, y el agotamiento empezó a confundirse con la ansiedad. Javier, sin dejar de hacerme compañía, se atrevió incluso a improvisar un pequeño discurso:

—Lucía, si la Historia enseña algo, es que los momentos difíciles terminan llegando a buen puerto. Incluso los más largos. Mira a Napoleón: cruzó los Alpes, y tú estás cruzando algo mucho más importante.

—Menos mal que no tengo que hacerlo a caballo.

—Yo tampoco —replicó, y el humor absurdo de la madrugada nos salvó, una vez más, de la angustia.

A las cinco de la mañana, el dolor era tan intenso que cualquier distracción me parecía imposible. Javier, sin rendirse, seguía ahí, ahora en silencio, solo cogiéndome la mano, susurrando de vez en cuando palabras que no recuerdo pero que me anclaban a la realidad más que cualquier medicina.

—Estoy aquí —me dijo, y esa frase, tan simple, fue el salvavidas que necesitaba.

El hospital era ya un mundo aparte, ajeno al resto de la ciudad. Por la ventana, la oscuridad empezaba a ceder ante un resplandor tímido, y yo tenía la impresión de que solo existían esa habitación, ese dolor, y la espera. Javier se acercó más, sus ojos enrojecidos por el sueño, el cuaderno de apuntes olvidado ya en la mesa.

—¿Quieres que haga otra cosa? —preguntó, con voz ronca.

—Solo quédate. No hace falta nada más.

Me acarició la mejilla con los dedos fríos y se inclinó para besarme la frente. El roce de sus labios fue casi imperceptible, pero me sostuvo.

—Eres increíble —susurró, y sentí que, a pesar de todo, podía soportar una hora más, o las que hicieran falta.

El amanecer llegó con el ritmo de los monitores acelerándose, con la habitación llenándose de voces nuevas. Una doctora entró, revisó los datos y me animó a empujar en la siguiente contracción. Javier se puso a mi lado, nervioso, apretando mi mano con fuerza.

—Tú puedes —me decía—. Yo estoy aquí.

La sensación era la de estar al borde de un precipicio, empujada por una fuerza ancestral y, al mismo tiempo, sostenida por el hilo invisible de la mano de Javier. Cada vez que me animaba, su voz era el faro entre el dolor y el miedo.

El tiempo, en ese tramo final, dejó de existir. No sé cuánto duró la última hora; solo recuerdo la mezcla de voces, el sudor frío en la frente, el temblor incontrolable de las piernas, y el murmullo persistente de Javier, repitiendo mi nombre, su nombre, el de Pablo, como si con solo

nombrarnos pudiera conjurar la vida.

—Lucía, mira —dijo, de pronto, y el mundo se detuvo.

No sé si fue un grito o un suspiro lo que salió de mí, pero en un instante, en ese segundo suspendido en el aire, escuché el llanto de Pablo. Feroz, indiscutible, como un anuncio de vida. Sentí que me desplomaba, que el universo entero se replegaba sobre ese sonido.

La comadrona me lo puso sobre el pecho, y yo, aturdida, lo miré por primera vez. Tenía la piel arrugada, el pelo húmedo, la boca abierta en un grito que era al mismo tiempo demanda y promesa. Javier se asomó por encima de mi hombro y, con una mezcla de asombro y ternura, soltó la frase que todavía hoy me hace reír:

—Tiene tus cejas de enfadada.

Me eché a llorar, entre risas, agotamiento y un amor que no sabía que existía. Pablo seguía llorando sobre mi pecho, y yo le acariciaba la cabeza, sintiendo el calor de su piel, el peso real y milagroso de su cuerpo. Javier, con los ojos llenos de lágrimas, me besó la frente.

—Lo has hecho, Lucía. Lo has hecho.

No encontraba palabras. Solo podía mirar a Pablo, acariciarle despacio, descubrirle los dedos diminutos, la forma imperfecta de sus orejas, la curva de sus labios. Sentí, de repente, que el cansancio se mezclaba con una lucidez nueva, como si, tras el dolor y la espera, el mundo recuperara todos sus colores.

La enfermera se llevó a Pablo unos minutos para revisarlo. Javier fue tras ellos, asintiendo a todo lo que le decían, y yo me quedé sola en la habitación vacía, con la luz del amanecer colándose a través de las cortinas. Cerré los ojos y respiré hondo, intentando fijar en la memoria cada detalle: el color de la luz, el eco del llanto, la textura áspera de las sábanas.

Enseguida volvieron. Javier llevaba a Pablo en brazos, envuelto en una manta blanca, y me lo entregó con una solemnidad que me hizo reír otra vez.

—Aquí tienes, jefa.

Cogí a Pablo con cuidado, sintiendo el peso exacto de la responsabilidad y el asombro. Lo acerqué a mi pecho y él, con los ojos cerrados, pareció reconocermelo. Javier se sentó a mi lado, nos rodeó a los dos con los brazos y nos quedamos así, en silencio, escuchando la respiración de Pablo, el ritmo tranquilo de la vida recién estrenada.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Javier, la voz quebrada.

—No lo sé. Como si acabara de cruzar el océano, o una cordillera, o las dos cosas a la vez —respondí, y nos reímos suavemente.

El cansancio era tan intenso que me costaba mantener los ojos abiertos. Pero no quería dormir. Temía perderme algo, dejar pasar un gesto, un sonido, una mirada. Javier lo adivinó y me acarició el brazo.

—Descansa, Lucía. Yo me quedo despierto. No pienso perderme nada —me susurró.

El hospital empezaba a llenarse del murmullo de la mañana. Por la ventana, el sol subía despacio sobre los tejados de Sevilla. Pablo, acurrucado en mi pecho, había dejado de llorar. Sus dedos se cerraban y abrían como si ensayaran el gesto de agarrar el mundo. Javier no apartaba la mirada de él, ni de mí.

—¿Te imaginas? —dije, con un hilo de voz—. Todo lo que vendrá ahora. Los domingos de churros, los paseos, los enfados, los abrazos.

—Y los cafés —añadió Javier—. Muchos cafés.

Nos reímos, y, por un momento, el cansancio se volvió liviano. La vida

entera cabía en ese pequeño espacio: una cama de hospital, una manta blanca, tres respiraciones acompasadas.

La mañana avanzó entre visitas de enfermeras y médicos, revisiones y preguntas que respondía en automático. Pero nada podía distraerme de la presencia de Pablo, de la certeza de que, a pesar del dolor, del miedo, del cansancio, todo había merecido la pena.

Javier se levantó para llamar a nuestros padres. Habló en voz baja, desde el pasillo, y yo pude oír su tono tembloroso, la felicidad contenida en cada palabra. Cuando volvió, se inclinó sobre Pablo y le susurró algo que no alcancé a oír.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté.

—Que tiene una madre valiente y un padre que va a intentar no perderlo de vista nunca —respondió, sonriendo con esa mezcla de orgullo y timidez que tanto adoro.

Pasaron las horas y la habitación se fue llenando de pequeñas rutinas: el primer cambio de pañal, el primer intento de hacerle dormir en la cuna, la primera vez que Pablo abrió los ojos y nos miró con ese asombro que solo tienen los recién nacidos. Javier, que hasta entonces se había mostrado seguro, se puso nervioso cada vez que tenía que cogerlo en brazos.

—No sé si lo estoy haciendo bien —me confesó, con una sonrisa nerviosa.

—Yo tampoco. Supongo que nadie lo sabe —le respondí, y él se relajó, como si esa confesión conjunta nos absolviera de toda inexperiencia.

El día fue pasando despacio. A ratos, cerraba los ojos y dejaba que el murmullo de la ciudad me arrullara, a ratos, Javier y yo hablábamos en voz baja, haciendo planes para los días que vendrían. Nos preguntamos cómo sería la vida con Pablo, cómo se adaptarían nuestras rutinas, nuestros

desayunos en el balcón, nuestras discusiones por tonterías.

—¿Crees que dormiré bien? —preguntó Javier, con el optimismo ingenuo de quien aún no sabe lo que es una noche en vela.

—Yo creo que sí —mentí, solo para ver su sonrisa.

Por la tarde, nos trajeron algo de comida. Javier, hambriento y feliz, compartió su postre conmigo, y me sentí, por primera vez en muchas horas, parte de la vida cotidiana. Pablo dormía en la cuna, ajeno al bullicio del hospital, y yo aprovechaba cada minuto para observarlo, para descubrir en su expresión alguna señal de lo que sería su carácter.

En algún momento, Javier se quedó dormido en la butaca, con la cabeza apoyada contra la pared y una mano extendida hacia la cuna. Yo, agotada, me permití cerrar los ojos por un segundo, y el sueño me atrapó sin avisar.

Desperté con la luz del atardecer colándose bajo las cortinas. Pablo seguía dormido, Javier roncaba suavemente, y por primera vez desde que comenzó el parto, sentí una calma completa. La habitación era un santuario, y yo la guardiana de un milagro.

Me incorporé despacio, volví a coger a Pablo en brazos y me asombré de la fragilidad y la fuerza que cabían en ese cuerpo tan pequeño. Olía a leche, a piel nueva, a promesa. Lo acerqué a mi cara, le susurré su nombre, y él, por un instante, pareció responder con un movimiento leve.

Pensé en todo lo que habíamos vivido hasta llegar aquí: los cafés en la facultad, las noches de estudios, el piso pequeño en la calle Feria, la petición de mano en la playa, la boda en la finca, los domingos de churros, las discusiones, la risa interminable de Javier. Todo conducía, de alguna manera, a este momento, a este niño que dormía en mis brazos y que, sin saberlo, nos había convertido en algo nuevo.

Javier se despertó y, sin decir palabra, vino a sentarse a mi lado. Nos quedamos los dos mirando a Pablo, en silencio, sin atrevernos a romper la magia.

—¿Crees que sabremos hacerlo bien? —pregunté, casi en un susurro.

Javier no respondió enseguida. Me miró, luego miró a Pablo, y, finalmente, apretó mi mano con ternura.

—Lo aprenderemos juntos. Como todo.

Sentí que las lágrimas asomaban otra vez, pero esta vez no eran de cansancio ni de miedo, sino de gratitud. La habitación, el hospital, el mundo entero cabían en ese instante, en esa promesa, en ese nosotros ampliado y tembloroso.

La noche empezó a caer, y el hospital se llenó de sombras largas y murmullos lejanos. Javier preparó su manta en la butaca, yo acomodé a Pablo en la cuna, y, por un instante, me permití descansar la cabeza en la almohada. El cansancio me arrastraba, pero no podía dejar de preguntarme si sabría estar a la altura de este nuevo papel, de este amor recién nacido que, de pronto, lo ocupaba todo.

¿Seré capaz de cuidarte, Pablo, de aprender a ser tu madre sin perderme ni perderte en el intento?

Domingos sagrados

A veces, el cansancio tiene un color espeso, casi mate, y se posa sobre la piel como un abrigo que no se puede colgar en ninguna percha. Así recuerdo aquel 2018, el año en el que los días parecían adelgazarse de tanto estirarlos y las semanas se sucedían sin que yo acertara a distinguir los bordes de cada una. No fue un año de grandes dramas ni de catástrofes, sino de una erosión lenta, de esa clase de desgaste que empieza en los márgenes y, cuando te quieres dar cuenta, ha llegado al centro mismo de la vida compartida.

No era solo cuestión de agendas llenas ni de calendarios marcados en rojo, sino de un rumor persistente, una especie de distancia que se colaba por las rendijas de los días y que me hacía sentir, a ratos, extranjera en mi propia casa. Aquella sensación de ir siempre a contrarreloj se manifestaba en detalles mínimos: el café que se quedaba frío, la risa de Pablo escuchada desde el pasillo, el eco de una conversación a medias que se perdía entre las paredes. Yo intentaba convencerme de que todo formaba parte de una etapa, que el esfuerzo acabaría dando sus frutos, que el sacrificio —si es que así podía llamarse— era un peaje necesario. Pero en el fondo, debajo de todas esas justificaciones, palpitaba una inquietud que no sabía nombrar, un miedo sordo a que, cuando por fin llegara el momento de «volver», algo fundamental se hubiera roto sin remedio.

Cada mañana, el sonido del despertador era una frontera entre la noche y la obligación. Me levantaba de la cama antes de que el sol asomara

por la ventana del dormitorio, escuchando el primer movimiento de Javier al otro lado del colchón, y ya iba repasando mentalmente la lista de tareas: revisar el último escrito, repasar los autos, preparar la toga, organizar la agenda del día. El eco de mis pasos por el pasillo era a veces el único testigo de mi prisa, porque Javier solía dormir un poco más, custodiando el sueño tranquilo de Pablo, que en aquel entonces ya era un niño inquieto y madrugador.

No sé cuándo empecé a sentir que vivíamos en habitaciones separadas, aunque durmiéramos bajo el mismo techo. El trabajo se me metía en los huesos, y la culpa me arañaba por dentro cada vez que salía corriendo, dejando la mesa del desayuno a medio poner, el uniforme del colegio sin revisar, una sonrisa apresurada en vez de un beso verdadero. Javier, paciente como siempre, intentaba sostener la rutina: preparaba la leche, buscaba calcetines desaparejados, ponía canciones infantiles en el móvil para que Pablo desayunara sin protestar. Yo me iba, con la toga colgada del brazo, sin mirar atrás demasiado rato, porque temía que detenerme significara no llegar a tiempo, no cumplir, no estar a la altura de todo lo que se esperaba de mí.

—Hoy llego tarde otra vez —le decía, más a modo de disculpa rutinaria que de confesión—. Tengo juicio a primera hora y luego reunión.

Javier asentía, sin reproches en la voz, pero con esa sombra en los ojos que yo empezaba a reconocer demasiado bien.

—No te preocupes. Yo llevo a Pablo —respondía, y su tono era tan suave que dolía un poco más.

Las semanas se llenaron de ausencias pequeñas: cenas rápidas frente al televisor, meriendas de galletas a la carrera, abrazos pospuestos para cuando «tuviera un rato». Los juicios se sucedían uno detrás de otro, y yo

me tragaba la ansiedad como quien mastica pan duro, convencida de que era temporal, de que pronto volvería a respirar con tranquilidad.

Pero el tiempo, lejos de aliviar, hizo más hondo el surco. Las noches empezaron a ser un territorio de silencios incómodos. Javier se acostaba antes que yo, a veces con un libro, otras solo con el agotamiento derrotándolo antes de las diez. Yo me quedaba en el escritorio, revisando papeles, contestando correos que no admitían demora, mientras la lámpara proyectaba mi sombra alargada sobre la pared.

A veces, mientras repasaba una y otra vez los mismos papeles bajo la luz amarillenta, mi mente se fugaba en busca de Javier. Imaginaba cómo sería estar sentados juntos en el sofá, sin la barrera de la fatiga ni el peso de las obligaciones. Me preguntaba si él pensaba en mí en esos instantes de soledad doméstica, si sentía el mismo hueco que a mí me crecía por dentro. Era una soledad que no tenía que ver con la ausencia física, sino con la imposibilidad de encontrarnos en el mismo punto del día, con la sensación de que nos deslizábamos en órbitas paralelas, incapaces de detenernos el tiempo justo para mirarnos de verdad. En esas noches, el silencio se volvía casi sólido, y yo deseaba, con una mezcla de nostalgia y vergüenza, poder volver atrás y recuperar la ligereza de los comienzos, cuando bastaba una nota en los apuntes para sentirme cerca de Javier.

Un viernes cualquiera, al volver a casa tras otro día interminable, encontré a Javier en la cocina. Pablo dormía ya, y la luz del frigorífico, abierta y fría, recortaba la silueta de Javier como si fuera un personaje a medio dibujar. No levantó la cabeza cuando entré; estaba rebuscando algo entre los cajones, con ese gesto suyo de quien ha perdido las llaves, aunque en la nevera solo hubiera yogures y restos de tortilla.

—¿Has cenado? —pregunté, dejando la toga sobre una silla.

—No tenía mucha hambre —respondió, sin mirarme.

El silencio se hizo grueso, como una manta mal doblada que ocupa todo el espacio. Yo sentía el impulso de acercarme, de acortar la distancia, pero las palabras parecían atascadas en el fondo de la garganta.

—Hoy me ha dado tiempo a llevar a Pablo al parque —dijo, finalmente, mientras cerraba el cajón sin encontrar lo que buscaba.

—Gracias... Lo siento, de verdad —susurré, sabiendo que las disculpas empezaban a sonar huecas de tanto usarlas—. Esta semana ha sido horrible, pero la que viene...

Javier no me dejó terminar.

—La que viene habrá otra cosa. Siempre hay otra cosa, Lucía. Otro juicio, otro escrito, otra urgencia que no puede esperar.

Ahí estaba. La grieta, por fin, al descubierto. Sentí cómo el cansancio se mezclaba con la rabia, y la culpa se me subía a la cara en forma de calor.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté, más alto de lo que hubiera querido—. ¿Que lo deje todo? ¿Que me siente a mirar cómo pasa el tiempo?

—No quiero que lo dejes todo. Solo quiero que, al menos de vez en cuando, estemos los dos —replicó Javier, apoyándose en la encimera, los brazos cruzados—. Que no tenga la sensación de que la casa soy yo y tú eres una visita.

La frase me atravesó. No era un reproche malintencionado, sino una verdad dicha en voz baja, sin rencor pero con toda la fatiga de quien ha esperado demasiado.

—Eso no es justo —dije, casi en un susurro—. Sabes que lo hago por los dos, por Pablo, por nosotros.

—Lo sé. Pero a veces parece que solo hay sitio para tu trabajo —

contestó él, bajando la mirada—. Y yo no quiero acostumbrarme a vivir en los huecos que deja tu agenda.

Me senté a la mesa, con las manos entrelazadas, tratando de encontrar una respuesta que no fuera solo una defensa automática. Sentía que la batalla más difícil era contra mi propia inercia, contra la costumbre de decir que sí a todo lo profesional y aplazar lo personal para más tarde.

—No sé cómo hacerlo —admití, por fin—. No sé cómo parar.

Javier se acercó despacio, sin brusquedad, y se sentó a mi lado. Me tomó la mano, esa mano que yo usaba para firmar papeles, escribir demandas, apretar la vida como si se pudiera controlar todo con un gesto firme.

—Podemos aprender juntos —dijo, y su voz era como una tregua inesperada—. Pero no quiero que llegue un día en que estemos tan cansados que ya no sepamos ni cómo empezar.

No lloré, aunque la presión en el pecho era casi insoportable. Solo apreté su mano con fuerza, sintiendo la calidez de su piel, y me prometí — en silencio, para no traicionarme— que esa conversación no sería solo un alto en el camino, sino un principio.

Pero esa noche no terminó ahí. El cansancio se disfrazó de insomnio, y la rabia inicial dejó paso a una ternura áspera, difícil de explicar. Cuando Pablo se despertó lloriqueando cerca de la medianoche, fui yo quien cruzó el pasillo. Al volver, encontré a Javier sentado en el balcón, con la puerta entreabierta y una taza de tila humeante en las manos.

La ciudad, vista desde nuestro piso, era un mosaico de luces tenues y sombras largas. El aire olía a azahar y a lejanía. Me senté junto a Javier en silencio, el frío del suelo colándose por debajo de la bata.

El tacto del frío bajo la bata era, de alguna manera, un recordatorio de

lo frágil que puede ser la intimidad cuando el cansancio se ha metido bajo la piel. Sentados en ese balcón, el bullicio de la ciudad amortiguado por la altura y la hora, sentía que estábamos tan cerca y tan lejos como los primeros días, como si la distancia de las últimas semanas se reflejara en la forma en que nuestros cuerpos buscaban, casi a tientas, el calor del otro. A veces las palabras costaban, pesaban, pero el simple hecho de estar ahí, de compartir el aire y la noche, era una forma de empezar a sanar la herida invisible del desencuentro. La fragancia del azahar, tan propia de Sevilla, flotaba en el aire, y me pregunté si sería posible impregnar de ese aroma también los malos momentos, como si la ciudad pudiera ofrecernos un bálsamo secreto para las noches difíciles.

—¿Te acuerdas de cuando nos prometimos que no dejaríamos de hablar? —preguntó él, sin mirarme.

Asentí, buscando en mi memoria aquellos primeros años en los que todo era conversación, risas y confidencias compartidas entre apuntes y tazas de café.

—A veces hablar es más difícil que callar —dije, sincera—. Me da miedo que sirva solo para hacernos daño.

—No hablar es peor —replicó Javier, y sus palabras tenían el peso de una certeza antigua—. Al menos, si hablamos, sabemos dónde estamos.

El balcón se convirtió, esa noche, en una especie de refugio improvisado. Hablamos durante horas, a media voz, sin urgencia, como si el tiempo hubiera decidido ralentizarse solo para darnos tregua. Al principio fueron frases dispersas, pequeñas confesiones a media luz: mis miedos, sus frustraciones, la sensación de estar viviendo en piloto automático, el temor a que el amor se nos fuera escurriendo entre los dedos sin darnos cuenta.

—A veces me siento culpable por necesitarte tanto y por no decírtelo —confesó Javier, con la sinceridad desarmante que siempre ha tenido para lo esencial—. Me da miedo que pienses que soy débil, o que no sé llevar la casa, o que no puedo con todo.

Negué despacio, tocándole el brazo con la yema de los dedos.

—No eres débil. Eres lo más fuerte que conozco. Yo... me olvido de decirte lo mucho que admiro cómo lo haces todo —susurré—. Me da rabia que el trabajo me coma así, pero no sé ponerle freno.

—Quizá no es cuestión de frenar, sino de elegir de vez en cuando qué camino tomar —propuso él, y su tono era suave, casi filosófico—. No tenemos que ser perfectos, solo presentes.

Me quedé en silencio, masticando esa última palabra. Presentes. Era justo lo que más echaba en falta: estar de verdad, no solo pasar por los días como una ráfaga de viento.

El reloj de la cocina marcó la una de la madrugada y la ciudad seguía vibrando lejos, como un animal dormido. Pablo volvió a llorar, esta vez menos, y Javier se levantó para atenderlo. Le seguí con la mirada, reconociendo en la curva de sus hombros la paciencia de siempre y el cansancio acumulado.

Cuando volvió, nos quedamos acurrucados en el balcón, compartiendo la manta y el silencio. Yo apoyé la cabeza en su hombro y él jugaba con un mechón de mi pelo, distraído.

—¿Nos prometemos algo? —pregunté, en voz baja.

—¿El qué? —respondió él, sonriendo apenas.

—Que los domingos sean solo nuestros. Sin móviles, sin trabajo. Sólo nosotros y Pablo. Lo que sea, pero juntos.

Javier se quedó pensativo un instante, como si sopesara el alcance de la promesa. Luego asintió, con esa seriedad suya que reserva para lo importante.

—Domingos sagrados —dijo, y ese nombre se quedó flotando entre nosotros como una bendición doméstica.

—Domingos sagrados —repetí, sellando el pacto con un apretón de manos y una sonrisa que era, a la vez, alivio y esperanza.

La primera semana después de aquel pacto fue como estrenar una casa nueva. El domingo amaneció despacio, con una luz suave filtrándose por las cortinas. Me desperté antes que nadie, pero en vez de lanzarme al móvil o repasar mentalmente la agenda, me quedé en la cama, escuchando la respiración tranquila de Javier y el murmullo lejano de Pablo en su habitación.

La sensación era de extrañeza y de regalo. Me permití, por primera vez en mucho tiempo, disfrutar del instante sin prisa, sin la urgencia de estar en otra parte.

Cuando Javier se levantó, me encontró en la cocina preparando el desayuno.

—¿Y el móvil? —preguntó, simulando buscarlo en mi pijama.

—Cerrado bajo llave —bromeé—. Hoy solo está permitido el chocolate caliente y las tostadas.

Él sonrió, acercándose para besarme la frente. Pablo entró en la cocina como un torbellino, arrastrando un peluche y pidiendo a gritos cereales.

—Hoy es domingo, Pablo —le dije, agachándome a su altura—. ¿Sabes qué significa? Que mamá y papá no trabajan. Solo jugamos y desayunamos juntos.

Pablo no entendía del todo, pero celebró la noticia con una risa contagiosa que llenó la casa de un eco nuevo.

El desayuno fue largo, lento, sin interrupciones. Javier se empeñó en batir el chocolate a mano, haciendo una espuma que a Pablo le pareció mágica. Yo me sorprendí a mí misma contando anécdotas tontas, riéndome de los comentarios de Javier y escuchando, realmente escuchando, los cuentos que Pablo inventaba con piezas de lego y cucharas de madera.

Después del desayuno, salimos al balcón. El aire era fresco, casi transparente. Nos sentamos los tres en la alfombra de rayas, compartiendo un libro de dibujos.

—No recuerdo la última vez que estuvimos así —dijo Javier, acariciando la cabeza de Pablo.

—Yo tampoco —admití, y por primera vez en meses no sentí culpa, sino una gratitud inmensa.

El sol fue subiendo, y el día se llenó de pequeñas rutinas compartidas: jugar con bloques de colores, leer cuentos, hacer una torre de cojines en el salón. Pablo se empeñó en construir una fortaleza y Javier le ayudó, mientras yo preparaba limonada y los miraba desde la puerta, con una ternura que me sorprendió.

A mediodía, comimos juntos en la mesa pequeña de la cocina. Javier puso música suave, y Pablo se empeñó en bailar con los brazos en alto. Yo reí hasta que me dolieron las mejillas, sintiendo que el tiempo se estiraba de una manera diferente, como si la vida nos concediera una tregua.

Por la tarde, salimos a dar un paseo por el parque cercano. Pablo corría delante de nosotros, recogiendo hojas secas y piedras que luego guardaba en los bolsillos. Javier y yo caminábamos despacio, sin la presión de tener que llegar a ningún sitio. Hablábamos de cosas sencillas: la forma en que

Pablo pronunciaba algunas palabras, el color del cielo, la película que podríamos ver esa noche.

Era una felicidad discreta, sin alardes, pero tan verdadera que me daban ganas de llorar. Sentí, por primera vez en mucho tiempo, que la vida podía ser esto: un domingo sin relojes, un paseo de la mano, una risa compartida.

Al volver a casa, Pablo se durmió en el sofá, exhausto de tanto jugar. Javier y yo nos quedamos sentados en el suelo, apoyados el uno en el otro, dejando que el silencio llenara el espacio.

En ese silencio compartido, descubrí que a veces la verdadera reconciliación no llega con palabras grandilocuentes, sino con gestos mínimos: un brazo que se apoya sin pedir permiso, un suspiro que se deja oír, la cadencia acompasada de dos respiraciones que, poco a poco, vuelven a encontrarse. Miré a Javier de reojo, preguntándome si él sentía lo mismo, si también percibía esa corriente subterránea que nos devolvía el uno al otro después de tanta distancia. Y, aunque ninguna de esas preguntas se formuló en voz alta, ambas quedaron flotando en el aire, como promesas silenciosas de que, al menos esa tarde, habíamos sabido estar presentes.

—¿Crees que podremos mantenerlo? —susurré, temerosa de romper el hechizo.

—Si lo cuidamos, sí —respondió Javier, apretando mi mano—. Si nos lo recordamos el uno al otro.

Sonreí, con el corazón ligero. No sabía si el pacto resistiría todas las tormentas, pero en ese momento me parecía posible.

Los domingos se convirtieron, desde entonces, en una especie de isla dentro de la semana. Los primeros meses fueron un ejercicio de voluntad: a veces el teléfono vibraba en el bolsillo, tentador; a veces la agenda me

susurraba tareas pendientes. Pero yo aprendí a resistir, a dejar el móvil fuera de la vista, a mirar a Javier y a Pablo como si fueran lo único urgente.

Algunas mañanas hacíamos churros con chocolate, otras salíamos al parque, otras simplemente nos quedábamos en pijama toda la mañana, viendo dibujos animados y jugando en la alfombra. Lo importante, lo imprescindible, era estar juntos, sin la prisa ni la culpa como invitadas.

Javier, fiel a su humor, inventó un ritual: cada domingo, al sonar la primera nota de la canción de Sabina que tanto le gustaba desafinar, nos reíamos los tres, y Pablo intentaba imitar la melodía con su propia letra inventada.

—Mamá, ¿por qué papá canta tan raro? —preguntaba Pablo, y yo le respondía:

—Porque así sabemos que hoy es domingo, y que no hay nada más importante.

La risa de Pablo llenaba el salón, y Javier me guiñaba un ojo, como si compartiéramos un secreto solo nuestro.

Sin embargo, hubo domingos difíciles. alguna vez el trabajo intentó colarse por la rendija de una urgencia inesperada, o Pablo se puso enfermo y todo el día se trastocó. Pero incluso en esos días, el pacto seguía ahí, como un recordatorio de lo que habíamos decidido cuidar.

Una tarde de septiembre, mientras llovía afuera y el cielo parecía un espejo gris, nos quedamos los tres mirando la tormenta desde el balcón. Javier y yo, abrazados en silencio, mirábamos cómo las gotas serpenteaban por el cristal.

—¿Te acuerdas de la primera vez que llovió así? —me preguntó Javier, en voz baja.

Asentí, recordando la Feria, la caseta, el paraguas volando. El tiempo parecía dar vueltas sobre sí mismo, llevándonos siempre al punto de partida: la risa bajo la lluvia, la promesa de cuidarnos.

—Prometimos no dejar de reír —dije, apoyando la cabeza en su hombro.

—Y prometimos no dejar de hablar —añadió él.

El pacto de los domingos sagrados era, en el fondo, una forma de hablar sin palabras, de reír sin prisa, de recordarnos que el amor también necesita su propio espacio y su propio tiempo.

Al final del día, cuando la casa se quedaba en silencio y Pablo dormía, me sentaba junto a Javier en el sofá, los pies descalzos y el móvil apagado sobre la mesa. La luz de la lámpara era cálida, envolvente, y el aire olía a chocolate y a promesas cumplidas.

A veces, en esos instantes de calma, me preguntaba si seríamos capaces de mantener el pacto. Si la vida, con sus imprevistos y sus exigencias, no acabaría por arrastrarnos de nuevo. Pero mientras Javier me tomaba la mano y sonreía, yo sentía que, al menos ese día, habíamos vencido.

Cerraba los ojos, dejando que el silencio y la paz de ese domingo me envolvieran. Y, en la frontera entre el sueño y la vigilia, me hacía siempre la misma pregunta, una pregunta que guardaba en secreto y que solo se respondía con el paso de los días: ¿Seremos capaces de mantener nuestro pacto intacto, de defender este santuario pequeño y frágil que hemos construido entre tanto ruido?

El móvil, apagado, era mi respuesta provisional. Y el calor de la mano de Javier, la promesa de que, pase lo que pase, siempre intentaríamos volver aquí, a este lugar donde el tiempo es nuestro y el amor se parece, por fin, a una tregua luminosa.

Martina y los soles

El hospital tenía el mismo olor a lejía de siempre, pero aquel mayo de 2020, en pleno confinamiento, ese olor era un personaje más, una presencia que lo impregnaba todo. El aire, más denso, se colaba bajo la mascarilla y me llenaba la boca de un sabor químico que no lograba acostumbrar. Recuerdo el eco de mis pasos en el pasillo, el sonido amortiguado de mi respiración tras el tejido, y la extraña sensación de estar caminando hacia una sala de espera infinita. Afuera, la ciudad entera parecía contagiada de un silencio antiguo, como si Sevilla hubiera olvidado cómo sonar a vida.

Me costó reconocer la entrada del hospital, desierta como nunca la había visto. Las puertas automáticas se abrían y cerraban para nadie, y los carteles de acceso limitado colgaban de los cristales a la altura de los ojos, como advertencias para otro tiempo, para otra Lucía menos vulnerable. En la admisión, una auxiliar me pidió el documento y me preguntó por mi estado de salud con la voz cansada de quien pregunta lo mismo cien veces al día.

—¿Primer parto? —me preguntó, con la mirada fija en la pantalla.

—No —respondí, con el hilo de voz que me permitía la mascarilla—. El segundo.

—¿Fiebre? ¿Tos? ¿Ha tenido contacto con algún positivo?

Negué con la cabeza, y sentí, por primera vez aquella mañana, una punzada de soledad que me atravesó desde la garganta hasta el estómago.

Javier se había quedado fuera, en el aparcamiento, porque las normas eran estrictas: ningún acompañante, salvo en el último momento. Él me había apretado la mano hasta el último segundo permitido, y después, como un niño obediente y resignado, se había retirado con una media sonrisa bajo la mascarilla.

Entré en el ascensor sola, con la bolsa en una mano y la carpeta de papeles en la otra. El espejo me devolvía una imagen borrosa, empañada por el vaho de la respiración. Me vi los ojos agrandados, más oscuros de lo habitual, y pensé en Pablo, que aquella mañana se había despedido de mí con un abrazo torpe, todavía soñoliento, y un dibujo doblado en el bolsillo de la bata.

Era un dibujo hecho con rotuladores gruesos, de colores estridentes: cinco soles en fila, todos con sonrisa y rayos que parecían cabelleras desordenadas. Pablo lo había titulado con letra temblorosa: «Bienvenida, Martina». Me detuve un segundo en el pasillo, sola, y saqué el papel para mirarlo. Los soles me devolvieron la sonrisa, y ese gesto fugaz me sostuvo, como una cuerda fina, cuando la incertidumbre amenazaba con aplastarlo todo.

La sala de espera lucía demasiado grande, demasiado vacía para mi ánimo. Las butacas habían sido separadas, la televisión estaba apagada y las revistas viejas, retiradas de las mesas auxiliares. Me senté, apretando el dibujo contra el pecho, y sentí cómo el silencio del lugar se colaba por las costuras del pijama. Miré el móvil. Un mensaje de Javier, enviado hace cinco minutos: «Estoy en el coche, aquí al lado. Si necesitas cualquier cosa, avísame. Te quiero». Respondí con un pulgar alzado y un corazón, mecánicamente, como si escribirlo fuera suficiente para que él lo sintiera.

No recuerdo las palabras exactas que me dijo la matrona cuando vino a

buscarme; solo que su voz era dulce, amortiguada por la doble mascarilla y la pantalla de plástico. Me acompañó a la sala de dilatación, donde las cortinas separaban a las mujeres como compartimentos de un tren nocturno. No se permitía el paso a los acompañantes, ni visitas, ni consuelo más allá del que pudiera ofrecer una mano enguantada y una voz desconocida.

«Será cuestión de horas», me repetían entre toma y toma de constantes. Pero el tiempo, en el hospital, no avanza igual que afuera. Se encoge, se alarga, se pliega sobre sí mismo en las esquinas de la mente. Miraba el reloj de la pared, que parecía haberse puesto de acuerdo con mi ansiedad para avanzar en saltos irregulares. No podía hablar con Javier salvo por mensajes. En algún momento, el móvil vibró: un audio suyo, marcado a las 10:23.

Lo escuché con los auriculares puestos, los ojos cerrados, escondida en mi pequeño cubículo de cortinas verdes. La voz de Javier sonaba ronca, como recién levantado, pero había en ella una intención deliberada de sonar alegre.

—Lucía, ¿sabes cuál es el colmo de un hospital? Que esté sano. —Risa de Javier, torpe, arrastrada—. Bueno, vale, no es el mejor chiste, pero si te ríes aunque sea un poco, prometo que el próximo será peor.

No pude evitar sonreír. Los chistes malos de Javier tenían ese poder: eran tan previsiblemente malos que, solo por eso, acababan por hacerme reír. Apreté el móvil contra la mejilla, imaginando su cara al grabarlo, el gesto de entrecerrar los ojos, buscando la complicidad en la distancia. Aquel primer audio fue seguido de otro, y luego de otro: una cadena de mensajes que se fue convirtiendo en mi banda sonora privada durante las horas de la mañana.

Afuera, el hospital continuaba su rutina de luces encendidas y pasos de personal con bata. La matrona entraba cada cierto tiempo a preguntar cómo me sentía, a comprobar monitores y a dejar una palabra amable flotando en el aire. Pero nadie podía llenar el hueco que dejaba la ausencia de Javier, nadie podía mitigar ese vértigo de estar sola en el momento más vulnerable. A cada contracción, lo buscaba con la mirada aunque supiera que allí no podía estar; y entre contracción y contracción, releía los mensajes de Pablo, las fotos de sus manos manchadas de pintura sujetando el dibujo de los soles.

El tiempo fue perdiendo sus bordes. Alguien, en el cubículo de al lado, se quejaba en voz baja, y el sonido me llegaba como un eco amortiguado. Me pregunté cuántas mujeres estarían pasando lo mismo al mismo tiempo, en esa soledad compartida y clandestina. Pensé en mi madre, en su voz al teléfono la noche anterior, dándome ánimos y recordándome que el miedo, en el fondo, es una forma de amor que todavía no ha encontrado su destino.

Las horas se deslizaron con ese ritmo irregular que tienen los días importantes. Entre cada visita de la matrona, revisaba los audios de Javier, que seguía inventando chistes con la tenacidad de quien no piensa rendirse.

—¿Sabes qué hacen dos gatos en el hospital? ¡Miau-dan! —decía en uno, y la risa de fondo era tan forzada que me hizo imaginarlo encogido en el asiento del coche, solo pero decidido a acompañarme como fuera.

—Pablo me ha dicho que su hermana tiene que salir con cinco soles encima, si no, no vale —añadía en otro mensaje—. Así que, por favor, cuando nazca, cuéntale que tiene un hermano muy exigente.

Me reí, y esa risa se mezcló con el dolor y la ansiedad, desarmando un poco la coraza del miedo. Por un instante, el hospital dejó de ser un lugar

hostil para convertirse en una especie de burbuja íntima, tejida con las voces de mi familia, dispersas y reunidas a la vez en aquel fragmento de tiempo.

En algún momento, la matrona me anunció que ya podía pasar a la sala de partos. El trayecto en silla de ruedas me pareció una procesión silenciosa, una especie de ritual secreto que solo entendíamos las mujeres que íbamos camino de traer una vida al mundo. Las luces del pasillo, demasiado blancas, me hicieron cerrar los ojos. Imaginé a Javier sentado en el coche, mirando el móvil cada dos minutos, repasando mentalmente los chistes que todavía no había enviado.

«En cuanto puedas entrar, te llamamos», le había asegurado la matrona antes de que yo subiera. Pero la espera se alargó. En la sala de partos, el reloj parecía haberse parado. Solo el monitor del latido fetal, con su pitido monótono, mantenía el hilo invisible que me unía a Martina, aún dentro de mí, aún a salvo de todo.

La soledad aquí era distinta: más densa, más física. Sentía la piel de las manos sudorosa bajo los guantes, la mascarilla pegada a la boca, el sudor frío en la frente. Alguien me hablaba, pero las palabras llegaban como si vinieran desde muy lejos. Cerré los ojos y pensé en los soles del dibujo de Pablo, en su carita ansiosa, en la promesa de que pronto todo esto sería solo un recuerdo.

El dolor fue creciendo, ocupando todo el espacio disponible en el cuerpo y en la mente. No tenía a Javier para apretar su mano, ni su voz para marcar el ritmo de la respiración. Lo único que podía hacer era recordar, como una letanía, los audios que había escuchado antes: sus chistes, sus promesas de soles y de risas, la ternura de quien sabe que solo puede acompañar desde la distancia.

En algún punto, la puerta se abrió y una enfermera anunció, con una voz seca pero amable:

—Ya puede entrar el acompañante.

El sonido de la noticia me atravesó como un relámpago. No supe cuánto tiempo pasó entre ese anuncio y la llegada de Javier, pero la espera se hizo interminable. Cuando por fin lo vi, enfundado en un pijama verde, mascarilla azul y gorro de quirófano, sentí que el mundo recuperaba una parte de sí mismo. Sus ojos, asomando por encima de la mascarilla, eran los mismos de siempre: cálidos, asustados y decididos a la vez.

Se acercó a mi lado con la torpeza de quien no sabe si puede tocar, si está permitido el consuelo. Yo le tendí la mano y él la tomó, fuerte, como si necesitara anclarse tanto como yo.

—¿Me he perdido algo? —susurró, y su voz, aunque amortiguada, me llenó de una paz inesperada.

Negué con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra, y sentí cómo el miedo empezaba a retroceder, a dejar sitio a otra cosa. Quizá era esperanza, o amor, o simplemente la certeza de no estar ya sola.

El parto fue breve, aunque a mí me pareció eterno. Javier no soltó mi mano ni un segundo, y entre contracción y contracción, me susurraba al oído tonterías inverosímiles: que si Martina nacería con el pelo de su hermano, que si en la familia ya habíamos completado el cupo de cejas enfadadas, que si los soles de Pablo traerían buena suerte.

Cuando por fin escuché el llanto de Martina, el mundo se partió en dos: antes y después. Todo el dolor, la espera, el miedo, se disolvieron en el primer grito de mi hija. La colocaron sobre mi pecho, cálida y húmeda, y sentí que el universo se reducía a ese instante: la piel de Martina sobre la mía, la mirada de Javier asomando entre lágrimas, los cinco soles flotando

en mi memoria como un talismán.

—Cinco soles, Lucía. —dijo Javier, y aunque sonaba a broma, su voz temblaba de emoción—. Pablo va a estar orgulloso.

Me reí, y en esa risa cabía la gratitud, el alivio, la certeza de haber llegado hasta aquí juntos, incluso separados por paredes y normas y miedos nuevos.

Pasaron los minutos, o las horas, no lo sé. El tiempo en el hospital después de un parto es una materia blanda, difícil de medir. Recuerdo la mirada de la enfermera, sus gestos precisos, la calidez de su mano al acomodar a Martina en la cuna térmica. Recuerdo también el silencio, ese silencio denso que solo se rompe con el llanto de un recién nacido, y, después, con el sonido de las notificaciones en el móvil.

—¿Quieres que le mande una foto a Pablo? —preguntó Javier, con la voz entrecortada.

Asentí, y él, con las manos temblorosas, sacó el teléfono y le tomó una foto a Martina, envuelta en la manta del hospital, con los ojos aún cerrados y la boca arrugada en un gesto de protesta. Adjuntó el dibujo de los soles y escribió: «Martina ha llegado. Tiene cinco soles para ella sola».

No tardó en llegar la respuesta: un audio de Pablo, arrastrando las palabras, emocionado y nervioso a partes iguales.

—Mamá, ¿ya ha salido la hermanita? ¿Está bien? ¿Hay que ponerle los soles en la cuna? Dile que le he hecho el dibujo, que no se le olvide.

Sentí que el amor podía ser así de sencillo, así de directo: un hermano de tres años enviando soles de bienvenida, un padre haciendo el payaso desde el aparcamiento del hospital, una madre que, por primera vez en muchas horas, no se sentía sola.

Las horas siguientes se mezclaron con destellos de cansancio y ternura. Javier se turnaba conmigo para mirar a Martina, para ajustarle la manta, para hacerle fotos que luego enviaba a la familia, a mis padres, a Rosario, la madre de Javier, que cuidaba de Pablo esos días. Cada mensaje era una manera de acortar la distancia, de compensar la ausencia de visitas, los abrazos postergados, las celebraciones aplazadas por culpa de la pandemia.

En algún momento de la tarde, mientras Martina dormía y el hospital recobraba su ritmo lento, repasé los audios que Javier me había enviado desde el aparcamiento. Cada uno era un eslabón de esa cadena invisible que nos había sostenido durante las horas más solitarias. Los chistes malos, las palabras de ánimo, las promesas de churros con chocolate cuando todo pasara. Escuché uno especialmente largo, grabado en los minutos previos a que le dejaran subir.

—Lucía, sé que esto es raro, que no puedo estar ahí como querría. Pero estoy aquí fuera, en el coche, imaginando que te abrazo aunque sea con la mente. Pablo me ha preguntado si a Martina le van a gustar los chistes malos. Yo le he dicho que seguro, porque si no, no sería de la familia. Cuando salgáis las dos, prometo que el primer desayuno será con churros, y con cinco soles en la mesa, aunque tenga que dibujarlos yo mismo.

Me sorprendí llorando, en silencio, con la mascarilla empapada de lágrimas y la risa temblando en la garganta. La ternura de Javier, la ingenuidad de Pablo, el calor de Martina sobre mi pecho: todo se mezclaba en ese instante, como si el amor, lejos de ser una palabra grandilocuente, fuera solo esto, una suma de gestos pequeños, de chistes y dibujos y promesas domésticas.

La noche fue larga, pero distinta a las anteriores. Martina dormía a intervalos, con el ceño fruncido y las manitas cerradas en puños diminutos.

Javier me acompañó todo cuanto pudo, hasta que la enfermera le pidió que se retirara a la sala de familiares. Antes de irse, se inclinó sobre la cuna y le susurró a Martina una de sus historias absurdas, como si ya supiera que la risa es el mejor antídoto contra el miedo.

—Cuando seas mayor, te contaré el secreto de los soles —le dijo—. Pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie.

Me reí, y él me guiñó un ojo por encima de la mascarilla, un gesto cómplice que reconocí al instante.

A solas, en la habitación, sentí que el cansancio me vencía. Cerré los ojos y repasé cada detalle: el dibujo de Pablo, los audios de Javier, la piel suave de Martina. Pensé en el extraño privilegio de haber traído una vida al mundo en un tiempo tan incierto, en la responsabilidad —y el consuelo— de ser refugio para mis hijos, incluso cuando todo alrededor parecía desmoronarse.

El amanecer se filtró por la rendija de la persiana, tiñendo la sala de un azul pálido que era casi una promesa. Javier volvió a entrar, con la bata arrugada y el pelo revuelto bajo el gorro. Se acercó a la cuna y miró a Martina con esa mezcla de asombro y ternura que todavía me desarma.

—¿Sabes que Pablo ha contado los soles tres veces para asegurarse de que no falta ninguno? —me dijo, bajando la voz—. Y ha preguntado si puede venir al hospital a pegarlos en la ventana.

Sentí una punzada de dolor por no poder abrazar a Pablo en ese instante, por tener que posponer el encuentro entre hermanos. Pero la ternura de su gesto, la atención con que había contado y recontado los soles, me reconcilió con el presente.

—Dile que cuando volvamos a casa, los pondremos juntos —le respondí—. Y que esta vez los soles pueden quedarse todo el tiempo que quiera.

Javier asintió, con una sonrisa que se adivinaba bajo la mascarilla. Nos quedamos en silencio, los dos mirando a Martina, escuchando el rumor lejano del hospital, el pitido suave de los monitores, el murmullo de una vida que apenas comenzaba.

Cada detalle de aquella mañana se me quedó grabado con una nitidez extraña: el calor de la cabeza de Martina en mi pecho, el roce de la mano de Javier en la mía, el dibujo arrugado de Pablo sobre la mesilla. Pensé en todos los miedos y las incertidumbres que nos habían asaltado en los meses previos, en el vértigo de vivir una maternidad confinada, sin la red de abrazos y visitas de la familia. Pero también pensé —y sentí— que el amor se multiplica en la dificultad, que el humor y la esperanza son una forma de resistencia.

A media mañana, Javier se marchó a casa para estar con Pablo. Me mandó un último audio antes de salir del hospital.

—Lucía, te juro que cuando volvamos a desayunar todos juntos, haré los churros más redondos de la historia. Pablo dice que ahora tenemos que ser cuatro en la mesa, y que a Martina le reservemos el sitio con más sol. No te preocupes, todo va a salir bien. No sé cantar, pero te prometo que hoy tarareo «Contigo» hasta que la niña se duerma.

Escuché el audio con los ojos cerrados, dejando que la voz de Javier me envolviera como una manta, que el humor y el cariño me devolvieran la paz. Martina dormía, ajena a todo, con el ceño fruncido y las manos abiertas ahora, como invitando al mundo a acercarse poco a poco.

Por la ventana, la luz del día empezaba a colarse, cálida y temblorosa. Pensé en los cinco soles, en la mesa del desayuno, en la promesa de los churros y la música desafinada. Por primera vez desde que había entrado sola en el hospital, sentí que la esperanza era más fuerte que el miedo, que

la alegría podía abrirse paso incluso en medio de la incertidumbre.

Apreté el móvil contra el pecho, escuchando de nuevo el último audio de Javier, y sonreí, imaginando el momento en que, por fin, podríamos abrazarnos los cuatro. ¿Cuánto faltaría para que la casa volviera a llenarse de risas, de dibujos, de soles y de promesas compartidas?

Noches junto al río

Las noches siguientes a la muerte de Antonio fueron una extensión de silencio, una tierra nueva y áspera en la que reconocí, a la vez, la ausencia y la necesidad de no pronunciar palabra. Descubrí que el dolor, cuando se instala en una casa, no pide permiso para mover los muebles ni para cambiar la luz de las habitaciones. Simplemente, está ahí: una sombra que se alarga hasta colarse en los gestos más automáticos, en la forma en que uno se sienta a la mesa, en cómo se apaga la luz del pasillo, en el modo en que Javier, de repente, dejaba el tenedor sobre el plato y se quedaba mirando un punto invisible en la pared.

La muerte de Antonio llegó en marzo, un domingo cualquiera que dejó de serlo para siempre. Recuerdo el sonido del teléfono, el tono casi irreal de la voz de la madre de Javier, la manera en que mi propio cuerpo se endureció antes de comprender, realmente, lo que había pasado. Era un infarto. Fue inmediato, dijeron. No hubo sufrimiento. Palabras que no abrigan, pero que se repiten como un mantra inútil, porque no existe frase capaz de suavizar la brutalidad de la noticia. Aquel día, el tiempo se dividió en dos: antes y después de esa llamada.

Durante las primeras horas, fui un animal práctico: llamé a los abuelos para que recogieran a Pablo y Martina, preparé una bolsa con lo imprescindible, busqué la chaqueta de Javier, que él había dejado colgada en la silla sin mirar. Él, mientras tanto, se movía como si el aire estuviera hecho de plomo. Apenas hablaba. Pasaba las manos por la mesa, por la

superficie de la puerta, por la manga de la chaqueta, como si todo le resultara repentinamente extraño. Recuerdo que, al salir de casa, bajó las escaleras sin mirar atrás. Yo cerré la puerta con cuidado, eligiendo no mirar demasiado el recibidor, no detenerme en la fotografía de nuestra boda que, de pronto, me pareció una ventana absurda a un mundo sin heridas.

En el tanatorio, el tiempo se deshizo. No había horas; solo una sucesión de rostros, abrazos, pañuelos húmedos y frases que volvían una y otra vez: «Lo siento mucho», «Qué injusticia, tan joven», «No hay palabras». Yo decía gracias, asentía, sostenía el brazo de Javier cuando notaba que se doblaba un poco por el peso del dolor o la fatiga. Pero él estaba lejos. Nadie podía alcanzarlo. Su madre, sentada junto a nosotros, tenía los ojos secos y las manos apretadas sobre el regazo, como si sujetar algo físico pudiera evitarle el naufragio. Yo le ofrecí una tila, y ella la aceptó con un gesto casi automático, como si ya no esperara consuelo, solo rutina.

Javier no lloró durante el entierro. Caminó con los hombros muy rectos, la mirada clavada en el suelo. Cuando volvimos a casa, los niños preguntaron por su abuelo, y yo respondí con palabras sencillas que no recuerdo exactamente. Pablo se abrazó a Javier, que lo sostuvo en silencio. Martina, demasiado pequeña aún para entender, se entretuvo enredando un mechón de mi pelo y diciendo «papá triste» con la voz bajita.

Los días siguientes fueron una coreografía deslavazada de gestos automáticos: desayunar, preparar mochilas, vestir a los niños, contestar correos, ir al supermercado, cocinar sin apetito. Javier cumplía con todo, pero estaba ausente. Su cuerpo estaba ahí, pero su mente, su voz, su risa, todo lo que hacía de él el Javier que yo amaba, se había replegado hacia dentro. Pasó la primera semana casi sin hablar. Se limitaba a responder con

monosílabos, a veces con un encogimiento de hombros. De noche, se quedaba sentado en el sofá mucho después de que yo apagara la luz del salón, mirando hacia la ventana, como si esperara una señal en el cielo o una explicación que no llegaba.

Probé a preguntarle cómo se sentía, si quería hablar, si prefería que le contara alguna anécdota de los niños, si le apetecía salir a dar un paseo. Siempre respondía con un «no hace falta», o con ese gesto suyo, un movimiento leve de la cabeza, que yo había aprendido a interpretar como un «no sé por dónde empezar». Al principio, el silencio me pesaba. Yo, tan acostumbrada a discutir, a organizar, a buscar soluciones incluso donde no las hay, me sentía impotente. Pero pronto entendí que había un lenguaje más profundo que las palabras, una forma de estar al lado de alguien sin pedirle nada, simplemente acompañándolo en su dolor.

Una noche, después de acostar a los niños y de cenar en silencio, le sugerí salir a caminar. No hubo respuesta inmediata. Esperé. Finalmente, Javier cogió las llaves del cajón, se puso la chaqueta y asintió en silencio. Salimos del piso y bajamos juntos las escaleras. El aire de la noche era fresco, húmedo, y la ciudad parecía más lenta y más grande de lo habitual.

Empezamos a caminar sin rumbo fijo, bajando hasta la orilla del Guadalquivir. El río, de noche, es un espejo oscuro donde las luces de la ciudad se estiran y se deforman, como si también ellas estuvieran de luto. El paseo, a esas horas, estaba casi vacío. Algún ciclista solitario, una pareja sentada en un banco, una sombra que cruzaba deprisa. Nosotros caminamos uno al lado del otro, sin tocarnos, sin decir nada. El sonido de nuestros pasos sobre la grava era lo único que interrumpía el silencio.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. La primera noche fueron apenas veinte minutos, suficientes para que el aire frío nos despejara la garganta y

los pensamientos. Al volver a casa, Javier se quitó la chaqueta, se sentó en la cama y, por primera vez en días, me miró directamente a los ojos. No dijo nada, pero yo entendí que agradecía el paseo, aquel paréntesis silencioso donde el dolor podía respirar sin verse obligado a justificarse.

A la noche siguiente, repetimos el ritual. Esta vez, Javier fue quien propuso salir.

—¿Te apetece que demos una vuelta? —preguntó, con la voz aún áspera, como si las palabras costaran más que el cansancio.

Asentí sin decir nada y busqué mi bufanda, aunque no hacía frío. Caminamos de nuevo hacia el río. Esta vez, Javier caminaba un poco por delante. Había cierta urgencia en su ritmo, como si necesitara gastar energía o, tal vez, huir de algo que le perseguía por dentro. Pasamos junto a los árboles y las farolas, y al llegar a la barandilla que da al agua, Javier se detuvo. Apoyó los codos sobre el hierro y miró el reflejo de las luces en la superficie. Me coloqué a su lado, a una distancia prudente, respetando ese espacio que él parecía necesitar.

El río fluía con su ritmo imperturbable. Las ramas de los árboles, agitadas por la brisa, dibujaban sombras móviles en el suelo. Yo buscaba palabras, alguna frase que pudiera aliviar lo insoportable, pero ninguna me parecía suficiente, ni siquiera adecuada. Así que me limité a observar el agua, a respirar con él, a dejar que el tiempo transcurriera.

—Mi padre siempre decía que el río nunca se detiene —musitó Javier, de pronto, casi sin voz.

Me sorprendió oírle hablar, después de días de mutismo. Me giré hacia él, intentando no romper la fragilidad de ese momento.

—Tampoco el dolor se detiene —respondí, suavemente, como si esa confesión pudiera abrir una puerta.

Javier se encogió de hombros y siguió mirando el agua. No añadió nada más, pero yo sentí que, de algún modo, me había dejado entrar en su pena, aunque solo fuera por una rendija.

La rutina de las caminatas nocturnas se fue instalando en nuestras vidas. A veces, salíamos nada más acostar a los niños. Otras, cuando ya era casi medianoche y la ciudad se sumía en un silencio más profundo. Había noches en las que andábamos deprisa, casi con rabia, y noches en las que nos deteníamos a mirar el reflejo de la luna en el agua, o el dibujo de los barcos amarrados cerca de la orilla.

No hablábamos mucho. El dolor de Javier era un animal salvaje, y yo había aprendido a no asustarlo con preguntas innecesarias. Solo me permitía, de vez en cuando, rozarle la mano con la mía, o colocarle suavemente la bufanda si veía que el viento se levantaba. Él aceptaba esos gestos sin protestar, sin agradecimiento explícito, pero con una quietud que yo interpretaba como una forma de decir «estoy aquí, y te veo».

En casa, la tristeza tenía sus propios rituales. Los desayunos eran silenciosos, los niños notaban el cambio y se comportaban con una delicadeza extraña, como si intuyeran que algo irremediable había ocurrido en el mundo de los adultos. Pablo preguntaba a veces por su abuelo Antonio, y Javier le respondía con frases cortas, tensas, buscando no romperse delante de él. Martina, que aún no pronunciaba muchas palabras, se acercaba a Javier y le acariciaba la cara con la mano abierta, repitiendo «papá, papá» en un susurro. Yo observaba esas escenas con una mezcla de ternura y desamparo, reconociendo en mis hijos una sabiduría que a mí, en mi torpeza adulta, me costaba alcanzar.

Hubo días en que la rabia asomó entre nosotros. Una tarde, al volver de una de nuestras caminatas, encontré a Javier sentado en el borde de la

cama, con la cabeza entre las manos. Me senté a su lado y esperé. Me hubiera gustado poder abrazarle, obligarle a hablar, a sacar fuera esa pena densa que le estaba ahogando, pero sabía que no podía forzar ese momento. Él levantó la cabeza, me miró durante unos segundos y luego, simplemente, se echó a llorar, por fin, sin contenerse. Le sostuve la espalda, le acaricié el pelo despacio, y me permití llorar también, en silencio, por todo lo que se había roto y por todo lo que nunca llegaría a ser.

Aquel llanto fue breve, casi seco, pero necesario. Después, Javier se tumbó en la cama, de espaldas, y cerró los ojos. Yo me quedé sentada a su lado, en la penumbra, escuchando su respiración, buscando mi propio equilibrio en ese cuarto donde la ausencia de Antonio pesaba tanto como su recuerdo.

Las noches junto al río se convirtieron en una especie de refugio. Era el único lugar donde el dolor podía existir sin ser un escándalo, donde nadie nos pedía explicaciones ni nos ofrecía frases hechas. Aprendí a leer los silencios de Javier, a distinguir cuándo el suyo era un silencio de cansancio y cuándo era un silencio de rabia, cuándo necesitaba caminar deprisa y cuándo prefería detenerse a mirar el agua. A veces, me permitía hablarle de los niños, contarle alguna anécdota absurda de Pablo en el colegio o de Martina intentando ponerse los zapatos al revés. Otras veces, simplemente caminábamos, escuchando el crujido de las hojas bajo nuestros pies.

Una noche, al cruzar por un tramo especialmente oscuro del paseo, Javier se detuvo de golpe. Me giré, asustada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Él respiró hondo y, por un instante, pensé que iba a romper el silencio con una confesión dolorosa. Pero solo se limitó a señalar el agua, donde se reflejaba la luna entera, grande y pálida, rodeada de un halo de humedad.

—Mi padre venía aquí de pequeño —murmuró—. Decía que el río era como un padre que lo veía crecer cada año.

No supe qué decir. Me limité a apoyar la mano en su espalda, dejando que ese recuerdo flotara entre nosotros, sin romperlo con preguntas. Javier no añadió nada más, pero en su expresión había algo distinto: una ternura tímida, una nostalgia menos amarga.

A la vuelta, el aire era más frío. Caminamos más despacio, y al llegar al portal, Javier se detuvo antes de entrar.

—Gracias —dijo, casi inaudible.

No supe si era por la caminata, por el silencio compartido o simplemente por estar ahí. No dije nada. Le sonreí, y subimos juntos las escaleras.

La primavera avanzaba sin que apenas la notáramos. Las noticias seguían llenando el mundo de cifras y de urgencias, pero para nosotros, el tiempo se había estrechado hasta caber en esas franjas nocturnas junto al río. Aprendí a mirar los árboles y a reconocer el temblor de las hojas nuevas, a distinguir el olor del agua según hubiera llovido o no, a escuchar el zumbido de los insectos cuando la noche era lo bastante cálida. Me aferraba a esos detalles como a pequeños salvavidas, recordatorios de que la vida, a pesar de todo, seguía su curso.

Algunas noches, encontrábamos a la madre de Javier en casa, cuidando a los niños después de que yo hubiera tenido que quedarme más tiempo en el despacho. Rosario tenía una manera suave de moverse por la casa, de preparar la cena, de arropar a los niños sin hacer preguntas innecesarias. Recuerdo una noche en particular, en la que, al volver de nuestra caminata, la encontramos dormida en el sofá, con Martina acurrucada a su lado y Pablo tapado hasta la barbilla con una manta. Javier se detuvo en el

umbral, la observó durante un rato, y luego me miró con una expresión que no supe descifrar del todo: algo entre gratitud, tristeza y un cansancio antiguo.

—Vamos a dejarles dormir aquí —susurré.

Javier asintió y, al entrar en nuestro dormitorio, se sentó en la cama, mirando sus propias manos.

—No sé cómo se sigue después de esto —dijo, por fin.

Me senté a su lado, sin intentar responder. Porque yo tampoco lo sabía. Solo podía prometerle, con mi presencia, que lo intentaría con él, paso a paso, noche tras noche, junto al río o donde hiciera falta.

Las caminatas se fueron haciendo más largas. Empezamos a cruzar el puente y a recorrer la otra orilla, donde la ciudad se ve distinta, menos conocida. Javier parecía más ligero cuando caminaba deprisa, como si el ritmo de sus pasos fuera el único modo de ordenar el caos de dentro. Yo le seguía, a veces en silencio, a veces contándole alguna anécdota trivial, solo para recordarnos que el mundo seguía girando, aunque nosotros estuviéramos anclados en la pérdida.

Una noche, la más cálida de todas, Javier se detuvo en seco al llegar a un banco vacío junto al río. Nos sentamos. El aire olía a azahar y a tierra mojada. Javier se frotó las manos una contra otra, como si intentara entrar en calor.

—Hoy he soñado con él —confesó, sin mirarme—. No recuerdo qué decía, pero estaba sonriendo. Creo que estaba bien.

Me quedé en silencio, dejando que el sueño flotara entre nosotros. No quise preguntar detalles. Solo apoyé mi cabeza en su hombro, cerré los ojos y escuché su respiración, lenta y profunda.

—¿Tú crees que él nos ve? —preguntó, casi como un niño.

—No lo sé —respondí—. Pero sí creo que estaría orgulloso de ti.

Javier tardó en responder. Al cabo de un rato, se limpió los ojos con el dorso de la mano y me abrazó, despacio, como si no quisiera que el abrazo se terminara nunca.

—Gracias por no dejarme solo —susurró.

Sentí, en ese instante, que el dolor se hacía un poco menos pesado. No había desaparecido, pero ya no era un muro infranqueable. Era, más bien, un paisaje nuevo al que teníamos que acostumbrarnos juntos.

En casa, los niños empezaron a preguntar menos por su abuelo. Pablo dibujaba a veces figuras en las que, según él, todos estábamos juntos «en el campo», y Antonio aparecía de espaldas, con un sombrero y una sonrisa grande. Martina, que ya empezaba a hablar en frases cortas, preguntó una vez por qué papá y mamá salían a caminar todas las noches. Yo le respondí que a veces, los papás también necesitan aire fresco para pensar. Ella asintió, satisfecha con la explicación, y siguió jugando con sus muñecas.

Las noches junto al río nos enseñaron a estar juntos de otra manera. A veces, Javier me cogía la mano mientras caminábamos, y yo sentía que ese gesto, tan simple, era un pequeño milagro. La primera vez que lo hizo, fue de manera casi involuntaria: nuestras manos se rozaron y, en lugar de separarse, él entrelazó sus dedos con los míos. Ninguno dijo nada. Caminamos así durante un buen tramo, sin mirar atrás.

Había noches en las que el silencio era tan denso que parecía una presencia física. Otras, en cambio, la ciudad nos regalaba sonidos inesperados: la risa de unos jóvenes sentados en un banco, el ladrido lejano de un perro, el murmullo del agua chocando contra los pilares del puente. Esos ruidos nos recordaban que la vida seguía, incluso cuando el dolor

parecía detenerlo todo.

Recuerdo especialmente una noche en la que, después de caminar más de una hora, nos sentamos juntos en la barandilla del muelle. Javier miró el agua durante mucho rato. Yo jugueteaba con la hebilla de mi bolso, buscando una forma de romper el mutismo sin invadir su espacio.

—¿Sabes? —dije al fin, con voz baja—. Cuando yo era pequeña, pensaba que el río era una frontera. Ahora creo que es un camino.

Javier no respondió enseguida. Se limitó a mirar el agua, a dejar que la idea reposara en el aire.

—Ojalá este camino nos lleve a algún sitio mejor —musitó al cabo de un rato.

—Nos llevará —afirmé, aunque no sabía si lo creía del todo.

Él me miró de reojo y, por un instante, supe que compartía la misma mezcla de escepticismo y esperanza.

La noche que sentí que algo empezaba a cambiar fue una de esas en las que el aire olía a tierra mojada y la brisa era más cálida de lo habitual. Caminábamos en silencio, como siempre, cuando de pronto Javier se detuvo, me miró y, con un gesto lento, tomó mi mano entre las suyas. Su pulgar trazó un círculo en el dorso de mi mano, un gesto pequeño, casi infantil, pero cargado de significado. Me quedé quieta, sintiendo la calidez de su piel, la forma en que sus dedos temblaban levemente.

—¿Crees que algún día volveremos a reír como antes? —preguntó, con una voz tan frágil que casi no la reconocí.

No supe qué responder. Quise prometerle que sí, que la risa volvería, que el dolor no sería para siempre, pero no podía mentirle. Solo apreté su mano con fuerza, dejando que el silencio hablara por nosotros. El río

seguía su curso, ajeno a nuestra pena y a nuestras esperanzas. Las luces de la ciudad titilaban al otro lado del agua, y yo me pregunté, mientras sentía el calor de su mano en la mía, si algún día volveríamos a reír juntos, con la misma ligereza de antes. ¿Sería posible reconstruir la alegría después de tanto dolor, o tendríamos que aprender a encontrarla en los lugares nuevos, en los gestos más simples, en la ternura silenciosa de una noche junto al río?

Churros en el balcón

El domingo comienza con el rumor de la cafetera y un olor cálido que se cuela por las rendijas de la puerta. En nuestra casa, los domingos no tienen prisa: se desperezan como un gato al sol, se estiran y se encogen según la risa de los niños o la música torpe y entrañable que se escapa de la cocina. Abro los ojos antes que el despertador, antes incluso de que Martina empiece a llamar a Javier desde su habitación con ese «papáaaa» cantado que ya es parte del ritual. A mi lado, Javier respira hondo, con el pelo revuelto y una expresión de paz que rara vez le abandona, ni siquiera en los días complicados.

Hay algo sagrado en la manera en que la luz entra por la ventana y va acariciando los objetos de la habitación, como si quisiera bendecir el comienzo del día. Siento el fresco de las sábanas todavía húmedo de sueño y, al fondo, el eco débil de una ciudad que aún bosteza. Me detengo un instante a escuchar el compás de la respiración de Javier; ese ritmo suyo tan tranquilo, tan ajeno a las prisas que a veces gobiernan mi mente. Su calma me devuelve, una y otra vez, a tierra firme, y comprendo cuánto necesito su serenidad para templar mis propios nervios. Cuando apoyo la yema de los dedos en su hombro, lo hago con una reverencia silenciosa: la gratitud de saber que, incluso en lo más cotidiano, la belleza se despliega sin que haga falta buscarla.

Me giro despacio, acomodando la cabeza en la almohada, y me quedo observándolo unos segundos, como si intentara memorizar cada línea de su

rostro, cada surco nuevo, cada pestaña que el tiempo le ha regalado. Pienso en todo lo que hemos vivido, en los años que nos han traído hasta aquí, y me invade una gratitud tan honda que parece ocupar todo el aire de la habitación.

—Buenos días —musito, rozando su hombro desnudo con la yema de los dedos.

Javier apenas abre un ojo, sonrío y me busca la mano bajo la sábana.

—¿Hoy también hay churros, doctora? —pregunta con voz ronca, como si la pregunta fuera un conjuro para que el día empiece bien.

—Eso espero. Si no, habrá que denunciar a quien corresponda.

Nos reímos en voz baja, sabiendo que, dentro de poco, la tranquilidad se romperá con el estruendo alegre de Pablo y Martina reclamando atención, desayuno y, sobre todo, la canción de siempre.

Recorro el pasillo con pasos ligeros, escuchando de fondo el murmullo de la casa que despierta. Me cruzo con los primeros dibujos de los niños colgados en la pared, recuerdos de días pasados, y sonrío al ver los soles con caras sonrientes que Martina pintó el año pasado. Hay en cada rincón una huella de lo que hemos sido, y esa suma de detalles mínimos me reconcilia con todo lo que no controlo. Sé que, en pocos minutos, la rutina nos envolverá con su torbellino: Pablo reclamará su vaso especial de chocolate, Martina exigirá sentarse a mi lado «como los domingos buenos», y Javier, fiel a su papel, nos hará reír con alguna de sus bromas improvisadas. Pero durante este breve interludio, cuando la casa aún guarda silencio, me permito sentir el privilegio de pertenecer a este lugar, de ser testigo de nuestro pequeño milagro cotidiano.

Me levanto despacio, envuelta en mi bata, y cruzo el pasillo hacia el balcón. La luz de Sevilla se cuela por las cortinas, todavía tibia, todavía

dulce, y, al abrir la puerta, el aire fresco me acaricia la cara. La ciudad es un rumor lejano, como si el mundo estuviera en pausa y solo nuestra casa tuviera permiso para existir.

En la cocina, Javier ya está en pie, descalzo, con el delantal atado de cualquier manera y el pelo aún más revuelto que antes. Tiene una bandeja con churros recién hechos, la chocolatera humeando y esa sonrisa traviesa que me devuelve, de golpe, a la primera vez que lo vi en la facultad: el mismo gesto de niño pillo que se ofrece a pagar un café sin esperar nada a cambio.

—¿Lista para el recital? —me pregunta, levantando una ceja.

—No sé si mi corazón lo resistirá —le respondo, fingiendo solemnidad—. Hoy los vecinos llamarán a la policía.

Javier se aclara la garganta, toma una cuchara de madera como si fuera un micrófono y comienza a desafinar a propósito: «Yo no quiero contigo, ni sin ti, o sí, o no, o qué sé yo...». Su voz rebota en los azulejos, y los niños, que ya asoman la cabeza por la puerta, se lanzan en estampida a su lado, coreando el estribillo como si fuera el himno familiar.

—¡Contigo, contigo, contigo! —grita Pablo, subido a una silla, con las manos manchadas de chocolate.

—Desafinas peor que papá, mamá —me acusa Martina con una media sonrisa, mientras intenta mojar un churro sin volcar la taza.

La escena es un pequeño caos: la mesa demasiado llena, las risas solapándose, el chocolate derramado, el sol entrando a raudales por el balcón. Y, en medio de todo, Javier, que sigue cantando, cada vez más exagerado, cada vez más dispuesto a hacer el ridículo solo para vernos reír.

Me sorprende, como cada domingo, la naturalidad con la que hemos construido este ritual: sin grandes decisiones, sin promesas solemnes, solo

la acumulación de gestos pequeños, de elecciones repetidas, de mañanas en las que decidimos, una y otra vez, desayunar juntos, cantar juntos, reírnos juntos.

—Mamá, ¿por qué papá canta así de mal? —pregunta Pablo, con la seriedad de quien busca una explicación científica al misterio del universo.

—Porque si no, la canción no funciona —le respondo, guiñándole un ojo.

Javier se encoge de hombros, finge indignación y se lanza a por otro churro, mientras Martina lo imita con una precisión cómica que nos arranca carcajadas a todos.

Observarles juntos, padre e hija, imitando gestos y voces, me conmueve de una manera que nunca habría imaginado en aquellos años de juventud en los que el futuro era una página en blanco. Veo en el brillo de los ojos de Javier la alegría de saberse querido por sus hijos, y en la risa de Martina descubro mi propia infancia, multiplicada y devuelta a través de ella. Esos momentos, por diminutos que sean, me anclan al presente y me advierten de lo efímero de la felicidad: sé que algún día los niños crecerán, que los desayunos cambiarán de forma, que las canciones desafinadas pasarán a ser recuerdos. Por eso atesoro cada carcajada, cada migaja de churro sobre el mantel, cada mancha de chocolate en la comisura de los labios de Pablo. La memoria, pienso, se construye así: a base de repeticiones dulces y ruidos alegres, de costumbres que solo son nuestras y no necesitan explicación.

Las horas del domingo avanzan despacio, como si el tiempo se hubiera vuelto viscoso y amable. El desayuno se alarga, la conversación salta de una cosa a otra: los deberes de Pablo, los dibujos de Martina, la última película que vimos juntos cuando los niños ya dormían, los planes para la semana. No hay nada extraordinario, pero todo es, de algún modo, perfecto.

En algún momento, Pablo recoge su taza, se va al salón y enciende la tele para ver dibujos animados. Martina lo sigue, arrastrando su peluche, y de pronto el balcón se queda en silencio, solo nosotros dos, el sol y el eco de las risas recientes.

Javier se apoya en la barandilla, mirando la calle todavía tranquila. Yo recojo las tazas con parsimonia, sin prisa, disfrutando del gesto mecánico de limpiar, de ordenar, de cuidar. Cuando me acerco con la bandeja, él se gira y me mira con esa expresión suave que tiene solo en los momentos de calma.

—¿Sabes? —me dice, bajando la voz—. Si me hubieras dicho hace años que mi domingo ideal sería este... no te habría creído.

—¿Y cómo era tu domingo ideal entonces?

Se queda pensativo unos segundos, como si buscara una respuesta en la memoria.

—No lo sé. Supongo que no tenía uno. No imaginaba esto.

—¿Y ahora?

—Ahora no quiero otro —responde, y sus palabras caen en el aire como una bendición sencilla, sin aspavientos.

Me acerco y le beso la mejilla, despacio, dejando que el momento dure más de lo necesario. La piel de Javier huele a jabón y a café, y su calor me reconcilia con todos los domingos difíciles, con todas las semanas de cansancio, con todas las dudas.

Nos quedamos así, en silencio, mirando cómo la ciudad empieza a desperezarse bajo el sol. El sonido de los pájaros, el crujido de las hojas en los árboles, el rumor lejano de una moto que pasa por la esquina. Javier entrelaza su mano con la mía sobre la barandilla, y siento, con una certeza

tranquila, que no hay deuda pendiente, que la vida es esto: esta suma de instantes minúsculos, esta repetición de gestos, esta manera de elegirnos cada día.

—¿Sabes? —le digo, apoyando la cabeza en su hombro—. A veces pienso que todo empezó por un café y que, de alguna manera, nunca hemos dejado de desayunar juntos.

Javier se ríe, y su risa es la misma de entonces, la misma que me hizo quedarme, la misma que me hizo volver siempre.

—Por si acaso, yo te sigo pagando el café —me susurra—. No vaya a ser que un día me quede sin desayuno.

Sonrío, y siento la carcajada creciendo desde el estómago hasta la garganta.

—No creo que corras ese riesgo. Hay café para rato.

Podría quedarme aquí para siempre, pienso. Pero la mañana avanza, los niños pelean por el mando de la tele y la realidad nos llama, con sus ruidos, sus demandas, sus pequeñas urgencias. Sin embargo, el aire del balcón parece protegernos durante unos minutos más, como si el tiempo se hubiera apiadado de nosotros y nos regalara una tregua.

El domingo prosigue con sus rutinas: Javier recoge la cocina, yo preparo la ropa para el lunes, Martina me ayuda a doblar los pijamas mientras Pablo pregunta si podemos ir al parque después de comer. La casa huele a chocolate y a pan tostado, y, en medio de la vorágine, hay momentos de silencio en los que me detengo a observar: la forma en que Javier se agacha para atar el zapato de Martina, la paciencia con la que le explica a Pablo por qué las plantas necesitan agua, la manera en que me busca con la mirada cuando cree que nadie lo ve.

A veces, cuando me detengo en estos pequeños detalles, siento que la

vida se me revela con una claridad inesperada. No son los grandes gestos ni los días extraordinarios los que nos salvan: es esta paciencia callada, esta constancia en las tareas sencillas, este mirar y ser mirada con complicidad. Percibo en Javier una entrega humilde, sin alardes: un modo de querer que se manifiesta en lo pequeño, en lo que casi nunca se agradece en voz alta. Y me descubro a mí misma buscando su aprobación silenciosa, sintiendo que solo cuando él sonríe o asiente con un gesto leve, todo cobra sentido. La felicidad, pienso, es también saber que hay alguien que nos ve de verdad, incluso en los días grises, incluso cuando no decimos nada, incluso cuando solo compartimos el silencio de una tarea bien hecha.

A media mañana, suena el timbre: Rosario, la madre de Javier, llega puntual para pasar un rato con los niños. Los miércoles suele cuidar de ellos, pero los domingos también viene a veces, con una bolsa de magdalenas y ese aire de abuela que no necesita anunciarse. Los niños la reciben con gritos de alegría, y Javier le ofrece una silla en el balcón, mientras yo le sirvo un café.

—¿Cómo están mis niños favoritos? —pregunta, repartiendo besos y caricias.

—Hoy hemos cantado «Contigo» —anuncia Martina, muy seria—. Papá ha desafinado mucho.

Rosario se ríe, y yo veo en sus ojos un brillo de orgullo y ternura que me desarma. Siempre he admirado su capacidad para estar presente sin imponerse, para ayudar sin preguntar demasiado, para querer a los niños con una generosidad que no pide nada a cambio.

Nos sentamos los cuatro en el balcón, compartiendo el sol y las magdalenas, mientras los niños cuentan historias y Javier narra, con su habitual sentido del humor, las aventuras domésticas de la semana: la

lavadora que se rebeló, el vaso de leche que se volcó justo antes de salir corriendo al colegio, el dibujo que Pablo trajo del colegio y que, según él, representa a toda la familia convertida en superhéroes.

—Tú eres la abuela voladora —le explica Pablo a Rosario, señalando el dibujo—. Porque siempre vienes cuando te necesitamos.

Rosario le revuelve el pelo, y yo me guardo para mí esa imagen: la de la abuela voladora, la de la familia reunida en torno a una mesa, la de los domingos que se parecen, cada vez más, a la felicidad.

El resto del día transcurre entre juegos, risas y pequeñas tareas domésticas. Javier y Pablo montan un castillo de cojines en el salón, Martina y yo pintamos soles en una cartulina, y Rosario nos ayuda a preparar la comida. La casa se llena de voces, de carreras, de interrupciones constantes, pero en ningún momento siento el peso del cansancio ni la presión del tiempo. Hay días en los que la vida se acomoda sobre los hombros como una manta ligera, y hoy es uno de esos días.

Después de comer, Rosario se despide, los niños la abrazan y la acompañan hasta la puerta, y yo la observo mientras cruza la calle, con la bolsa vacía y una sonrisa satisfecha. Pienso en todo lo que nos ha dado, en todo lo que ha significado para nosotros en los momentos difíciles, y siento un agradecimiento silencioso que no sé cómo expresar.

La siesta es, en nuestra casa, un territorio negociado: los niños protestan, pero al final ceden, y Javier y yo nos quedamos un rato en el sofá, cada uno con su libro, los pies entrelazados bajo la manta. No hablamos; no hace falta. La compañía mutua es suficiente, y el silencio se vuelve, por un rato, el idioma secreto de los que se quieren sin necesidad de palabras.

Al despertar, la luz ha cambiado. El sol se filtra por la ventana del

salón, dibujando manchas doradas sobre la alfombra. Escucho a los niños jugando en su habitación, inventando historias imposibles con sus muñecos y sus coches, y sonrío al reconocer en sus voces la misma alegría que nos une a Javier y a mí desde aquel primer café.

La tarde se desliza hacia el atardecer. Preparo una merienda sencilla: fruta, galletas, un zumo de naranja. Javier, fiel a su costumbre, se ofrece a barrer el balcón, y los niños salen a regar las plantas. Me detengo un instante a mirar la escena desde la puerta: la luz suave, la familia reunida, la sensación de pertenencia absoluta.

Cuando llega la hora del baño, el caos regresa: carreras por el pasillo, protestas, risas, gotas de agua salpicando el espejo. Javier y yo nos turnamos para lavar cabezas, secar toallas, buscar pijamas. Es un ballet doméstico que conocemos de memoria, una coreografía aprendida a fuerza de repeticiones y de amor.

Después, la cena es tranquila: sopa caliente, pan crujiente, una conversación pausada. Los niños cuentan anécdotas del colegio, Javier les pregunta por sus sueños, yo intervengo solo cuando hace falta. Hay algo, en la rutina, que me reconcilia con el mundo; algo que me recuerda que la felicidad no necesita promesas grandilocuentes ni gestos heroicos, solo la voluntad de estar, de quedarse, de cuidar.

Cuando por fin los niños se duermen, la casa se queda en silencio. Javier recoge la cocina mientras yo preparo una tila, su pequeño ritual de cada noche que, con los años, se ha convertido en una declaración silenciosa de amor. Me acuerdo de tantas veces en que he llegado tarde de un juicio, agotada, tensa, y lo he encontrado esperándome en la cocina, con la taza humeante y una sonrisa cansada pero intacta.

—¿Día largo? —pregunta, siempre.

—Mucho.

—Toma, que esto lo cura todo —me dice, tendiéndome la tila.

A veces me siento en la mesa y le cuento las dificultades del día: el juez implacable, el cliente ansioso, el compañero que no llega a tiempo. Otras veces, solo bebo en silencio, agradeciendo la presencia de Javier, su capacidad para estar sin preguntar demasiado, su paciencia infinita.

Pienso en todo lo que hemos superado: los años de estudios compartidos, el piso diminuto donde apenas cabíamos, los partos y las noches en vela, las discusiones, las pérdidas, la pandemia, la incertidumbre. Y, sin embargo, aquí estamos, juntos, repitiendo los mismos gestos, defendiendo los mismos rituales, eligiéndonos cada día.

A veces, cuando el cansancio amenaza con desbordarme, basta con mirar a Javier para recordar por qué. Por qué elegimos este camino, por qué seguimos aquí, por qué, a pesar de todo, la alegría siempre encuentra la forma de volver.

Esta noche, como tantas otras, Javier me espera con la tila y una sonrisa. Me siento a su lado, dejo que el calor de la taza me relaje las manos, y lo escucho tararear, en voz baja, una vez más, la melodía de «Contigo». No importa que desafine; lo importante es que sigue cantando, que sigue haciendo reír a los niños, que sigue esperándome, que sigue, que seguimos.

—¿Sabes qué? —le digo, apoyando la cabeza en su hombro—. No sé si alguna vez te he dado las gracias de verdad.

Javier me mira, sorprendido.

—¿Por qué?

—Por todo. Por los cafés, por los domingos, por los churros, por los

niños, por la paciencia. Por quedarte.

Se queda callado un momento. Después, me aprieta la mano y me besa la frente.

—No tienes que darme las gracias. Yo también estoy aquí porque quiero.

El silencio que sigue no es incómodo; es un silencio lleno de sentido, de palabras no dichas, de promesas renovadas.

—¿Y si mañana te pagara yo el café? —pregunto, bromeando.

—Solo si prometes quedarte a desayunar conmigo todos los días.

—Eso está hecho —respondo, y el acuerdo queda sellado, una vez más, en el aire tibio de la cocina, con el rumor de los niños durmiendo al fondo.

Abro la ventana y deajo que el aire fresco de la noche entre en la casa. Las luces de la ciudad titilan a lo lejos, y los sonidos del domingo se apagan poco a poco. Me quedo un rato mirando a Javier, grabando en mi memoria la imagen de su perfil recortado contra la penumbra, la serenidad de su gesto, la promesa silenciosa de su presencia.

Pienso, entonces, que no hay deuda pendiente entre nosotros. Que el café de aquel septiembre de 2009 fue solo el principio, la excusa para empezar a compartir los días. Todo lo demás —los churros, las canciones desafinadas, las noches de espera, los desayunos en el balcón— es la verdadera herencia de nuestra historia: una suma de instantes cotidianos, de gestos pequeños, de amor construido poco a poco, sin aspavientos, sin promesas grandilocuentes, pero con una fidelidad a prueba de cansancio y de tiempo.

Javier apaga la luz de la cocina, me tiende la mano y caminamos juntos hacia el dormitorio, dejando atrás el olor a tila y a chocolate, el murmullo

de la ciudad, la certeza de que, pase lo que pase, seguiremos eligiendo este ritual, esta casa, esta vida compartida.

No sé cuánto durará esta paz. No sé qué dificultades nos esperan todavía. Pero sí sé esto: mientras siga habiendo churros los domingos, canciones desafinadas y una taza de tila al final de cada día, mi deuda con Javier será siempre la misma: la promesa de quedarme, de seguir compartiendo los días, de desayunar juntos, de vivir —contigo— todos los domingos de mi vida.

Este libro único se escribió para Lucía & Javier.

notrelivre.com — 2026